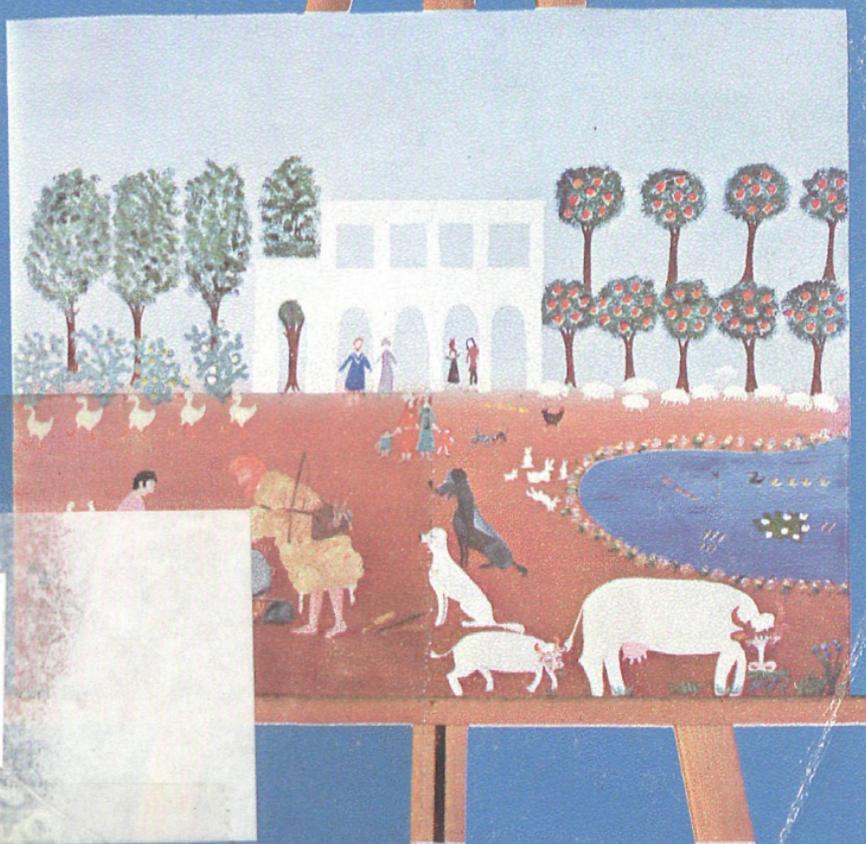


Happenings para Jacob

María Dolores de la Fe



DONACIÓN
Juan Pulido
Castro

X

MARIA DOLORES DE LA FE

HAPPENINGS PARA JACOB

Para Mariposa, Juan Perilló
 easter, con la esperanza de
 que en este día natal me
 de mi libro, encontraré
 algún peg dímelo, amig
 sea de especie coincida.
 con el vinco afeite
 en J. Dolores de la Fe

SECCION CULTURA

Serie Humorismo

enero 1973

MARIA DOLORES DE LA FE
HAPPENINGS PARA JACOB



NOVELAS Y CUENTOS

E. M. E. S. A. - MADRID - 14

Colección Novelas y Cuentos
Fundada en 1929 por José N. de Urgoiti

Segunda época

Director: Manuel Cerezales

Edición: Editorial Magisterio Español, S. A.

C/. Quevedo, 1, 3 y 5, y Cervantes, 18 · Madrid-14

Portada: arjé.

**Copyright © 1972 by María Dolores de la Fe
y Editorial Magisterio Español, S. A.**

Depósito legal: M. 36.624.1972.

ISBN 84-265-7122-0

Printed in Spain.

**Impreso en los talleres Aldas, S. A. · Artes Gráficas.
Castelló, 120 · Madrid-6**

PRESENTACION

El humor, maravillosa fórmula literaria en cuya definición nadie parece ponerse de acuerdo, presenta una serie de problemas estéticos. Uno de ellos, todavía no estudiado por la clase médica —en general— y los biólogos —en particular— es el tremendo «déficit» de mujeres humoristas que registra la historia de la literatura mundial. En España, sin ir más lejos, sólo conocía la existencia de tres féminas que cultivaban el género: Mercedes Ballesteros —cuyo seudónimo de «Baronesa Alberta» se hizo famoso en las páginas de «La Codorniz»—, Remedios Orad y Nuria Pompeia. Con este libro, una nueva escritora —María Dolores de la Fe— se incorpora brillantemente a tan exiguo grupo.

¿Acaso el humor, como cierta alcohólica bebida, «es cosa de hombres»? En absoluto. El sexo nunca debe servir de «discriminación literaria» y menos ahora en que la igualdad de derechos hombre-mujer, está taxativamente reconocido en nuestra legislación laboral. Lo que sucede es que el humor, entre sus diversos matices, tiene uno muy característico: la defensa de la verdad. Cuando el filósofo Hans Kung, escribe: «El mundo tiene hambre de sinceridad», no hace más que expresar el eterno problema creado por el destierro permanente de la verdad. La sociedad llama «educa-

do» al adulator; «diplomático», al mentiroso; «moral», al hipócrita. Decir la verdad es un deber que se torna, de día en día, más difícil y penoso. Toda una serie de presiones —amistades, influencias, el poder corruptor del dinero, el fanatismo que coloca su «tabú» sobre múltiples temas— coadyuvan para que la verdad permanezca enterrada sin que nadie, cual si de nuevo Lázaro se tratara, ose acercarse a ella, diciéndole: «¡Levántate y anda!». Frente a esta poderosa consigna de interesado silencio, el humorista enarbola la bandera de la sinceridad. ¿Cómo? Haciéndose perdonar, de antemano, la osadía. Sacrificándose. En el año 480, antes de Jesucristo, el estratega griego Temístocles impugnaba el plan de guerra que el jefe supremo, Euribíades, quería seguir en la batalla de Salamina. Enfurecido al ver tal oposición a sus decisiones, Euribíades amenazó con su bastón de mando a Temístocles. Este, sin alterarse, exclamó: «Pega, pero escucha».

Así se sacrifica el humorista. No le importa que le peguen en su orgullo profesional, en sus lícitas ambiciones de ser considerado profesionalmente. Y acepta el riesgo de que le califiquen de «intranscendente», pues sabe que sólo le queda el recurso, para ser sincero, de dirigirse a la sociedad, diciéndole: «Ríe, pero escucha». A través de cuentos, extrañas aventuras, chistes, agudezas, frases ingeniosas o paradojas brillantes, los humoristas hacen reír, para que una vez extinguido el ruido de las risas, permanezca el eco de una verdad, que iba disimulada. El humorista, que puede escribir en serio cuando le da la gana, obteniendo con la mitad de esfuerzo esa «consagración oficial» que otorgan críticos y premios, prosigue su abnegada labor aunque le cuelguen sambenitos injustificados: «genio temporero», a Cervantes; «chistoso», a Quevedo; «afrance-



María Dolores de la Fe

sado», a Larra. Es el tributo que pagan por no respetar los convencionalismos que paralizan todas las lenguas... «Ríe, pero escucha». Sólo haciendo reír, la sociedad les consentirá —y no siempre— que dejen de cultivar la mentira. Por eso, no escriben «en serio». Para no verse obligados a pasar bajo las horcas caudinas de la hipocresía impresa. «El mundo tiene hambre de sinceridad», y el humorista procura, en lo posible, dar la verdad al hambriento.

La mujer, ¿puede ser sincera? Encerrada durante siglos en esa cárcel del sexo que es el hogar, la mujer no ha conseguido escaparse hasta muy recientemente. No ignoro la existencia de ilustres escritoras desde la Antigüedad a nuestros días. Pero surgían tímidamente. Dos o tres en cada siglo y nación. Sus contemporáneos las miraban como auténticos «fenómenos de feria» y una de ellas —Armandine Aurore Lucille Dupin, literariamente conocida por «George Sand»— se vestía de hombre y todo, para no desentonar demasiado en los prejuicios sociales de su época. Sólo a partir de la segunda década del siglo XX, empezó a admitirse la existencia de escritoras sin considerarlas «bichos raros». La profesión «mujer-escritora», es cosa de nuestros días. Y... ¿es exigible a una colectividad —«la femenina»—, que estrena profesión —«la literatura»—, que no escriba «en serio»? Nuestras escritoras de hoy —hacen bien— sueñan con hacerse notar en una sociedad que durante tanto tiempo les negó toda clase de derechos. Y aspiran a los premios literarios, a los elogios de la crítica oficial, a que la Real Academia de la Lengua rompa su veto sexual y conceda un sillón a alguna mujer... Dadas estas circunstancias, ¿cómo van a surgir féminas humoristas? El humorista, ya lo hemos dicho, suele ser tratado despectivamente por

los grandes santones de la crítica oficial, y calificado de «chistoso», «frívolo», «intranscendente»... Harta de tantos sacrificios hogareños y maternos durante siglos, la escritora hispana de nuestros días no se encuentra preparada psicológicamente todavía para lanzarse a ese gran «sacrificio literario» que lleva anejo el cultivo del humor.

María Dolores de la Fe es una excepción. Una feliz excepción. Sabe reírse de la sociedad que la rodea —hogar, incluido— y hasta de sí misma, cualidad fundamental en todo buen humorista pues sólo estaremos éticamente autorizados a reírnos de los demás si sabemos empezar riéndonos de nosotros mismos. Por eso, María Dolores de la Fe hace constar que su nombre y apellido no constituye ningún seudónimo, y exhibe con orgullo su título de «BOMBERO HONORARIO» que el Cuerpo de Bomberos de Las Palmas le otorgó en su día. Cultivadora del humor en sus diversos matices —ironía, sátira, paradoja—, María Dolores de la Fe se incorpora, con toda clase de pronunciamientos favorables, a la abnegada y reducida «élite» femenina —«Baronesa Alberta», Remedios Orad, Nuria Pompeia— que escribe humor en España. En nombre del carcajamiento nacional —más abundante de hora en hora—, nuestra más afecutosa bienvenida.

EVARISTO ACEVEDO

HAPPENINGS PARA JACOB

*A la olla a presión,
sin cuya ayuda
este libro
no se hubiera cocido*

ADVERTENCIA AL LECTOR

Este libro no está firmado con seudónimo, aunque lo parezca.

Yo nunca había reparado en mi nombre, ya que siempre me ha resultado familiar, hasta que un día me dijo Gloria Fuertes:

—Oye, ¿de verdad ése es tu nombre? Parece como de judío converso, o algo así...

Me hizo muchísima gracia.

Luego, se puso de moda «Cien Años de Soledad». Todo el mundo vivió ese siglo página a página. Y de repente, alguien de aquí me dijo:

—¿Te has fijado que tienes nombre de cura de Macondo? María de los Dolores de la Fe...

Pero es mi nombre.

LA AUTORA

«Porque cada cual llevará su carga.»
(San Pablo, Gál. 6, 5.)

PARTE METEOROLOGICO

«Terminó la ola de frío en toda la Península Ibérica.»

Por tanto, señores pasajeros de 1973, ya pueden desabrocharse los abrigos. Y fumarse un puro, si lo desean.

«Los dos objetos más importantes en la cocina moderna deben ser un espejo y una radio de pilas. Todo lo demás es transitorio.»

Con la irritación de siempre.

Jacob me saca de quicio. Pero como una, al fin y al cabo, es de otras épocas más oficialmente hipócritas —al menos, más exteriorizadamente hipócritas— con la represión de siempre, hasta hoy no me he decidido a declararlo públicamente. (Bueno, de públicamente nada: dejémoslo en un «dar parte por escrito», así está mejor.)

Estoy pensando en Jacob, el de la Biblia, el hermano del pelirrojo Esaú, y encima, por si fuera poco, su hermano gemelo, que me parece que es ser doblemente hermano. Pero que así y todo, no vaciló en hacerle todas las faenas que quiso. O al menos que se le ocurrieron a su madre. Y que me parece tan ladino, tan blandengue y calculador como para haberse dejado enguatar la vida por mujeres. Fue un tipo esencialmente «de mando a distancia» femenino. ¿Qué iniciativa, qué única iniciativa tuvo por cuenta propia? Si vamos a ver, «entrar a» Raquel. O huir.

Cuando cojo la Biblia, si no voy —por muy particulares razones— al «Cantar de los Cantares», caigo ob-

sesivamente sobre Jacob. Para indignarme, nada más. (Quizás de vez en cuando una necesite ese riego especial de adrenalina.) Mi mente va calificando, sucesivamente, a Jacob, según el episodio que leo: mariquita... cobarde... hipócrita... llorica... A veces, cierro de golpe el libro con un «No quiero cuentas contigo. A mí no me conmueves».

EL SECRETO

La persona de la derecha, la última de la derecha, se levantó de su soledad y se dirigió de frente a la otra persona, situada como a metro y medio a su izquierda. Una persona como todas: pelo oscuro; cejas al pelo; nariz regular; boca regular; señas particulares, ninguna. Quizás en su interior llevara alguna seña que le diferenciara de las demás, pero sólo su secreto lo aclararía.

Se había levantado sin prisa —no se sale de la soledad sino con cierta lentitud— y colocó su boca regular junto al oído de la otra persona. Allí vertió su secreto por medio de palabras —los secretos no se dicen con los ojos—, palabras que salían como dichas con tabaco, porque fumaba regularmente. Su secreto tampoco pareció tener señas particulares, puesto que la persona en cuyo oído dejó escapar lo que arrastraba para sí solo durante largo tiempo, no dio muestras de sorprenderse ni con un pestañeo de interés. Esta persona, sintiéndose simplemente eslabón inevitable de la vida, miró a su derecha, y viendo que un oído siempre está abierto a todo, volcó allí con desgana lo que le pareció más secreto para contar y compensar lo recibido.

La tercera persona que recibió un secreto a través del órgano del oído, una persona que quizás externamente sólo se diferenciaba de las otras en su estatura y su voz especial, tuvo la impresión de que esta otra

voz no venía directamente a su oído, sino que actuaba como un retransmisor de algo que se hallaba muy lejos, en la vanguardia del mundo, o impalpablemente en alguna dimensión desconocida. Esa tercera persona se sintió de momento advertida de que ya su vida normal se saldría de sus normas regulares para ir en busca de sonidos, de nuevos sonidos que ignoraba cómo se producirían o cómo los reproduciría, pero ya se sintió en movimiento perpetuo hacia aquello que le había sido retransmitido. Todo esto le produjo un gran suspiro y con un gesto lento, importante, se volvió hacia la persona que halló más cerca (aunque sin esperar nada, sino que simplemente estaba allí, como en la vida, en los sueños) y se sintió impulsado juvenilmente a hablar también en su oído. Un sonoro secreto nuevo nacía en susurros.

Este oído que recibió su voz parecía de forma aguzada, como si hubiera sido formado en una gran velocidad, en un paisaje inmenso y limpio, veloz. Parecía hecho también —al menos, su olor así lo sugería— de grandes plantas, de geografía dilatada. Pero el mensaje de sonidos nuevos que cargaba la otra voz no despertó sonidos en esta persona silenciosa. Se quedó el secreto parado, allí en el límite oído-cerebro, y en algún otro momento de la vida se convirtió en crisálida de otra cosa diferente, se agitó más tarde —siempre sin tiempo medido, siempre el tiempo indefinido, esperando su tiempo— y luego, otro gran suspiro hizo volverse con gran nervio en su movimiento a la persona receptora. Buscó y halló a su derecha, sin esperar precisamente pero erguida allí en la eterna espera, otra soledad —con figura de persona, como pasa siempre—. Halló este oído al nivel de su boca y derramó allí un secreto de colores, largamente, porque reconoció un oído hecho como de pestañas vibrátiles, con células

hambrientas, con la traducción sin palabras de sus palabras comunicadas en secreto.

Vertió allí su carga, sin prisa, pero siguió esa persona enriquecida con todo lo experimentado, una inagotable reserva para toda su vida.

La última persona de todas, una persona sin importancia, sin señas particulares, con ojos lentos vueltos a sus sueños, con ojos vivos para su otra vida paralela, recibió el secreto con un gozo inmenso que la inundó de luz hasta exteriormente, de tal forma que sus dos vidas, la que vivía y la que la mantenía viva soñando, quedaron inundadas de color.

Vengo hablando de Jacob, y dándole vueltas, hace por lo menos veinticinco años. Primero fue, más bien ligeramente, con un tal F.G., enfocándole —fue su mejor momento— desde su Escala famosa. (Menos mal que hizo algo bonito: soñar en el campo.) Pasaron unos cuantos años —que también pasaron sobre F. G. y sobre mí, claro está— y Jacob quedó olvidado. Hasta que surgió mi primer brote de auténtico rencor contra él cuando salió a relucir inoportunamente cuando yo hablaba con un tal H. I. Cosa muy importante para mí, entonces, hablar con ese H. I. Por eso me molestó profundamente ese Jacob inoportuno irrumpiendo en una conversación donde no debía haber mejor protagonista —en mi opinión— que yo misma. Empezó a «caerme regordo» de nuevo, con mayor intensidad. Si H. I. le hubiera dado un manotazo verbal, como solía hacer con muchos otros temas que no eran santo de su devoción (como, por ejemplo, los curas, de los que decía, sin dar más explicaciones, que cuando aparecían algunos ante su vista los veía rojos en vez de negros, y sentía ganas de hacerles los cuernos, como en Galicia a las brujas), quizás entonces Jacob se hubiera salvado, o se me hubiera borrado definitivamente de la antipatía. Pero que surgiera el tal Jacob para borrar lo demás, mientras yo aspiraba cada palabra de H. I. como si quisiera hacer con ellas una especie

de «cubito de palabras concentrado» para el futuro (bueno, al menos mientras me durara ese futuro «hacheicesco»), eso sí que no se lo perdono. Vaya que no.

Por último, mientras volví a caer en el eterno vicio de escuchar palabras de uno más que me pareció sumamente interesante (un tal J. K.), volvió Jacob a meterse donde nadie le llamaba. (Uy, qué gracia, ahora, en este mismísimo momento, es cuando vengo a darme cuenta de que Jacob ha sido siempre tema en mis conversaciones con «los hombres de mi vida». Es cosa de revisar el subconsciente. ¿O el inconsciente?)

(Nota: Eso de «los hombres de mi vida» debe haberseme pegado de algún serial radiofónico de los que pueblan incesantemente las ondas y la cocina.)

Por todo eso es por lo que, decididamente, voy a arremeter contra Jacob. Y si al clero no le hace gracia (aunque ahora el clero, o una parte de él, se está «aggiornando» mucho, y hasta dicen —y cometen— algunas «boutades»), lo siento mucho. Mi pensamiento es mío y no puedo poner guardias ni multas en este agobiante tráfico de cosas que circulan por mi mente, paralela entrecruzada de paralelas, entrecruzadas a su vez de otras paralelas... Bueno, de todas formas no creo que mi genuina antipatía por Jacob pueda llevarme al «Índice». Sería curioso... Además, tengo dos buenas razones más: que la cocina es diaria y que ya no cumplo cuarenta años. Son dos motivos exasperantes, ¿no?

A todas estas resulta que no recuerdo si eché sal en el agua hirviendo. ¡Qué cabeza la mía! Pero, ¡demonios!, ¿por qué no tendrán iniciativa propia los ingredientes de las comidas, y se meten donde les apetezca —como Jacob en mis conversaciones— sin que

tenga una que estar en todo, con todo en lo que tiene una que estar?

También la música tiene mucha culpa de mis despistes. Todo hay que decirlo.

ARROZ A LA CUBANA

(Luz blanca, corriente. Música de fondo: sitar de Ravi Shankar.)

EL AGUA canta al principio suavemente, sirenaicamente; luego estalla:

—¡Sal! ¡Sal! ¡Sal!

LA SAL, resignadamente, con una humildad pasiva, ancestral, se lanza al agua, se disuelve en sus burbujas hirvientes.

VOZ.—Para satisfacer paladares adocenados, se disuelve en la nada el trabajo de los salineros. ¡Salineros de todos los mares, uníos!

EL AGUA, reconfortada con la adición, vuelve a exclamar a borbotones:

—¡Que venga el eterno símbolo de Oriente!

Entra EL ARROZ, el monótono, uniforme, impenetrable rebaño blanco, que se va acercando impasiblemente al AGUA.

VOZ.—El inhumano trabajo de siglos, las espantosas condiciones del pantano, la eterna cantilena del hambre, los míseros salarios en especies, también disueltos en la nada... Los arroceros han perdido su tiempo. Mao no ha sido aún suficiente látigo... Quizás se ha dedicado excesivamente a sus poemitas... ¿O es que no ha sonado la hora de Oriente? Indira padece

una extraña miopía sorda. La voracidad de Occidente se acrecienta sin cesar y devorará la voracidad de Oriente... ¿O viceversa?... ¡Arroceros de todos los pantanos, uníos!

(Empieza la luz a cambiar lentamente. La música de Ravi Shankar va fundiéndose en otra lejana, que por fin la absorbe hasta convertir la sitar en guitarra que rasguea sevillanas del Arenal. La luz, ya en este momento, es brillantísima. Precisamente: cegadora, cegadora.)

Entra EL ACEITE con giros y revoloteos flamencos, y se mete en la SARTÉN con salero y sin saludar.

LA SARTÉN suspira en voz baja:

—Siempre lo mismo... Nunca podré liberarme de esta servidumbre de aceite y llama, aceite y llama, aceite y llama...

Voz.—Ya llegará un nuevo momento. Y olé. Estarás a nivel europeo. Y olé. Desaparecerá el aceite y la llama. Y olé. Y tendrás mantequilla y placa eléctrica. Y olé. La sociedad de consumo no detendrá su marcha implacable. Sartenes de todas las...

EL ACEITE interrumpe:

—¡Cuba! ¡Canarias! Cilindros de trópico pequeñito, venid a mí...

(Una olla boca abajo se convierte en bongó. Marca ritmos habancros mientras la guitarra abandona las sevillanas por una lánguida isa canaria. Aparecen varios PLÁTANOS, danzando desafortadamente. Junto a la SARTÉN, las Juanita-bananas inician un *strip-tease* desenfadado y se lanzan al ACEITE, al caer definitivamente su ropaje amarillo.)

Voz.—¡Yanki go home! ¡Santiago de Cuba y cie-

(En este instante, la luz se ha vuelto roja, tras el *strip-tease* bananero, subiendo en intensidad paralelamente al tono de la VOZ. Toda la música se ha conjuntado en un frenético Bolero entremezclado con la Danza del Fuego. Ritmo muy acelerado para pasar en seguida a una Pausa. Luego, algo de Bach que acaba produciendo Luz Blanca.)

VOZ.—Demos paso a la filosofía perenne. El Huevo encierra el más viejo dilema de la Humanidad. El Huevo frito en aceite es todo un símbolo. ¿Marcuse no ha escrito nada sobre esto? ¿Violencia o no violencia? ¿Hacemos el amor, la guerra o el almuerzo? ¿Huevos cascados o estrellados?

¡LOS HUEVOS suspiran:

—¡Amor!

y van convirtiéndose en margaritas dentro del ACEITE, uno tras otro.

(Fundido. Silencio. Luego, luz tamizada. No hay música.)

VOZ.—El sudor de los aparceros canarios del Sur convertirá la injusticia en sangre que llegará hasta Oriente. Y Occidente.

LOS TOMATES se apesfusan unos con otros, luchan por conseguir un mínimo puesto en LA SARTÉN, hasta convertirse en sangre densa, pero apetitosa, sólo a falta de colador. A que «los pasen por el chino», como recomiendan algunos sesudos libros de recetas culinarias.

VOZ.—La sangre también necesita condimentos variados. La sangre necesita un toque de sal marina, un toque de campo con orégano, un toque de bajo fondo de pimienta... No hay sangre pura. ¡Sangres de todas las naciones, uníos!

Bueno. Al final, todo se mezclará en el mismo plato... El Hombre es el eterno usufructuario —en positivo y en negativo— de sus propias conquistas, de sus propios errores. Y hasta de sus propios almuerzos.

Y a todos les gusta este plato, desde chicos. En eso no han cambiado. Pero lo que es en otras cosas...

LA EVOLUCION DE LA HIJA

Ay, aquellas ejemplares hijas de antes, que cosían con dedal y se sentaban en una sillita baja, en señal de humildad... ¿Existieron, realmente? ¿Pudo ser verdad tanta belleza, tanto tirabuzón, tanta costura? Sí, fue verdad: ha quedado constancia fotográfica y gráfica de tal acontecimiento.

Eran juiciosas, comedidas, modositas. En fin, reunían en sí todos los calificativos hoy en completo desuso. Se las veía, pero no se las oía. Velaban por sus pequeños hermanitos con ademanes de Angel de la Guarda de aquellas inefables litografías que vendían «a cá los Peñate». No llevaban alas, pero casi se las adivinaba donde terminaba la cascada de sedosos rizos.

También las hubo hijas únicas, que eran el *súmmum* del comedimiento, concentradas en ella todas las plurales virtudes que, en otras familias más dotadas de hijas, se repartían por igual, como se concentra ahora toda una gallina en un pequeño cubito. Estas hijas únicas solían convertirse, ya de mayores, en perfectas institutrices de novela inglesa del siglo pasado.

Obedecían siempre, cosa insólita en estos tiempos. Jamás rechistaban. Se ponían todos los trapos y las botas que decretaban sus madres y se casaban, siempre sin rechistar, con el elegido por sus padres. Lo que realmente pensaron —si es que llegaron a pensar alguna vez— de sus severos progenitores, parapetados

tras grandes bigotes, o de sus encorsetadas progenitoras, envaradas por los convencionalismos, nunca se supo. Supongo que su falta de modos expresivos se debía a que el peso de tirabuzones y lazos atornillaba en sus cerebros los pensamientos y nunca pudieron salir a flote. (De alguna que tuvo que pelarse por mor del tifus, por ejemplo, pudo obtenerse alguna información aviesa, poco placentera para los autores de sus días, pero sus inesperadas declaraciones fueron achacadas inmediatamente a las fiebres.)

Con los ojos siempre púdicamente bajos —¿qué falta hacía levantarlos hacia una vida incolora, inodora, insípida?— seguían bordando y bordando hasta que las casaban con «El Elegido». Entonces, recogían su costura y se iban a otra casa, a seguir bordando junto a otra ventana.

Desde que nacían se dejaban llenar de trapos, tira bordada, cintajos y medias negras, amén de un indescriptible sombrerete, con una pasividad realmente bíblica o de proverbio árabe. (¿Serían, misteriosamente, las precursoras de las actuales «sentadas»?) Fueron unas niñas dóciles, sin iniciativas, sin más horizonte que la obediencia y el asentimiento tácito, sin ninguna utilidad práctica. Quizás lo único que servía luego de ellas era el sombrerete, al menos para las que se convertían más tarde en institutrices inglesas, o para los posteriores carnavales de sus descendientes.

Las hijas, antes, parecía que se llamaban todas «La Buena Juanita». Pálidas y silenciosas, no conocían el movimiento. Todo en ellas era quietud, compostura. Tenían muñecas de caras tan inexpresivas como ellas mismas, y sus juegos consistían en coserles vestiditos de piqué o de madapolán, para no perder la costumbre de darle a la aguja incesantemente. A alguna, más atrevida quizás, se le permitía hacer un corro y mo-

verse decentemente unos minutos. Estas que osaron moverse de su sillita baja, fueron tal vez las lejanas precursoras de las hijas actuales. Pero esto no puede afirmarse con plena seguridad: no existen pruebas fehacientes.

Las hijas de ahora, para empezar, no cogen una aguja en la mano como no sea por equivocación. Han hecho degenerar de tal forma la sillita baja, que se sientan en el suelo, que es el asiento más bajo que se conoce hasta la fecha. Cada hija de hoy es un ser humano unido por una parte a un teléfono y un tocadiscos, y por otra a un cigarrillo y una foto-novela. Las más *snoobs* cambian la foto-novela por «Copains» o Marcuse. El dedal es instrumento desconocido entre ellas, e incluso algunas han creído que era un chisme para soltar el chicle.

Tienen siempre los ojos bien abiertos, en todos sentidos, y miran de frente, a la gente y a la vida, sin hipócritas veladuras de ojos que no comprometían a nada. Las de hoy se comprometen abiertamente, si hiciera falta. Discuten todo lo que hay que discutir, y mucho más. La cosa es no callarse. Consideran la obediencia como algo vagamente relacionado con las medievales Ordenes Religiosas de Clausura.

Los padres —severos o no, porque ya da igual— no tienen que preocuparse por buscarles marido. Ellas se encargan de encontrarlo a su gusto. Y si no, lo cambian por otro.

La femenina y ordenadísima cestita de costura, inseparable de la hija de antes, se ha convertido, asombrosamente, en cenicero, inseparable de la hija de ahora.

De la estática absoluta se pasó a la dinámica absoluta. De aquellos angelicales dormitorios con olor a sahumero o lavanda, adornados con cortinitas y volantitos llenos de lazos y almidón, se ha pasado al «es-

tudio» con olor a tabaco, lleno de posters, llaveros y cojines, sin más juguetes que discos y libros. La que no está «desencuadrándose» al compás del tocadiscos, es porque está tumbada en el sofá pensando en «El Elegido» (elegido de momento).

Lo único que todavía conservan en común las hijas de antes y las de ahora, son las medias negras. Sólo ha variado el tejido.

LA EVOLUCION DEL HIJO

Al hijo de antes, quieras que no, me lo vestían de marinero, le daban un aro y, hala, a vivir, si lo dejaban. O a retratarse, para pasar a la posteridad, al menos a la familiar. Todo este asunto del traje, las botas y la posteridad dejaban al niño antiguo pasmado y plasmado en cartulina, y todas las fotos de niños de entonces tienen el mismo aire: como si se hubieran quedado lelos en espera del «pajarito» que prometía el fotógrafo, pero que nunca salió. (Desde entonces, desde aquel primer fallo del pajarito, el niño se hizo desconfiado, aunque no acertaba a encontrar todavía las vías de expresión testamentaria; y hasta hubo alguno que creyó que el fotógrafo con tirantes se metía dentro del trapo negro de la cámara para comerse el pajarito, y por eso no salía.)

De un modo general, la historia de la evolución del hijo incluye muy breves pases por peluquerías. Concretándonos al aspecto capilar, el hijo de antes tuvo melena y el de ahora también. (La madre de antes que lograba un hijo con tirabuzones colgándole por la espalda, se sentía orgullosísima y lo retrataba más que a los otros. La madre de ahora que contempla un hijo con melena, se siente por lo menos perplejísima, y si tiene que retratarlo para eso del Preu o lo que sea, intenta insinuar «¿Por qué no te pelas antes de ir a retratarte?».) Vino luego la engominada etapa ro-

dolfovalentinesca, para caer a continuación en el pelado «corte alemán», que casi puede calificarse de auténtica trepanación, y, tras el obligatorio «doble cero» del cuartel, melena otra vez. Por tanto, exceptuando esos escasos esquilados de reglamento, la melena sigue en vigor para el hijo, constituyendo el común denominador de esa parte tan importante de la Humanidad que solía llamarse sexo fuerte, Sección Mocitos.

En el hijo de antes parecía como si la melena fuera una derivación natural del trajecito de marinero. En el de ahora, de la guitarra. Pero no, es pura apariencia, ya que los hay que no tañen la vihuela y tampoco se pelan.

Pero lo más característico y curioso de esta evolución es que el hijo actual es mucho más antiguo que el antiguo, que ya es decir. Al menos, en cuanto a vestimenta se refiere. El de antes vestía de marinero porque supongo que no le quedó otro remedio —ni otro traje—, pero el actual siguió dando marcha atrás en el vestuario y ya va de levita y con encajes que es un primor. Nuevos Wolfgang-Amadeus, nuevos Federicos sin sonatinas ni nocturnos, pero delicadamente ataviados, enmelenados y coloreados. (Pero sin bacilos de Koch ni más perturbaciones mentales que las que les achaca el prójimo gratuitamente.) Como afortunadamente no soy profeta —ni Dios lo quiera—, no puedo predecir si en esta marcha atrás del ropaje filial se llegará algún día a los modelos «Picapedra», aunque entre el elevado coste de las pieles y el programa de Fauna, quizás no se consiga.

Se habla y se escribe mucho acerca de que el hijo actual es un problema. Que si protesta, que si esto, que si lo otro... Sin embargo, el problema no es tan actual como se cree: el hijo vestido de marinero también presentó problemas. (Desde luego, no protestó: de

haber protestado a tiempo, hoy en día no disfrutaríamos de la diversión de contemplarle en aquellas inefables fotos.) Pero presentó en algunas ocasiones un problema muy gordo: cuando tenía la cabeza algo mayor de lo que se fabricaba en medidas de gorras de marinero. Entonces, ¿qué inscripción grabar en la cintita negra con letras doradas? A los de cabeza estándar se les podía poner «Libertad» o «Nautilus», y todo solucionado: su medida cerebral podía cubrirse perfectamente con pocas letras. Pero, ¿y los otros? Sé de una madre que, a la vista de las respetables proporciones de la cabeza filial, sugirió esta frase culta para grabar en la cintita: «Llor a Don Isaac Peral, glorioso inventor del submarino». Esta madre, como se ve, tenía, además de corsé, sentido del humor. Pero el severo padre, no: ni corsé ni humor. Y por eso el hijo no pasó a la posteridad fotográfica con semejante inscripción original, sino con la irónica palabrita «Libertad», que parecía naufragar en un inmenso mar de moaré negro.

El hijo de ahora, gracias al cielo, no lleva todavía gorrita de marinero, a menos que haga la mili en la Marina —esto es siempre pasajero—, pero aro, sí. Lo ha empequeñecido un poco y, para tener las manos libres —porque el hijo actual tiene muchas actividades manuales, sobre todo en grupos mixtos— se lo cuelga al cuello, o se lo pone en la muñeca; pero lo lleva, qué duda cabe.

Los sociólogos, los psicólogos y toda esa gente que piensa en serio y se preocupa debidamente por todo, llevan largo tiempo tratando de estudiar y explicar los porqués de estas protestas del hijo de ahora. No parecen haber hallado todavía una solución satisfactoria. Del hijo de antes, en cambio, ya no se acuerda nadie, excepto cuando se va a arreglar un armario y cae en

las manos —o en el pie— el álbum familiar. Sin embargo, yo estoy viendo en él el origen de todo: el hijo de antes estaba siempre tan callado, por aquel maniático *slogan* de los mayores de que «al niño se le ve pero no se le oye», que en cuanto se convirtió en hijo de ahora y tuvo un respiro —aprovechando que los mayores andaban muy metidos en guerras, política, etcétera— rompió a hablar, a pensar y a protestar, y se está desahogando a gusto. Ya era hora, caramba.

Tomates

Queso

Gofio

Whisky

Plátanos

¡ Pilas

para el transistor!

Y salió Jacob de Beer-seba, y fue a Harán. Y encontró con un lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y acostóse en aquel lugar. Y soñó: he aquí una escala que estaba apoyada en tierra, y su cabeza tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, Yahvé estaba en lo alto de ella, el cual le dijo: «Yo soy Yahvé, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que estás te la daré a ti y a tu simiente.»

Y levantóse Jacob de mañana y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y alzóla por título, y derramó aceite encima de ella. Y llamó el nombre de aquel lugar Beth-el, bien que Luz era el nombre de la ciudad primero. E hizo Jacob voto, diciendo: «Si fuere Dios conmigo, y me guardare en este viaje que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si tornare en paz a casa de mi padre, Yahvé será mi Dios.»

(¿Puede encontrarse más desfachatez, dentro de un increíble sentido de previsión logística? Si me da facilidades, Yahvé será mi Dios. ¡Magnífico ejemplo para las futuras tribus!)

Y esta piedra que he puesto por título, será casa de Dios: de todo lo que me dieres, el diezmo lo he de apartar para ti.»

(Gén. 28, 10-22.)

(Negocio redondo: del mismo capital divino le «regalará» a Yahvé el diezmo, por bueno. Como si Yahvé necesitara que le hiciéramos el favor de ofrecerle participación en la empresa...)

* * *

Por eso, y muchas otras cosas más, me indigna este ladino suplantador. Pero si yo hiciera una novela con él, tendría por título «Nueva Escala de Jacob». Por cierto, ¿no hay en París un bar con ese nombre? Algo de eso creo que me dijo el tal F. G. Pero decía tantas mentiras, con la *snoob* esperanza de aparentar que era «el hombre que todo lo ha vivido», quemado y demás, que no estoy segura. De todas formas, París sería un buen lugar para soltar a este nuevo Jacob y empezar a desenmascararlo. O Madrid, que tanto me gusta. O aquí mismo, ¿por qué no? Todo el mundo es el mismo mundo, la gente es la misma gente, aunque cada cual tenga pasaporte en idiomas distintos. En las grandes ciudades, más que nada (aunque ya las pequeñas tampoco se están privando de nada), hay tantos nuevos Jacobs, sisando primogenituras por medio de todos los trucos imaginables —el hambre incluido—, disfrazando rebaños de lo que sea para quedarse con la mejor parte, engañados por o engañando a mujeres... Espero que soñando también... Aunque sean sueños de grandeza, o turbios, o freudianos... Soñar es lo que importa. (Parece el título de una película, qué gracia.)

AQUELLAS PELICULAS PARA LLORAR...

Hace muchos años que no voy al cine y, por tanto, ignoro cómo marcha la estadística lacrimógeno-sentimental en la actualidad. La radio, sí; a juzgar por lo que oigo a través de transistores propios, de transeúntes, coches y vecinos, parece ser que continúa fiel a la tradición, aportando los materiales precisos para que no decaiga en el pueblo-oyente el noble empeño de hacer funcionar los lacrimales a todo gas: malvadas madrastras, incautas jovencitas, jóvenes un tanto frívolos pero con buen fondo, situaciones tensas y dramáticas debidamente puestas en relieve auditivo por la música especial y la característica voz en *off*...

En otros tiempos, incluyendo películas «de risa» que hacían llorar por exceso de hilaridad (o quizás sería que la gente era menos complicada que ahora y no requería sofisticadas situaciones de discutible humor verde o negro para divertirse a carcajadas), los cines mantenían con sus filmes dramáticos un grado de humedad ambiente realmente envidiable. Parecía como si a la gente le divirtiera ir a llorar al cine. Una película que requiriera pañuelo desde el principio al fin, era realmente una buena película —no se discutía jamás su técnica ni su fotografía—, comercial, taquillera y justamente alabada por todos.

Y los protagonistas de entonces nos ofrecían sus dramas con toda sencillez, sin complicaciones psico-

lógicas de dudosa interpretación que nos hicieran dudar entre la lágrima y el *suspense*, sino llana y simplemente dramáticas, como suena. Si una joven era huérfana —y no hacía falta más que verla para saberlo en seguida— lo era con todas las de la ley, a ojos vistas, sin dejar el menor resquicio para poder pensar si no sería que... si a lo mejor no... etc., etc. La tensión, la duda, el retorcido *suspense*, la situación alienante, etc., no se habían inventado todavía, cinematográficamente hablando.

La gente se moría por las buenas, a lo largo de dilatadas secuencias que tan intensamente disfrutaba el espectador sencillo, con las debidas despedidas familiares o amorosas y los gestos propios y tradicionales de un moribundo como Dios manda. La única crueldad que se conocía entonces era esa anticuada crueldad de la vieja envidiosa, o de la vecina algo trastornada o del avaro que nunca tuvo quien le quisiera, o del bandido definitivamente malo, todos ellos con unos maquillajes tan adecuados, que no había que recurrir a escenas espeluznantes donde se manifestara su maldad para saber en seguida, nada más verles, que eran «los malos».

«Los buenos» eran divinos. Y «las buenas» eran tan buenas, tan angelicales, que sólo con aparecer en la primera secuencia se le humedecían a uno los ojos ante tanta bondad.

Antes, se hablaba del «muchacho» o de «la muchacha» y no había que preguntar a quien se refería. No había sino un protagonista indiscutible, él y ella —el bueno y la buena— y se desconocía por completo ese término moderno de «artista invitado» ni ese otro de «con la colaboración especial» de fulanito o menganita. Sólo había, por tanto, un bueno, una buena y personajes secundarios y característicos.

Pero todos hacían llorar por igual, a moco tendido, y nos dejaban tal contento de poder hacerlo, que salíamos del cine satisfechísimos. Recuerdo, por ejemplo, por lo muchísimo que lloré en tal ocasión, «Tres Lanceros Bengales». ¿Se ha vuelto a ver jamás otros tres lanceros más monos, más limpitos, más nobles, más ideales? Ay, qué final tan borroso el de aquella película... Y digo borroso porque apenas podíamos verlo, tal era la cantidad de lágrimas que nos anegaban los ojos.

Luego, se introdujo una «pega» en aquel perdido paraíso: cuando empezamos a usar rimmel para cargar de intensidad dramática nuestra juvenil mirada (y todo, quizás, por culpa de Joan Crawford, que lucía en sus primeros planos tal batería de pestañas negras y gordas como un dedo, que no había más remedio que imitarla inmediatamente, a ver qué tal reaccionaba nuestro incipiente Pepe —un Pepe, por supuesto, con corbata, pelo bien corto y que no sabía tocar la guitarra—.)

Recuerdo, como si fuera hoy, la cara de una señora que salía de llorar del cine. No he vuelto a ver jamás una cara más resplandeciente de felicidad, como la de un goloso que acabara de tomarse su tarta favorita, o la del «arramblado» que recibe de sopetón una herencia, sin derechos reales a satisfacer. La nariz de dicha señora era como un tomate reluciente, con reflejos de chistera nueva. Y de su boca, abierta en una amplísima sonrisa de felicidad inigualable, salieron, simplemente, estas palabras de satisfacción:

—«¡Ay, bien lloré!»

—Riiiiiiiiinnnnn... riiiiiiiiinnnnn...

—¿Sí?

—Soy Tina.

—¿Qué tal, Tina?

—Ya ves... como siempre...

—Hija, qué voz de sueño tienes.

—Es que anoche fui al teatro.

—Ah, ¿fuieste, por fin? ¿Y qué te pareció?

—Pues... todavía no me ha parecido nada. Será que como siempre tengo tanto sueño...

—Pues dicen que es una compañía buenísima.

—Sí... sí las artistas son fabulosas... No sé cómo resisten ese tute toda la obra, y dos veces al día nada menos. Pero Pepe casi se duerme. Bueno, sin casi.

—Ay, mujer, cuéntame. ¿Es policíaca?

—A lo mejor, sí... No estoy segura, hay que averiguar cosas.

—¿Qué cosas, un crimen?

—Ah, pues no sé... Un chico con melena que estaba al lado decía que todo eran símbolos.

—Jesús, qué cosa más rara...

—Una de ellas sacaba una faja como aquella que te dije que me quiero comprar.

—¿Entonces era picante?

—No, mujer, qué va, ni siquiera era musical. Bueno, tocan una cosita de Bach un momento, pero nada más. Todo era muy serio.

—¿Sacaban trajes bonitos?

—Más bien telas, pero pocas... Como cuando «El Kilo» está fatal.

—Hija, estoy intrigadísima. ¿Y qué tal el decorado, lujoso?

—Modernísimo. El suelo estaba torcido.

—¡No me digas! ¿Torcido?

—Sí, como en cuesta arriba, ¿sabes?, con una trampa al centro, pero era una cama redonda, con trapos negros. Todo lo demás era de metal.

—Oye, qué raro...

—Rarísimo. Pepe no se despabilaba sino cuando daban golpes con las planchas.

—Pero, ¿planchan en escena? ¿Por eso se llama «Las Criadas»?

—Me refiero a las planchas de metal del decorado.

—Hija, qué llo...

—Luego sale una rubia con un tipo precioso. Baja en un trapecio. Pepe se animó en seguida. Llevaba unos zapatos rarísimos, como esos de coja, pero con cascabeles. Eran un símbolo también, decía el chico de al lado.

—¿Símbolo de qué?

—No sé... en el programa no lo explica, pero el traje era divino. Me dio una idea para mi blusa azul de gasa.

—¿Sabes qué estoy pensando? A lo mejor es una de esas obras modernas, con mensaje, como dicen los periódicos a veces.

—Sí, decían cosas misteriosas, muy bonitas, pero ya no me acuerdo, fíjate qué pena. Lo que me entusiasmó fue el trabajo de las artistas; son extraordinarias. Llevaban rodilleras.

—Menos mal... ¿Te vas mañana al sur?

—Claro, ¿dónde vamos a ir?

¿Qué hago con Jacob, entonces? No creo que mereza una novela, después de todo. Ya puede decir Ortega y Gasset lo que quiera sobre la decadencia de la novela, que me tiene sin cuidado. Yo creo que sigue vigente, bajo nuevas formas o bajo nuevos escritores. Todo es una novela, y las novelas —escritas o pensadas— hacen falta para vivir, para leer rumbo a la oficina o bajo el secador de la peluquería, y para hacer suspirar a chicas como las de la Ladera de San Juan, que cosen para Solita en el taller de la azotea, mientras escuchan Radio Ecce y cobran mil pesetas, no sé si a la semana o al mes. Todo es novela, y lo que, si vamos a ver, puede que esté o no esté en decadencia son los lectores. O los autores, que todo pudiera ser. (Qué gracioso lo que dijo José Plá, que los que leen novelas después de los cuarenta años son unos cretinos.)

También acabo de leer a un escritor muy joven que parece insinuar la posibilidad de que el futuro de la novela en España está en manos de los «de izquierdas». Creo que lanzó la «boutade» primero en «Cuadernos para el Diálogo», y entonces, los «de derechas» —que no habían sido citados, claro está— se sintieron... digamos molestos, por poner un adjetivo correcto. Pero lo que no dice el joven autor del repaso novelístico —pero que se escapa en el contexto— es que puede haber también otra posibilidad de llegar a ser

novelista famoso dentro de poco, o al menos, debidamente citado por la joven y audaz crítica: ser amigo del autor del ensayo. Ensayito, para ponerlo en su medida adecuada.

Pero a Jacob no lo meto en una novela. (Qué más quisieras tú, guapo). O que más quisiera yo, saber escribir una novela. Ni de derechas ni de izquierdas. Ni de arriba ni de abajo. Perteneciendo casi en exclusiva a La Cocina, a la que detesto, con igual intensidad, por todo lo que me ha dado y por todo lo que me ha quitado. Quizás por esto es por lo que donde metería a Jacob, a veces, es en una cocina de gas. En el horno, claro. Igual que esta gallina que acabo de untar con Salsarama y ponerla a 160 grados, la pobre.

SALSARAMA

Cada vez que hago mayonesa, tan monótonamente amarilla, recuerdo los versos de no sé qué poeta:

«Resulta que a veces me canso de ser hombre...»

y me queda la impresión de que también la pobre mayonesa, a veces, tiene que estar tan cansada de ser siempre amarilla, amarilla...

Para evitarle represiones e introducir un poco de variación en su vida-color, se me ha ocurrido una salsa que, de acuerdo con las modernas técnicas cinematográficas, pudiera muy bien llamarse Salsarama.

Le agrego a media taza de mayonesa, lentamente, media taza de salsa de tomates, no con los patrióticos fines de formar una bandera, sino más ecuménicamente, para que fundan sus colores. Luego, una cucharadita de zumo de limón, un poco de leche y, a veces, sal, si me acuerdo.

Con esto suelo untar filetes de pescado antes de asarlos a la parrilla, con el propósito, más que nada, de que si a veces el pescado se cansa también de ser pescado, quizás se animará un poco al verse en tecnicolor.

Y para untar con ella una gallina, o un pollo predestinado para el horno, aumento la Salsarama con un poco de caldo, para ir añadiéndosela según se va consumiendo.

LA GALLINA BAJO OTRO PUNTO DE VISTA

Siempre hemos considerado a la gallina únicamente en razón del huevo (así como al huevo en razón de su tan cacareado precio), y la verdad es que esto resulta algo injusto. La que podríamos llamar «La Alegría del Gallinero», con su música sencilla, pegadiza, al alcance de todos los oídos (igual que aquella otra Alegría, pero de la Huerta, que anduvo por los mundos zarzueleros con bastante buena acogida, desde butacas a ese otro «gallinero» igualmente incómodo), merece algo más de consideración y respeto como ente particular. Al fin y al cabo, la gallina ha sido la protagonista de uno de los grandes interrogantes de la Humanidad: «¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?» Bajo la seriedad y la profundidad de esta pregunta, la gallina se presenta ya con tanta categoría como si viniera trufada y en bandeja de plata.

Lo que más caracteriza a la gallina en general es ese aire semifurtivo —como de espía que intentara pasar inadvertida llevando una gran pamelita negra, una boquilla de medio metro y unos ojos tiznados a lo Pola Negri—, que la diferencia inmediatamente del gallo, incluso ante los ojos que más distraídamente puedan contemplar un gallinero. También puede achacársele cierta tendencia al histerismo colectivo y al alboroto sin motivo justificado. Pero, en estos tiempos duros e inciertos, ¿qué comunidad humana no se

encuentra también bajo esa amenaza al menor signo de una novedad un poco rara?

Sí, reconozco que son incultas y que pisan con soberano desdén por encima de cualquier hoja impresa, ya sea un trozo de periódico, una hoja arrancada de «El Paraíso Perdido» por algún lector desesperado o un cromó Nestlé repetido. Pero no podrá negárseles tampoco el «ojo clínico» que tienen para dar en seguida un certero picotazo a su hierba o su bicho predilecto, aunque se esconda disimuladamente en la tierra. Y esto debe considerarse como un detalle de gran valor social en esta época en que la lucha por el comestible, unas veces por exceso y otras por defecto, es una cosa muy seria.

Pero, lo que revaloriza definitivamente a la gallina —por lo menos ante mis ojos— es su infinito y universal amor maternal. Porque se necesita tener un corazón muy grande para amar como propio a cualquier pollo que salga de un cascarón, un cascarón de un huevo que a lo mejor ha sido puesto en Dinamarca o en Valleseco —sitios donde la gallina-madre en potencia no ha estado nunca, porque es bien sabido que no suelen viajar sino en estado de huevo ellas también— y cuidarlo, y protegerlo, y pasarse esos calores tan grandes para incubarlo... La ciencia, siempre tan fría y antipática, ha hecho todo lo posible para ahorrar a la gallina esos trastornos temporales, con lo cual sólo va a conseguir amargarlas mucho más y convertirlas en madres frustradas, con sus consecuentes complejos —léase a Freud— y en productoras sin recompensas, puntos ni subsidio de maternidad. No tengo nada que oponer a la incubadora mecánica: como aparato, perfecta. Pero como inhumana, también. Considero mucho más ejemplar un gallinero estilo antiguo, con su «sultán» de buena raza y sus alegres y sencillas ser-

vidoras, que todos esos fríos y científicos modernismos que han quitado todo su valor y su sentimiento a la humilde maternidad gallinácea.

Por otro lado, mientras no se nos ocurre empezar a indagar, no se da uno cuenta de la asombrosa cantidad de bibliografía que existe sobre estas responsables directas del huevo frito. Ni sobre Napoleón, que tanto ha dado que hablar siempre, ni siquiera sobre la Unión Deportiva hay tanto escrito ni tan variado. Y por lo que se refiere a las diferentes maneras de tratar a la gallina y su subproducto, bien manejados por una mano experta, basta consultar la inmensa producción mundial de libros de cocina para darse cuenta de ello y de la innegable categoría literaria de la gallina, que la hace figurar como un perpetuo *best-seller* de la culinaria, una especie de Dama de las Camelias, con plumas en vez de camelias, pero por lo general mucho más sana. (Y con mejores costumbres, en ciertos aspectos al menos, porque hay que ver lo temprano que se acuesta, para levantarse casi en seguida otra vez, claro.)

En resumen, que mi recién adquirida cultura del cacareo me ha inducido a rendir a la gallina, desde estos renglones, el homenaje que creo se merece muy bien la principal e indiscutible protagonista de la pepitoria, por haberse sabido mantener en cartel tantísimos años.

* * *

Y a propósito de gallinas, ¿no es maravilloso este caso de «Gallina Heroica», de magnitudes casi nelsonianas o Guzmán-el-Buenescas, que trae el periódico?

«En Newton, Inglaterra, una gallina puso un huevo que pesó 226 gramos. La gallina murió a causa del esfuerzo.»

¡Pobre gallinita! Siempre que tengo ocasión, la aprovecho para cantar debidamente la humanidad que puede haber en esas vedettes del gallinero, tan útiles a todo el mundo. Siempre dije que tienen un corazón que no les cabe en el pecho. Y esta gallina inglesa, en particular, tenía además un huevo que no le cabía en la vida. Una nueva víctima del amor a ese prójimo llamado hombre... Puso un huevo de 226 gramos, aunque muriera en la empresa, seguramente en un postrer empeño de suavizar la escalada mundial de precios, puesto que todavía, afortunadamente, el huevo sigue vendiéndose por unidades o docenas. Quiso equilibrar el precio con el peso y le costó el cacareo.

¿Podrían sacar alguna lección de esta ejemplar hazaña los responsables de la tan cacareada y constante escalada de precios?

Todo hace falta para todo.

- ¿Eres Tita?
- Sí...
- ¿Vamos por fin esta tarde?
- Ay, hija, no me atrevo...
- Mujer, no seas boba, ¿qué nos puede pasar?
- No sé... Me da vergüenza...
- Si nadie nos va a conocer...
- O a lo mejor hay que pagar y no tengo una perra.
- Que no, mujer, que no se paga nada, que lo sé yo...
- ¿Ni tampoco a la salida?
- A menos que pidas algo...
- De todas formas, me da apuro, Chuhi...
- Hija, qué pesada estás...
- ¿Y si mi madre se entera?
- ¿Por qué se va a enterar?
- A lo mejor va alguna conocida de ella... Ya sabes que son unas criticonas.
- ¡Niña! A esos sitios no van las viejas.
-
- ¡Oye!
- Qué...
- Ah, creí que habías cortado...
- Es que pasaba mi madre...
- ¿Por eso hablas con tanto misterio?
- Sí...
- Bueno, dime de una vez, ¿vamos, por fin?

—¿No se reirán de nosotras?

—Jesús, qué idiotada... Si lo que les interesa son chicas jóvenes, ¿no ves?

—¿Y tú crees que nos conviene?

—Claro que nos conviene... Y hoy o nunca. Fíjate todo lo que tenemos que estudiar mañana.

—¿Estás segura de que la señora es extranjera?

—¡Que sí, demonio, que sí! Y para que te convenzas de una vez, voy a leerte el periódico: «*Mademoiselle Ivonne, Estheticienne Diplômée*, aconsejará gratuitamente (gra-tui-ta-men-te, ¿te enteras?) sobre sus problemas de belleza, en la perfumería X, únicamente hoy y mañana, de seis a ocho de la tarde.»

—Bueno, pues vamos, y que sea lo que Dios quiera...

--Sí, hija, a ver qué nos dice de estos granos tan antipáticos...

ARREGLANDO ARMARIOS

Uno de esos sabios psicólogos —creo innecesario añadir que es de procedencia germánica— amigos de poner etiquetas a todas las reacciones y estados de ánimo del ser humano (como cualquier empleado de líneas aéreas despachando maletas para el avión), ha bautizado con el delicado título de «Espíritu de Nido» a esas rachas (afortunadamente pasajeras, al menos en mi opinión) que acometen a las mujeres de cuando en cuando, y que les da por lanzarse febrilmente al arreglo de armarios, roperos, estanterías e, incluso, hasta el intocable recinto de las herramientas del marido.

Aunque me parece cursi, sencillamente, no tengo nada que objetar al calificativo. Cada uno es muy dueño de llamar a sus cosas como quiera, y si una amiga mía llama «amorcito» a su marido, allá ella. Yo, por mi parte, llamo QDM a la cuchara de madera de la cocina, y en paz.

Lo importante, en realidad, es arreglar los armarios, no sea que llegue un día en que, al abrirlos, desaparezcamos bajo un aluvión de cosas heterogéneas, como si nos metiéramos a fondo en un primer día de las «drásticas rebajas» esas.

Para prepararnos a acometer tal empresa, lo ideal sería disponer de una armadura auténtica, como la del Cid, pero como no es cosa de empezar a poner pegas, con liarnos un pañuelo a la cabeza, poniéndonos los

pantalones viejos —desteñidos probablemente de tanto ir al Sur —y alguna blusa de las «de maternidad» (una de esas que odiamos cordialmente en cuanto nace el niño), ya tenemos conseguida la primera parte: el uniforme adecuado.

Bueno, un momento. ¿De verdad nos sentimos invadidas del «Espíritu de Nido» o no? ¿Estamos seguras de que no se trata de un impulso fugaz y pasajero? Esto hay que comprobarlo con tiempo, no sea que cuando tengamos medio armario fuera, resulte que de nido, nada, y se nos quede la casa peor que estaba: de mudanza.

Una vez confirmado seriamente, en sentido afirmativo, eso del espíritu, manos a la obra. Pero, ¿por dónde empezar? Porque esos sabios psicólogos, mucho buscar extrañas raíces en el alma humana y mucho ponerle etiquetas a sus hallazgos, pero después, a la hora de la verdad, respecto a lo realmente práctico (que sería dar instrucciones con el detalle y la precisión a que nos tiene acostumbrados la técnica alemana, sobre la forma de aprovechar bien el día que le toca a uno el Espíritu de Nido), van y terminan su profundo ensayo haciéndose los suecos y dejándonos en ayunas. Y me gustaría ver cómo dejan ellos su mesa de trabajo...

Así que yo creo que lo mejor para arreglar armarios es tirar a la basura unas cuantas cosas, las que más abulten, y cuando veamos que ya se pueden cerrar y abrir sin peligro, los dejemos como están, hasta otro día, y nos vayamos a la peluquería. Porque después de estar tanto rato con el pañuelo amarrado a la cabeza, el «marcado» se aplasta todo y nos quedamos horribles.

GRIFE

Consulto por teléfono al médico «de toda la vida» y el médico me consulta a mí: «¿Tú qué crees que tiene?» «Creo que es algo de gripe (o de garganta, o de estómago...)» «Ah, bueno, entonces dale lo de siempre, y si no, me vuelves a llamar»

Y la gripe pasa en seguida porque «lo de siempre» sigue haciendo sus efectos positivos.

Pero, ¿qué achaques o enfermedades estarían vigentes en los tiempos de Jacob? ¿Se conocería la gripe, el reuma, la pulmonía, el cáncer? La lepra sí creo que era conocida, ya que el pobre Job la sufrió con increíble resignación. Y, ¿qué tipo de curandero existiría entonces? ¿Se limitarían simplemente a invocar a Yahvé y esperar? Quizás... y luego «pagarían» la consulta sacrificando un hermoso cordero, o un toro si la enfermedad había sido más grave...

Todo ha evolucionado muchísimo.

LA EVOLUCION DEL MEDICO

Con la Medicina pasa —ripió aparte— como con el huevo y la gallina: ¿Qué fue primero? Pero, de todas formas, creo que la Medicina empezó cuando un hombre —o más probablemente una mujer, que entonces no tenía seriales en qué pensar— observó que alguien sufría e intentó aliviarlo, con alguna recetita casera por lo menos.

Hay noticias confusas de que la Medicina se practicaba ya en antiguas civilizaciones, pero todavía nadie llamaba médico al aficionado a esas prácticas, como todavía no se llama nada a los que creen en los OVNI. Los sumerios, por ejemplo, como no tenían bien inventado el concepto de médico ni descubierto la Seguridad Social, dejaban a los enfermos expuestos en la plaza del mercado, para que los que pasaban les aconsejasen remedios. (Ahora, los enfermos se colocan en otros sitios, pero de todas formas la plaza del mercado sigue siendo un lugar de intercambios de recetas y síntomas entre las señoras que van a la compra.) A pesar de ese aparente descuido de dejarse a los enfermos en el mercado como nos dejamos el paraguas en el café, los sumerios tomaron la medicina muy en serio: en el Código de Hammurabi se dice que si un cirujano producía lesiones o la muerte de un paciente con su cirugía, estaba obligado a cortarse las manos; así que imagínense con qué cuidadito tratarían a sus pacientes...

Los egipcios parece ser que también hicieron grandes cosas con la Medicina, pero como nos lo cuentan en jeroglíficos, no puede uno enterarse bien de sus progresos. Y los romanos, que se metían en todo, llegaron hasta el extremo de inventar la cesárea, que no es cosa que se pueda inventar todos los días. De todas formas, sólo se hablaba de Medicina muy vagamente, confundiéndola a veces con la sanidad o la brujería, sin referirse a un personal especializado, hasta que llegó Hipócrates e inventó el médico.

Antes de que Hipócrates hiciera méritos para ser llamado «Padre de la Medicina», hubo otro especialista bastante bueno, Esculapio (una de cuyas hijas, llamada Panacea ¡la pobre! se cita ahora con minúscula y en sentido figurado nada más), pero los griegos, con su manía de divinizar todo lo que se salía un poco de lo corriente, le nombraron dios en vez de doctor, y le chafaron la carrera, al menos económicamente, porque ya se sabe que para pedir salud a los dioses no hay que pagar la consulta: si acaso, ir al templo.

Luego llegó la Edad Media, porque todo llega. Y como los hospitales estaban junto a los Monasterios, casi todos los médicos eran monjes —o viceversa— y si no curaban con bendiciones, daban sus diagnósticos en latín y así el enfermo no se enteraba de su gravedad. El médico español de entonces era musulmán y sabía tanto, que el que no haya oído hablar de Avicena, por ejemplo, es que es sordo de solemnidad.

¡Pero todos los esfuerzos del médico para mejorar la salud de la Humanidad se veían entonces truncados por su más feroz y encarnizada enemiga, la Peste Negra, que fue una especie de Eichmann de aquella época: «se cargó» nada menos que sesenta millones de almas, incluidas las de muchos médicos y sin discrimi-

nación racial. ¿No era como para descorazonar a cualquiera? Pero no al médico, que siguió fiel al más noble y elevado empeño que se conoce en este mundo, ese «corpore sano» que cuando encierra a su vez una «mens sana», es una maravilla de funcionamiento.

Huyendo del terrorífico panorama medieval, la Medicina entró en seguida en el Renacimiento y, entre tantas cosas como florecieron en esa época, floreció también cierto señor, de fascinantes características que respondía al sencillito nombrecito de Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, que empezó practicando en sí mismo la cirugía estética del nombre y se puso el diminutivo de Paracelso, mucho más fácil de recordar. Este señor hizo tantas cosas extraordinarias, que todavía no sé si clasificarlo entre los médicos o regalarle una escoba para las noches sabatinas.

Pasaron los siglos y en todos ellos la cosecha médica fue muy buena y digna de elogio, pero como pasa siempre con todo, a su sombra surgió la cizafia de curanderos y charlatanes, con su gran habilidad para el embaucamiento, que engañaron al pueblo llano con sus «cuentos» y sus pseudo-científicas curaciones, ya que el pueblo, no sé por qué, parece siempre más predispuesto a dejarse curar por la palabra y el parche que por conducto reglamentario. Sin duda debido a esta tendencia, surgió ese calificativo de «matasanos» con que algunos malintencionados llaman al médico.

Por fin, tras infinitos jaleos, dudas, tanteos, discusiones, errores y asombrosos descubrimientos, se empezó a marchar por el organizado camino del progreso y no se ha parado hasta la fecha, con una lista de nombres tan excepcionales, que bien podría designarse como Cuadro de Honor de la Humanidad.

A todas estas, hasta mi infancia por lo menos, el médico solía ser un señor de edad y muy pocas veces fisi-

camente agraciado. En cambio, ahora, ¿qué sutil evolución se ha introducido en la ciencia médica, en su aspecto externo, para que casi todos los que profesan en ella sean jóvenes y guapos, y tan preparados como si llevaran siglos de experiencia? Podemos contemplar hoy en día cada «monada» con bata blanca, tras su mesa de despacho, que casi es una lástima que cada vez esté la gente más sana y tengamos que ir menos a la consulta. Lo que pasa es que ahora hay muchísima más gente que antes, y por eso están siempre tan ocupados.

CONVERSACION CON UN MOSQUITO

Estaba a punto de dormirme. La Unión Deportiva había conseguido, una vez más, ese curioso objetivo que tiene ahora para los partidos «en casa»: que el marcador parezca que lleva zancos, con ese 1-1. Bien lejos estaba yo de suponer que la pequeña «rasquera» del empate se fuera a convertir en rasquera efectiva.

—Piiiiiiiiii...

En medio de esas gratas brumas del pre-sueño, pregunto:

—¿Sr. Soto?

—Sr. Cúlex, para servirle.

La bruma se me aclaró de golpe.

—¡Oiga, que soy una señora!

—Sí, ya lo sé. Y a pesar de ello, si me lo permite, le diré que está usted muy buena: su sangre me encanta. Es del grupo «O». ¿no?

—¿Cómo lo sabe? Parece brujo.

—Pura experiencia... Soy un sibarita: la sangre del grupo O nunca hace daño, sirve para todos los mosquitos.

—Pues, con esos caprichitos me tiene usted los brazos como si tuviera sarampión.

—Es que no puedo picarle en la cara: esa crema que usted usa me produce acidez de estómago.

(Doy gracias *in mente* a la casa productora del potingue.)

—¿Vive usted en ese famoso estanque cercano al Paseo de Lugo?

—¿Cree que se lo voy a decir, para que luego me denuncie a la Brigada?

—Creo que estoy en mi derecho, ya que está usted allanando mi morada y violando mi espacio aéreo.

—Pues yo creía que a usted, que es de temperamento melódico, le gustaba mi música.

—¿De dónde ha sacado eso del temperamento melódico, Mr. Cúlex?

—Todas las personas del grupo sanguíneo «O» lo son.

—¿Es que se ha especializado en horóscopos sanguíneos?

—Algo por el estilo. Según el grupo de cada uno, puede conocerse mejor su temperamento. Psico-biología...

—Muy curioso... ¿Qué más puede decirme del mío?

—Todos los del grupo «O» saben adaptarse notablemente a la vida y sirven para toda clase de actividades; son amigos de viajes y de experiencias nuevas...

—¿Consideraría usted como experiencia nueva que trajera el DDT?

—Estoy vacunado, pero puede traerlo, ya que también todos los de su grupo son de un natural notablemente optimista. Pero sé también que sería incapaz de darme un trastezo porque todos son más sentimentales que sensibles.

—Yo que usted no me fiaría tanto... se lo advierto honradamente.

—Mientras estemos charlando no habrá peligro: los «O» sienten un marcado gusto por la conversación, además de ser buenos y tolerantes.

—¿Cree usted que a estas horas de la noche no puede uno cambiar a peor, sobre todo si está muerto de sueño?

—Pero su curiosidad está siempre despierta, ¿a que sí?

—Sí, y tengo curiosidad por saber cuándo se va usted a marchar... si es que quiere marcharse vivo, claro.

—Todo eso que dice confirma mis teorías sobre los grupos sanguíneos: ustedes los del «O» aman la lucha, se lanzan enteros al momento presente y no les importa desperdiciar energías, aunque sea innecesario.

—Esto último me parece una indirecta...

—Pero es por simpatía: me gusta usted, se lo digo francamente.

—Gracias. De todas formas, preferiría no volver a verlo.

—Pero seguramente volveré. Es usted del tipo sonriente, popular, con cierta inteligencia práctica, que obtendría grandes éxitos como periodista, hotelero, chófer de taxi...

—¿Y como miembro de la Brigada Anti-mosquitos?

—No le va, convéznase. A usted lo que le iría de maravilla sería un tipo del grupo sanguíneo «AB».

—¡Vaya, qué casualidad! Precisamente es el único de que dispongo legalmente.

—Enhorabuena, señora.

—Y usted, ¿es soltero?

—Sí, por desgracia. Me enamoré de una «Theobaldia», pero cierta tarde que la invité a picar en un cine donde pasaban una película de terror, se enamoró de Drácula y me dejó plantado. Ahora quiere irse a picar a los estudios ingleses.

—Pues, ¡váyase con ella! A lo mejor allá no hay Brigada Anti-mosquitos...

—Jamás. Yo pertenezco al grupo «A» y, por tanto, soy muy desigual: atravieso fases sucesivas que van de la exaltación más viva al pesimismo más negro y quizás no la supiera hacer feliz.

—Bueno, pues si vuelve usted mañana le advierto que tendré mi cuarto bien vaporizado de DDT. Y si vuelvo a verlo, telefonaré a la Brigada, que conste.

—Piiiiii... Piiiiii... Piiiiii...

Fin del partido. Mr. Cúlex sale por la ventana. Mañana le daré una broma: voy a untarme también los brazos con la crema para la cara, aunque me salga por un ojo de la ídem.

SUEÑOS PROGRAMADOS

Ahora resulta que ya apenas puedo leer completamente en serio ni la más sesuda literatura sin que, misteriosamente y cuando menos me lo espero, se me conviertan algunas expresiones en cosas divertidísimas. Me ha caído en las manos un libro francamente bueno, bien escrito y, lo que es mejor todavía, bien pensado. De rigurosa actualidad, original y objetivo. Salpicado, para mejor deleite, de modernos poemas que reflejan de paso la actualidad poética en el mundo, que también la poesía va al paso de todos los aconteceres sociológicos, políticos y demás. Estaba yo leyéndolo, muy seriamente, disfrutando además de esa rara cualidad de que muy pocos escritores «serios» disfrutan, la de escribir para que se entienda fácilmente, cuando he aquí que me da risa, sin más ni más. Y es que había encontrado una expresión que dio un frenazo sin chirridos metálicos a mi seriedad lectora, y me la convirtió en divertida. Esta fue la expresión «Sueños Programados». ¿No es graciosísima?

Por tanto, el sugestivo título que encabeza esto no me ha costado ningún gasto de materia gris ni el menor esfuerzo intelectual para ofrecerlo en letra impresa: ya venía así y es de la propiedad intelectual del señor Theodore Roszak. Yo me he limitado a sacarlo del mar sociológico-filosófico en que navegaba, al viento

de su autor, y me lo he traído «al soco de mis paredes», como si de isa parrandera se tratara.

Aunque con su utilización por mi cuenta quizás el docto autor descienda de categoría, no siento remordimientos. Incluso creo haberle hecho un favor al término, porque me parece que no hay derecho a que unas palabras tan bonitas, que tanto pueden hacer por enriquecer una imaginación con nuevas perspectivas, quedaran disecadas entre el serio y profundo almacén intelectual de un sesudo ensayo, que siempre cuenta con menos público lector que un simple artículo periodístico.

Los sueños —a secas— sueños son. Pero estos nuevos «sueños programados», ya desde su simple enunciado, se prestan a numerosas y atractivas posibilidades de desarrollo. Incluso, hasta a las más simples corrientes románticas propias de ciertas edades. Me imagino, por ejemplo, a Pepe programando sueños con Pepita. ¿No es ideal? Y a Purita, que empieza a estudiar una carrera, programando sueños intelectuales... Porque los sueños programados no son lo mismo que soñar despierto. El soñar programado responde mejor a las exigencias de la vida moderna, mientras que el anticuado soñar despierto podría acarrear, incluso, algún fallo técnico —el del repentino despertar bajo la ducha fría de la realidad— y esto es cosa que no conviene a nadie.

Además, el soñar despierto, mientras es sólo sueño, tiene un cierto límite: el de la fantasía soñadora. Pero en cuanto se convierte en sueño programado, parece más al alcance de nuestra voluntad y a la altura de las circunstancias, como un transistor cualquiera o una máquina computadora. ¿Que queremos soñar de dos y media a cuatro menos cuarto? Preparamos la ficha mental correspondiente, perforada con nuestro tema

predilecto, apretamos el invisible botón de soñar... y ya está.

Yo lo encuentro francamente fabuloso. Con la ventaja de que para ello no se necesitan pilas ni corrientes alterna o continua: el propio voltaje humano-sentimental basta para todo. Y que tengamos un motivo, un «con quién», claro está. Porque programar sueños por gusto creo yo que no vale la pena, como cuando se pasan las estaciones en la radio, sin mayor interés: lo bueno es ir en busca de determinado programa que nos atraiga. Supone un soñar despiertos pero conscientes de lo que se quiere soñar, sin esa tremenda imprevisión del soñar dormidos, que suele jugar unas malas pasadas asombrosas, como cuando uno se acuesta pensando plácida y románticamente en determinada persona o determinado proyecto, y luego se despierta a media noche, todo despavorido, porque ha soñado, por ejemplo, que se le derrumba encima el trozo que queda del Instituto; o que le ponen una multa por aparcar bien. O que tiene una suegra hambrienta en Biafra, como me pasó a mí la otra noche. Fue terrible.

La vecina de abajo espera gemelos, sin haberlo programado, supongo. Si fueran varones, me gustaría que les pusiera Esaú y Jacob, a ver qué pasaba luego. Pero supongo que ni hablar, que caerá en el inevitable Juan-Carlos, Francisco-Xavier, José-Ignacio... Total, para después llamarles Naqui, Pupo, Chicho...

Por otra parte, temo este nacimiento como si fuera a vivir yo misma la doble experiencia. Nuestros dormitorios coinciden y la insonorización no parece haber estado inventada cuando se fabricaron nuestros pisos. Con frecuencia, si no tengo la suerte de dormirme antes de que ella venga a acostarse, la escucho bostezar en cuanto apaga la televisión (como la inmensa mayoría de los telespectadores, supongo). Cuando lleguen los gemelos, ya me estoy viendo flotar en unas noches estereofónicas, cada uno llorando a cada lado de la cama...

Pero la vecina está ligeramente deprimida (no es para menos: yo estaría de un «down» infernal) y ya no canta «Honey» aunque sigue limpiando los cristales de las ventanas. Dice que tiene la presión baja.

No he visto otro tema más del agrado de todas las mujeres. Ahora que el servicio doméstico pasó a la historia, se hacía urgentísimo encontrar otro tema que reuniera la atención y el palpitante interés de la mujer que ha pasado de los veinte y de la soltería. Y la ten-

sión sanguínea, con sus altibajos de termómetro caprichoso, ha venido a llenar ese gran vacío. Si nos acercamos a un corrillo de señoras, observaremos inmediatamente que su pseudo-científica conversación trata de subidas y bajadas de presión, con ligeras evasiones ocasionales a alguna receta nueva o a alguna crema de efectos asombrosos. Suelen ser mujeres estupendamente conservadas en una edad que ya no tienen, pero que aparentan. Mujeres elegantes, bien peinadas, con aire incluso satisfecho, pero que resultan profundamente obsesionadas por un único tópico: la presión.

Este tema tiene la gran desventaja, a mi juicio, de que no ofrece sino dos variantes: o se tiene alta o se tiene baja. Hasta ahora, no he tropezado con una mujer que la tenga en su sitio, excepto yo misma, pero quizás es pura suposición: todavía no he ido a que me la midan.

Bueno, ya sé que la presión sanguínea no es una tontería: hay que cuidarla y tenerla sujeta donde debe estar. Pero, aparte de esto, ¿por qué ir con la presión a todos lados, como si fuera un bolso de cocodrilo? Si te sientes lo bastante bien como para no perderte un coctel o una boda de postín, ¿por qué no te dejas la presión en casa y te dedicas a pasarlo bien hablando de otros temas? El mundo está lleno de ellos.

Si la presión no funciona normalmente, hay que cuidarla, pero no obsesionarse con ella, digo yo... Son tan grandes los progresos médicos, que ya no es cosa de pensar que se ha hundido el mundo sobre nuestras cabezas cuando dice el médico que no damos la normal. Si te dice que tienes la tensión alta, consuélate pensando que peor sería que se tratara de «alta tensión», cosa que según los técnicos es peligrósísima, hasta tal punto que no se andan con bromas y la representan por una calavera con dos huesitos cruzados bajo la

barbilla, como una corbata de pajarita. Y si la tienes baja, imagínate cuánto te favorecerá ese aire semilánguido que puedes adoptar cuando te miren, hundida en un cómodo butacón (siempre que tu traje no tenga un magnífico escote en la espalda, y quieras lucirlo por encima de todo). Y piensa también que puedes tomarte impunemente un par de whiskitos o un café bien cargado sin que piensen que es por otra cosa...

Todo tiene sus ventajas, absolutamente todo: lo único que hace falta a veces es saber cómo se miran las cosas, para no enfocarlas solamente por el lado negro. Hay otros colores divinos.

Detesto las moscas. Siempre queda una más. Las considera una plaga bíblico-municipal. Pero en cuanto encuentro el matamoscas (la raqueta más eficaz para este tenis doméstico-cinegético), desaparecen. Ya no les hablo, ¿para qué? Aquello de darles una oportunidad pasó a la historia. Todavía me avergüenzo al recordar mi fallida «experiencia psíquica» con las hormigas.

Todo fue culpa de Indra Devi, creo. Fue cuando empecé con las lecturas orientales. Indra fue el primer escalón, como si dijéramos. Después me remonté muchísimo, como Jacob por su escala de ángeles. Alcancé a Krishnamurti, a Radnakrishnan, leí todo lo que era posible encontrar sobre yoga (aunque a veces tropezaba con la pega de que si pedía libros de yoga en las librerías, me los traían de judo), sobre zen y demás... Llené un estante de la biblioteca con una pandilla impresionante, oriental y occidental: Paramhansa Yogananda, Mircea Eliade, Bhagwan Shree Patanjali, Sir Paul Duke, Sadhu, Suzuki, Fromm, el Yogi Ramacharaka, el otro Yogi Krarsishnanda, Muzumdar... (Por fin, Raimundo Panikkar, con «El Silencio del Dios», me dejó definitivamente callada).

Pero aquello de respetar toda manifestación de vida me llegó muy al alma. Tanto, que cuando empecé a ver la hilerilla de hormigas que subía desde el jardín

hasta la ventana de mi cocina, resistí heroicamente la tentación de rociarlas con DDT, como toda ama de casa actual y corriente. Yo me sublimicé: les hablé, cuando todavía no eran sino hilerilla en formación. Les dije: «Esta es mi cocina, y esta cocina forma parte de una casa occidental, y las occidentales creemos que los insectos no deben estar en una cocina que se precie de limpia. Así que les ruego que se vayan o se queden a vivir abajo, entre los parterres, o por donde les parezca mejor».

Pero al día siguiente, la hilerilla seguía más gorda que el anterior. Volví a hablarles persuasivamente, siguiendo con toda fidelidad las instrucciones de procedencia oriental que me habían quedado en mi poso intelectual. Y, por si acaso, les repetí el ruego y la advertencia en inglés, un inglés algo chapurreado, pero que me pareció suficientemente claro para unas hormigas.

Al tercer día... a las siete de la mañana (si llega a ocurrir a las cinco de la tarde, me acuerdo de García Lorca para toda mi vida), al llegar a la cocina tan cargada de sueño, como siempre, que mis movimientos mecánicos sólo sabían encaminarme a preparar la cafetera bien cargada y ponerla al fuego, casi me quedo helada: ¡¡¡No había una sola hormiga!!!

Me desplomé sobre la silla —de formica, por cierto— y quedé completamente despabilada. Y flotando en una maravillosa nube psíquica... Feliz, feliz, feliz... Remontada —peligrosamente— a alturas zen o a no sé qué plano astral de mucha categoría... Elevada, ésa es la palabra. Como una especie de lama tibetano con su experiencia de siglos, de cometas, de posición del loto...

Jamás podré recordar lo que hice durante aquellas primeras horas de feliz culminación de tan psíquica y desacostumbrada experiencia. Pero supongo que no hice

ni dije nada raro, que sonara a oráculo, a «iluminación» o algo así, porque nadie de la familia presentó la menor reclamación, ni nadie mostró extrañeza. Pero cuando concluyó la «Sección Desayunos» (que siempre va seguida de una deliciosa sensación de libertad, una vez escuchado el último portazo del último que sale por la mañana), volví a dejarme caer en la silla de formica, que volvió a crujir, doblemente aquejada por mi peso y el de la experiencia inefable que me embargaba. Qué momento, qué momento...

Entonces recordé que tenía que ir a la compra. De haber tenido vestiduras orientales, velos flotantes o algo así, me los hubiera puesto, para vestir adecuadamente, acorde con mis sensaciones internas, sublimes. Bajé la escalera como en un sueño, esos sueños que todos hemos tenido en alguna época de la vida, en que «flotamos escaleras» en lugar de subirlas o bajarlas.

En la ventana de su salón, limpiando cristales y cantando «Honey», como siempre, estaba mi vecina, la que ahora espera gemelos. La saludé con una sonrisa que imaginé celestial, retransmitiendo en diferido una bendición divina, universal, cósmica, cargada de la ancestral espiritualidad del lejano Oriente y todo eso, cuando, sin darse cuenta de nada ni aparentar que me encontraba nada raro, fue y me dijo:

—¿Te has fijado qué estupendo es el «Baygon» para las hormigas? No queda ni una...

O my!

«Comment devenir bouddhiste.»

EL SUSPIRO

Esto del suspiro, aunque parezca cursi y pasado de moda, es cosa seria y digna de mayor estudio. ¿Qué es lo que nos hace suspirar?

La escueta y poco científica definición becqueriana se concreta a decir que «los suspiros son aire y van al aire». Sus razones tendría, ya que don Gustavo Adolfo, a pesar de su perilla y sus aires trasnochados, no escribía tonterías. Pero, ¿por qué suspiramos por unas cosas y por otras no, aunque éstas hagan suspirar a otras personas? ¿Por qué, incluso, suspiramos un día por determinadas cosas y, otro día, las mismas cosas nos dejan sin ese especial resuello cardiaco-sentimental llamado suspiro?

Dejando aparte «el último suspiro», que ése no tiene vuelta de hoja, los primeros suspiros de nuestra vida procedían de la confitería, al menos por estas latitudes. ¿Se acuerdan ustedes de aquellas minúsculas golosinas, creo que hechas con clara de huevo y azúcar, que tanto contribuyeron a endulzar nuestros primeros años y a cariar nuestras primeras muelas?

Por Sudamérica, tierra de música suspirante si las hay, los suspiros se han metido también en el reino vegetal, y llaman así a ciertas enredaderas, lo que resulta, además, simbólico. ¿No se enredan los suspiros tráquea arriba, hasta desembocar en el mar de la boca abierta?

El diccionario, siempre seco y eficiente, describe al suspiro —al etéreo, indescriptible suspiro —como «aspiración fuerte y prolongada seguida de una espiración, que expresa comúnmente pena, ansia o deseo». O sea, que nos dice lo que sabemos, pero no el por qué. No sé si a ustedes les dejará satisfechos esa explicación, pero a mí, la verdad, sólo me ha producido un suspiro: de pena, porque no encuentro las causas.

Y debido a la impotencia explicativa, este articulito me está produciendo cada suspiro, hermano, que podría mover un molino de viento. Y es que se puede suspirar por todas las causas habidas y por haber: por la existencia de Pepe en nuestra vida; por la no-existencia de Pepe en nuestra vida; por cierto modelito en un escaparate; por la factura de un colegio; por un programa de televisión; por la caída de una hoja; por la llegada del cartero; por la marcha del cartero... y hasta por nada. La de veces que vamos por la calle, tan tranquilos, y de repente escuchamos con sorpresa nuestro propio suspiro... ¿por qué?

No sé si Freud, que tuvo que ver con todo o casi todo, escribiría algo sobre el suspiro, y le buscaría tres pies al gato de la libido, que es cosa de la que estaba muy bien informado. Pero, de todas formas, yo sigo intrigadísima. Aaaaaaay...

**¿Y si yo fuera solamente un ser de
cocina-ficción? O un gran bluff...**

¡Ay, qué día!

Evoluciones, evoluciones, evoluciones...

Una, a veces, es como una pura espiral, en el más absurdo y vulgar —y menos estilizado— de todos los ballets: el doméstico.

Pensando en que todo evoluciona, pero ¿evolucionando al mismo tiempo? ¿En el mismo «tempo»? ¿Permaneciendo fijas, inamovibles, ancladas ya en un ser que ni es ser ni es no-ser?

Viviendo vidas paralelas, entrecruzadas a su vez por otras paralelas, entrecruzadas a su vez por...

* * *

—Déjate de disparates, hija, que se hace tarde.

* * *

Y evoluciones sobre el suelo con los pies de carne y hueso. Evoluciones para sacarlo todo de la mañana —porque la realidad llega a las cinco— yendo de un lado a otro, de un enchufe a un teléfono, de una taza de café a un periódico; para ir de un lado a otro, coger esto, soltar lo otro, mirar por aquí, silbar por allá...

* * *

—Y con tanta evolución, claro, se te engancha la ropa en cualquier saliente y ya tienes un roto. Con lo que detestas coser, con la irritación que te produce un botón que se cae como si estuviera en el otoño del árbol de la costura, Jacobs de la ropa...

EL ZURCIDO

Parodiando a Oscar Wilde, yo diría: «El zurcido es completamente inútil». Un calcetín, una sábana con un zurcido, no es lo mismo que era: es peor, ya que no sólo sigue roto, sino que se le nota más; es como un poste indicativo y llamativo que atrae en seguida la mirada que a lo mejor no había reparado antes en el roto. Esa parrilla de hilos entrecruzados con la que antiguamente se creía disimular un roto, pensando quizás en crear un Escorial de la labor, me sugiere la lastimosa idea de una irreparable pérdida: la del tiempo.

Pero reconozco que en su momento tuvo gran valor, y no sólo artesano. El valor social del empleo del ocio y el bostezo femeninos. Por tanto, el zurcir sirvió para algo: para matar el tiempo y para que el Omnipotente Hombre exclamara con excesiva frecuencia, que le producía una enorme confianza en su superioridad: «Las mujeres, a zurcir calcetines».

Cuando alguien —Dios lo bendiga— ideó la fibra textil artificial, casi irrompible, el antiguo *Homo Omnipotens* se quedó como ligeramente cojo: le faltaba la muletilla, el tópicos en el que apoyarse constantemente. Y entonces las mujeres se apresuraron a mandar al cuerno la cestita adornada cromáticamente con todos los hilos de zurcir que cupieran en la escala desde el blanco al negro, con sus agujas correspondientes, y se dedicaron a muchas y muy diversas actividades.

Siempre suele simbolizarse la esclavitud por una cadena. Pero, ¿qué me dicen de aquel otro símbolo casero, la cesta de la ropa, que nunca acababa de vaciarse, esperando la herrericiana paciencia de la mujer (metidita en casa, con su patita quebrada y todo) que resolviera hora tras hora el crucigrama del roto con su aguja y su algodón de color apropiado?

Y, consecuentemente, desaparecido el zurcido, se acabó el tópico. Ya no hay padre que se atreva a mandar a su hija «a zurcir calcetines» cuando ésta le dice, por ejemplo, que quiere estudiar para azafata o secretaria o ingeniero, porque haría el ridículo, parecería que está hablando en chino. Ya los calcetines no se zurcen: se tiran. Las sábanas son ahora de tergal, y aunque con cierta lastimosa frecuencia las lavanderías hacen un agónico intento de volver a la antigüedad, devolviéndonos una sábana nueva con un «siete» prehistórico, esto se soluciona de otra manera: se cose, se disimula con un rehilado amañadito, y ya está. O se deja así, ya que vienen tan almidonaditas que casi no se nota...

A veces, una inesperada llamada telefónica, una carta, una idea nueva, un proyecto, ALGO, le deja a una como un transistor con pilas nuevas, ¿verdad?

LA EVOLUCION DEL PANTALON

Al principio, cuando «la gente no era más que dos» —como escribió Mingote— no hacía falta nada, lo que se dice nada. Daba igual, de todas formas, porque no había amistades a las que «epatar». Pero el primer paso hacia el pantalón —que fue, en realidad, una auténtica minifalda— fue muy costoso. No de confección, sino de consecución: el usuario tenía que arreglárselas por sí mismo para todo. Había que matar el bicho, escapar de sus garras a toda prisa, porque no había rifles telescópicos para poner por medio una saludable distancia, desollar a la víctima capturada y, por último, apañárselas también a ver cómo diablos se envolvía uno en aquello. Pero fue un éxito, qué duda cabe, ya que la vanidad humana todo lo puede y consigue. (Fue uno de los primeros slogans: *Vanitas omnia vincit.*)

La mujer, como de costumbre, se apropió en seguida la idea, aunque introduciéndole las variaciones propias de su sexo y fantasía: con el rabo del animal, una hizo un lacito en la cadera; otra lo dejó colgando a un lado, lo que proporcionaba cierto *sexy* al contorno; una tercera lo cortó y se lo enrolló al cuello... En fin, ya saben. El hombre, a su vez, no quiso quedarse atrás y de repente, un buen día, a un joven inconformista (aunque entonces no se había inventado la palabreja), se le ocurrió hacer dos boquetes a la piel

y meter las piernas por ellos. También consiguió un rotundo éxito de público y crítica, que se supone sería crítica «de izquierdas», ya que por entonces el *Homo* no sabía donde le quedaba la mano derecha.

A todas estas, no era más que la Edad de Piedra o algo así. Luego, las cosas empezaron a acelerarse bastante, al menos respecto a modas, y no han parado hasta la fecha. Pero con la única diferencia de que si bien hoy en día la moda cambia con cada estación del año, antes cambiaba solamente según las circunstancias geológicas, y los modistos prehistóricos no tenían que armar ese tremendo tinglado financiero-modisteril sino por milenios, más o menos. Y así, según la Humanidad vestida iba llamándose Egipto, Asiria, Babilonia, Grecia, etc., iban introduciéndose modalidades en el vestuario, aunque el hombre seguía siempre llevando minifalda y la mujer, según, pero conservando una característica curiosa: tomar como modelo al admirado y superior hombre. Con la única dificultad —completamente transitoria, por otra parte— de aquella vez que apareció en el mundo el Centauro, que a ése sí que no había forma de copiarle el atuendo.

Cuando se acentuaron marcadamente las diferencias sociales, la moda también reflejó tamaña injusticia: así, en Roma, el patricio —que era como el ejecutivo de hoy— llevaba una cantidad fabulosa de metros de trapo, mientras que el plebeyo tenía que llevar minifalda, y el esclavo, lo imprescindible: el *bikini* de una sola pieza, o sea, el «monokini».

Casi con el *bikini* llegó la primera corriente turística del Norte (aunque la agencia encargada de todo tampoco estaba inventada) y con ellos, los primeros pantalones, tal como hoy los concebimos, más o menos. Quién iría a decirnos que los antepasados de los suecos, tan aficionados hoy en día a no llevar en-

cima sino lo imprescindible, iban a ser los inventores del pantalón... Y de los cuernos, modalidad de sombrero que intentaron introducir por donde iban arrasando, pero para lo que el pueblo arrasado demostró escaso entusiasmo en imitar, a pesar de esa natural tendencia que tiene la Humanidad a copiar todo lo que viene de fuera a arrasar.

Entonces, ya en la Edad Media, el hombre inventó los leotardos para acompañar a su minifalda, aunque esta invención fue muy tardíamente asimilada por la *fémina*, que prácticamente lleva apenas unos años utilizándolos debidamente.

Luego, el pantalón pasó por una época de inflación, llamándose bombachos, pero las mujeres no imitaron esta moda porque hacía gordísima. Y de repente, cuando parecía que ya no podía haber más novedades, va el hombre y descubre el pantalón por debajo de la rodilla, consiguiendo casi todos parecerse a los Luises, que fueron los precursores de muchas locuras posteriores; aunque nunca se enteraron, gracias a Dios, unos porque murieron a tiempo y otros porque pasaron por la guillotina y sin cabeza no puede uno fijarse en nada. (En esta misma época fue cuando no quedó más remedio que inventar también la mercería, para poder dar abasto a la gran demanda de cintas que requería el atuendo masculino.)

Y ya entrados en el siglo XVIII, siguió el pantalón tipo pirata mostrando las piernas masculinas en todo su esplendor, pero con el añadido de la casaca, prenda utilísima si las hay y que tanto ha contribuido al mejor lucimiento de los actuales conjuntos musicales, con la pequeña diferencia de que los usuarios de antes llevaban la melena obligatoriamente postiza y los de hoy en día, según. Depende de lo que ganen con la guitarra enchufada.

El siglo XIX, que tantas novedades introdujo en la historia de la Humanidad (el dedo meñique envarado, entre otras cosas), no podía dejar de introducir también alguna novedad en la moda del pantalón, y así, el hombre decimonónico introdujo sus piernas en tubos de chimenea boca abajo, o sea, el pantalón actual. A esto siguió una época de relativa tranquilidad masculina en el vestir, si exceptuamos la posterior introducción de la raya bien planchada, el «chanchullo» de los años veinte —que en los sesenta volvió a renacer bajo el discreto nombre de «pata-elefante»— o el pantalón del «pollo swing», prenda que tanta dificultad encerraba, no sólo para metérselo o sacárselo, sino para subir escaleras o, simplemente, la acera.

Pero, exceptuando a George Sand, que se divirtió muchísimo vistiéndose de caballero (o, mucho más tarde, Marlene Dietrich, que cayó en la increíble paradoja de querer ocultar las piernas más bonitas del mundo), la mujer entonces no llevaba los pantalones sino en sentido figurado, algunas de ellas. Pero con el nacimiento del nuevo ciclo de emancipaciones, la cosa ha cambiado. Y con la adopción universal y unisexual del así llamado «pantalón vaquero», termino mi historia de la evolución de una prenda de vestir, que comenzó con dos simples boquetes en una piel y hay que ver a lo que ha llegado. Prenda, qué duda cabe, de gran utilidad en todos sus aspectos, sobre todo para las varices, que ya ni se notan gracias a ellos.

«INSTRUYASE MIENTRAS LAVA»

Con bio o sin bio, siempre hay que echar mano a una caja de detergente para lavar la ropa. Unas marcas ofrecen regalos frivolos, para las señoras con ensueños cinematográficos; otras, más prácticas, se inclinan hacia los electrodomésticos; y alguna otra, por último, ofrece el oro y el mahometano dentro de cada paquete.

Suelo ser escéptica respecto a este tipo de ofertas, lo reconozco, y jamás se me ocurre conservar los «puntos» que traen dentro o fuera de la caja porque me parece una pérdida de tiempo. Pero ahora tengo que reconocer que, al menos una marca, ofrece además cierto tipo de cultura: la biografía de famosos personajes españoles. Así, mientras la señora frota sus trapitos entonando alegres canciones y con un oído en el serial de la radio, los ojos repasan, quizás distraídamente, la vida de un señor antiguo de mucho mérito, y por lo menos, se aprende algo.

Así que de ahora en adelante sólo compraré «la marca que ofrece cultura» (qué buen *slogan* me ha salido, caramba), con intención de irme «bio-cultivando» mientras realizo esas inevitables «faenas» domésticas que, dicho sea de paso, siguen sin gustarme «ni bio».

EL DIA MENOS PENSADO...

¡Qué gran recurso el de la rabieta, del berrinche, de la furia llevados a extremos melodramáticos! ¿Qué no hacemos, qué no haríamos «el día menos pensado»? Luego, cuando tras la tempestad del sentimiento ofuscado llega la calma del razonamiento reconocido, «el día menos pensado» se convierte en un día vulgar y corriente, y ya no vale. Pero, mientras concentramos toda nuestra tensa capacidad de ira en ese día sin fecha en ningún otro calendario sino en el nuestro particular, ¡qué bien lo pasamos! ¿eh?

No pertenece a ninguna «semana que entra», a ningún «mes que viene»: «el día menos pensado» es hoy, ahora mismo, si pudiéramos hacerlo real, es este preciso instante decidido por nuestro furor para hacer blanco en esa diana del enfado imponente. En ese «día menos pensado» que pronunciamos amenazadoramente respecto a cualquier «hueso» que no pueda tragar nuestro propósito o nuestro afán o nuestro deseo, nos sentimos dispuestos a todo. Es el más indicado para centrar en él todas las posibilidades del desahogo, todo el pus del reventón anímico, toda la amenaza de la impotencia contenida. Es el día ideal para el disparate gordo (pensado, nunca efectivo), para la venganza fulminante, para la revolucioncita personal, para cambiar, en un sonado estallido, la faz de este momento, de este hecho, el que sea, que nos ha vuelto volcánica-

mente predispuestos a la acción violenta en teoría, nadando en el esporádico mar de lava de la rabieta, pero sin un «tierra a la vista», excepto los cegadores samborondones de nuestra propia rabia, que necesita esa válvula de escape para no estallar por exceso de presión, como una vulgar olla doméstica.

Pero, mirándolo con unas gafas más sensatas, la verdad es que «el día menos pensado» no llega nunca, afortunadamente; es prácticamente utópico. Porque si llegara un día en que hiciéramos algo definitivamente sonado, no se nos ocurriría que es que ha llegado aquel «menos pensado», sino que lo miraríamos como día con número, nombre, mes y año determinados, y entonces es un día más o menos como todos.

¡E incluso podría ocurrir —porque hay que ver lo paradójica que es esta vida— que si se convirtiera en realidad ese día tan pensado y requetepensado, aunque sea el menos-pensado, en nuestros más furibundos deseos, aunque siguiéramos llamándolo al revés, lo estropeemos todo dándonos cuenta de que, pese a su capacidad de maravilloso, ese día precisamente ya no tenemos ganas de hacer algo gordo ni sonado, porque lo estamos pasando estupendamente con otras ideas, otros sueños u otros proyectos más asequibles, menos violentos y mucho más gratos. Como, por ejemplo, decorar el cuarto de estar, o preparar con alguna agencia el soñado viaje familiar, tan difícil de realizar, y que si siguen así de caras todas las cosas, no realizaremos ni siquiera «el día menos pensado».

«Cuando envejeció Isaac, se debilitaron sus ojos y no veía. Llamó, pues, a Esaú, su hijo mayor, y le dijo: "Mira, yo ya soy viejo y no sé cuál será el día de mi muerte. Toma, pues, tus armas, la aljaba, el arco, y sal al campo a cazar algo, y me haces un guiso como sabes que a mí me gusta, y me lo traes para que lo coma y después te bendiga antes de morir." Rebeca estuvo oyendo todo lo que Isaac decía a Esaú, su hijo. Esaú salió al campo a cazar algo para traerlo, y Rebeca dijo a Jacob, su hijo: "Mira, he oído a tu padre hablar a Esaú, tu hermano, y decirle: Tráeme caza y prepáramela para que la coma y te bendiga delante de Yahvé antes de mi muerte. Ahora, pues, hijo mío, obedéceme y haz lo que yo te mando. Anda, vete al rebaño y tráeme dos cabritos gordos, para que yo haga con ellos a tu padre un guiso como a él le gusta, y se lo lledes a tu padre, y lo coma y te bendiga antes de su muerte." Contestó Jacob a Rebeca, su madre: "Mira que Esaú, mi hermano, es hombre velludo, y yo lampiño, y, si me toca mi padre, apareceré ante él como un mentiroso, y traeré sobre mí una maldición en vez de una bendición." Dijole su madre: "Sobre mí tu maldición, hijo mío; pero tú obedéceme. Anda y tráemelos."»

(Gén. 27, 1-13.)

«Todavía le preguntó Isaac: "¿De verdad eres tú mi hijo Esaú?", y él le contestó: "Yo soy." Díjole, pues: "Acércame la caza para que yo coma de ella, hijo mío, y te bendiga." Acercósele Jacob y comió y bebió. Díjole después Isaac: "Acércate y bésame, hijo mío." Acercóse él y le besó; y en cuanto olió la fragancia de sus vestidos, le bendijo diciendo: "¡Oh, es el olor de mi hijo como el olor de un campo al que ha bendecido Yahvé!"»

(Gén. 27, 24-27.)

Me encanta la gente. (A Jacob nunca lo he considerado «gente», sino ente bíblico.) Me encanta que vengan. Me encanta comprar cosas, abrir latas, servirles whisky, destapar botellines que hacen un ruidito grato, fresco, espumeante, como aspirantes a champán. Inofensivos, a pesar de su posible contenido de ciclamato.

Pero no sé preparar un solo canapé de esos tan artísticos que preparan otras personas. Mi fantasía canapé-decorativa es nula, aparte de que me parece una lastimosa pérdida de tiempo. Considero que el «artístico y exquisito canapé» debe reservarse en exclusiva para los cócteles de los consulados, que tanto abundan. Como aquí no hay embajadas, los consulados cumplen la misma función de hacer viajar a diario al ciudadano de un país a otro, dentro de la misma ciudad. Nos vemos en Japón el martes, en Argentina el viernes, en Inglaterra el lunes... Los mismos canapés, servidos por la misma firma comercial, son el denominador común, la rúbrica de todos estos festejos sociales. Sólo cambian los trajes de las señoras y sus pelucas, y tal vez las corbatas de los señores. (Esto de las pelucas, dado mi habitual despiste, empieza a preocuparme. El martes te saluda en el Japón una rubia y el jueves vuelve a saludarte una morena con la misma cara, pero de momento no sabes quién es. La diplo-

macia social se complica con esta innovación capilar. Cada vez hay que tener más cuidado para no cometer «gaffes». Porque las señoras de sociedad pueden perdonártelo todo, menos que las confundas con otra autoridad más vieja o más cursi. O menos autoridad. Es cosa de practicar a fondo la salida por la tangente. Nunca se sabe...

LA TANGENTE

La tangente, si no me fallan demasiado mis recuerdos del Bachillerato, era una rayita que tocaba ligeramente una circunferencia. Con qué fines hacía esto, o qué pretendía demostrarse con ello, es cosa que no sólo no supe entonces, que al fin y al cabo podía servirme para algo (al menos, para aprobar), sino que tampoco lo sé ahora, ni me interesa ya aprenderlo, porque es bien sabido que «canaria vieja no aprende geometría» o como se llame aquello que se pretendía que aprendiéramos.

La tangente a que me refiero ahora es invisible y no se estudia: se aprende a la fuerza («La tangente con 'planchas' entra», dice el refrán). Es la tangente evasiva por la que nos salimos con gran frecuencia, ya que parece ser que la invocación de «trágame, tierra» no funciona ni da resultados, al menos cuando se necesita urgentemente. Contra el patinazo, la tangente. Este oral subterfugio es el teatral escotillón de las modernas conversaciones, esas curiosísimas charlas abstractas que tenemos algunas veces y en fugaces momentos, en sitios donde se reúne «todo el mundo» en determinada ocasión, cuando todas las caras se confunden y todos los nombres se trastuecan. A esta evasión tangencial nos asimos desesperadamente las personas poco fisonomistas, las despistadas, las indiscretas sin mala intención o las discretas por obligación. No

pretendemos fastidiar a nadie con esta salida de emergencia, sino salvarnos nosotros mismos de posteriores complicaciones o desagradables malentendidos.

Siempre hemos conocido en sociedad muy famosos evadidos tangenciales, verdaderos acróbatas de estas salidas para las que hay que gozar de bastante agilidad mental —aunque los años o el reuma le tengan a uno baldado— puesto que salir por la puerta concreta que conduce a la calle no arreglaría la violencia de la situación y sólo nos dejaría en un callejón sin salida. Es un virtuosismo innato que no requiere más horas de práctica que las mismas que se gastan en la charla banal o en el trato social frecuente. La teoría se improvisa sobre el terreno. Creo que también en la alta política es muy de apreciar esta cualidad, pero desconozco esa rama de la evasión y prefiero no tratarla, no sea que requiera luego una urgente salida mía por la tangente policial.

En cierto modo, se puede equiparar a los términos «echar un capote», «agarrarse a un clavo ardiendo», «salvarse en una tabla», «asirse a una única rama», etcétera. Pero donde esté una buena tangente, sobran los patines de ruedas.

¿Y si hiciera un ballet moderno, o un breve «happening» con Jacob? Me parece que Strawinsky sería el más indicado para poner música a mis «Improperios» anti-Jacob. (Ah, pero si ya murió el pobre Strawinsky...) Bueno, de todas formas, parecía muy dado a todo eso de la liturgia «adodecafonada». Pero ni sus «Trenos» ni sus «Salmos» me gustan nada. Yo di el salto más lejos todavía...

Con Jacob en la mente —espero que esto no pueda considerarse como un tardío adulterio bíblico— sostengo charlas mentales con las cosas más próximas. A veces veo enanitos azules que pasan por el pasillo. Supongo que son «efectos especiales» provocados por mis gafas, pero me divierte muchísimo. No me preocupa en absoluto. Lo que no acabo de explicarme es por qué los enanitos que veo son siempre azules y, en cambio, los estilizados gatos que veo otras veces, son transparentes. Si fuera cosa de las gafas, ¿no tendría que verlo todo del mismo color del cristal con que se mira?

En mis charlas mentales me replican, a veces muy agudamente, los objetos de la cocina, los ingredientes y hasta los papeles. (Es que la pared de la cocina tiene un tablero de corcho, mi «tablero intelectual», donde en vez de clavar mariposas —ya tengo bastantes flotando por dentro— pincho recortes de periódicos, al-

gún poema.) Pero es raro que nunca hable con la ne-
vera. Las réplicas más originales, más efectistas en es-
tas charlas proceden de eso que las cocineras de antes
llamaban «prevenciones». Pero, bueno, si soy yo la
que imagino sus respuestas, ¿por qué me resultan ori-
ginales, de estreno?

Quizás todo esto sea culpa de Juan Hidalgo, que fue
el primero que me habló de «happenings». Juan Hi-
dalgo también conoce la música en movimiento, así
que respecto a Evoluciones me imagino que estará al
cabo de la calle, como yo al cabo de la cocina. Juan
hace muchas cosas de vanguardia en España y fuera
de España. También creo que fue budista y alcanzó
hasta el zen, pero con más intensas y elevadas impli-
caciones que las mías, por supuesto. Su grupo ZAJ
sabe mucho de todo, y publican libros «distintos». Yo
recibo siempre todo programa, toda realización que
lleven a cabo sus componentes. Juan Hidalgo fue siem-
pre amigo mío. Y me habló de «happenings». Y des-
de entonces, yo veo muchos happenings —de vía es-
trecha, claro está— en muchas cosas de la vida co-
rriente. En las mismas recetas, en sus ingredientes,
que me hablan y viven un ratito por su cuenta, hasta
que viene alguien del colegio y dice: «Tengo que al-
morzar a las dos y cuarto». Entonces, tengo que trans-
formar cruelmente un «happening» en una bandeja
vulgar que pasa al comedor. Que no es lo mismo.

Tienen que salirme por lo menos veinticinco cro-
quetas.

La burguesa bechamel, como una francesa gorda del
siglo XVIII, sensual, erótica, blaucuzca, fofa... Con
su pseudo-refinada capa de filosofía enciclopedista (el
huevo batido), con mezcla de jamón o de pollo. Y su
prosaica envoltura de pan rallado, como corresponde a
su fondo generalmente de baja extracción.

Yo, a las croquetas, según van saliendo, les daría nombres con peluca: Pompadour, Récamier, Ninón... Se deshacen en la boca como se deshacían en las de verdad los reyes, los duques, las fortunas, las miserias del pueblo... Juraría que durante la Revolución no se tomaron croquetas. Volverían a ellas cuando empezó a degenerar, a enfriarse el revolucionario entusiasmo popular. O a aburrirse, como siempre pasa con todo.

Ah, qué bien... «La Croqueta soy yo». «La Croquette, c'est moi». Y «après moi, le déluge». O.K.

* * *

Horreur! Con la lista de sábanas y toallas, el hombre de la lavandería se ha llevado quizás el embrión de algún capítulo de mi improbable novela de Jacob. Tendré que volver a recordar lo que anoté apresuradamente —en medio de una evolución cualquiera— en el dorso de la lista. Con lo que me molesta recordar... repasar otra vez con la mente unas cosas que ya no me interesan... el pasado no me interesa nada, ni siquiera el pasado de hace diez minutos o media hora: quizás por eso nunca recuerdo si puse sal o no. Y también tendré que recordarme no hacer anotaciones literarias en listas de lavandería.

Pero, bueno, a pesar de ese simbólico —aunque poco nutritivo— contenido histórico-filosófico-social de la croqueta, no los voy a dejar sólo con esa afrancesada ligereza. Tengo que preparar un primer plato más sólido. Algo que se relacionara de algún modo... O que no se relacione, me da igual.

¿Dónde tengo los paquetes de spaghetti?

Se necesita una gran olla con agua bendita. Salada, con la sal de siglos de manos mojando sus dedos en ella. Hirviente, hirviente, hirviente... (¿ferviente querrá decir lo mismo?).

Leonardo, pensativo, dibuja su idea de una olla a presión.

Pero —como su helicóptero— no será utilizada sino ahora.

Ahora, en Italia, es siempre. Todo dura allí horros. El Ahora es de mármol.

El Renacimiento empleaba técnicas más sutiles, más cantarinas; técnicas que, sin embargo, a veces cabían en la sortija con truco —como las de los hippies de ahora— de los Borgia. ¿Precursores?

Creo que el Vesubio aprendió a cantar ópera en aquel tiempo —cuando incluso la ópera no existía tan espectacularmente— inspirado en el bullir del agua donde cuecen las pastas italianas todas.

EL AGUA. —Spaghetti! Presto!

Y los delgados, delgaditos estudiantes morenitos empiezan a caer en la olla, inocentemente, algunos partidos en dos, como estaba previsto para este pseudo-happening de *Biennale* internacional. Algunos gritan a última hora (siempre la última hora llega tarde):

—¿Sabéis quién era Garibaldi?

Los que van a caer en la olla, sujetos todavía por La Mano, preguntan sorprendidos:

—¿Sabéis vosotros quién era Garibaldi? ¿Os suena eso de Garib...?

Creer que caen en su propia olla, lo que no dejaría de ser un consuelo, eso de caer en una olla familiar, pero todo ello ya estaba pre-pre-pre-preparado.

(El «tempo» en Italia es siempre como un «Torna a Sorrento» que se oye como música de fondo de toda su actualidad. A pesar de las audacias arquitectónicas de Milán, y de las audacias particulares de Roma, via Veneto. Fondo por el que sobresale, a veces, tenuemente, algún «O sole mio» tan ridículamente delicioso y a des-tempo que se piensa, tiernamente, en un sol

viejecito que sale a calentar a los viejecitos, con rayos apagados. Carotenuto.)

Leonardo, pensativo, observa.

«L'Osservatore Romano» observa también.

«Il Corriere della Sera» duerme de día.

El AGUA, incorregible:

—Gina-ajo; Sofía-pimienta; Claudia-ternera molida...

¿Una brizna de hierbabuena? Todo irá mejor con su propio jugo, dijo Rossellini.

(¿Dónde está Giulietta? ¿Con Romeo Fellini, a las ocho y media?)

Leonardo, pensativo, pone cara de Gioconda, como siempre, que es la única que ha tenido.

El AGUA.—Las elecciones están servidas: en doce minutos, estará listo el plato internacional italiano. Como siempre: Presto!

(De las siete colinas, una suspira, preocupada, dudosa. Se siente vieja, con goteras, con gota, con socavones.)

Giocondo da Vinci, calzado con alta bota de montar da una patada a Monna, que sube a Parma en busca de queso.

El AGUA.—Pero en Parma no hay queso: hay huelga.

Los ESTUDIANTES-SPAGHETTI piden entre burbujas:

—¡Necesitamos queso! Que venga queso, de todas formas: de Gruyère, de Holanda, de Hungría...

• • •

Hay muchas formas de despertar.

«Diario hablado de Radio Nacional de España. Al oír la última señal, serán exactamente...»

Hora de almorzar.

EL CARTERO

El cartero, puede ser portador de valores postales, pero al mismo tiempo, afortunadamente, es también portador de entrañables valores humanos.

No creo que haya otra visita, nunca especialmente invitada pero tampoco nunca mejor recibida, que el cartero. Los niños corren a su encuentro como si esperaran fabulosas cartas, quizás contestación de los Reyes a alguna suya. Los mayores no corremos tanto, pero seguramente es debido, entre otros males, a ese prurito tonto de la formalidad.

El cartero, suavizador de ausencias, abreviador de esperas desesperadas, portador de toda clase de noticias, es como la Agencia de la Humanidad: pasan por su mano informaciones nacionales, locales, mundiales, amorosas, literarias, diplomáticas, subversivas... ¿Existe otro servicio «puerta a puerta» más completo y más a nuestro alcance?

El cartero, sin saberlo, participa de nuestras cosas familiares. Enlaza familias separadas geográficamente y nos trae las respuestas, los interrogantes, los desencantos o la confirmación de ilusiones y problemas que también quizás llegaron a otras manos a través de él. Porque el cartero cuenta con corresponsales en cada punto del globo.

El cartero enhebra con su ir y venir todos los hogares, conoce todas las escaleras, todos los nombres

de la ciudad. Es como una especie de «Quién es quién» sin editar todavía. Es la auténtica democracia de la visita: igual va a casas de lujo que a las ultra-baratas, igual transporta caligrafías elegantes y cultivadas que toscos renglones de difícil lectura: pero él las traduce todas.

También el cartero tiene algo de adivino: aunque lleguen cartas sin dirección o con señas incompletas, él sabe cómo hallarlas para que a nadie le falte la misiva. Porque es mucha verdad eso de que «las cartas que se pierden son las que no se han escrito todavía».

En su gran cartera palpita la humanidad, es la gran estadística de los sentimientos humanos. Su Libreta de Certificados es el mejor álbum de autógrafos de personas desconocidas y conocidas. Y lo mismo nos trae la constancia impresa y oficial de las faltas de asistencia al Instituto que las tentadoras invitaciones de alguna «Estheticienne Diplômée» que está de paso por la ciudad y ofrece sus embellecedores servicios sólo por pocos días. ¿Puede pedirle más a una sola persona?

El cartero se alegra con nuestra alegría al verle y, si pudiera, estoy segura de que enviaría por paloma mensajera, que hace tan bonito, las cartas a las señoritas románticas que esperan todavía en la ventana. También se haría corazón para entregar las cartas de amor, que aunque no lleven indicación especial ni sello diferenciativo, se nota en seguida que lo son: ellos las sienten latir entre sus dedos.

Además, en Navidad nos traen su felicitación en verso, y esto hace que nos resulte más florido el aguinaldo.

Ahora, a los carteros les han comprado motos, no sé si para que lleguen antes —la prisa ha aumentado en todo el mundo —o para que cumplan más rápidamente.

te su trabajo —también la gente ha aumentado en todo el mundo—. La pena es que, con esa innovación práctica de los buzones en el portal, acabaremos por no conocer personalmente al portador de nuestras noticias, que llegará así a convertirse en una deshumanizada incógnita postal... Otro de los grandes inconvenientes del crecimiento de todo... Pero, qué se le va a hacer.

«Concibió Esaú contra su hermano Jacob un odio profundo por lo de la bendición que le había dado su padre, y se dijo en su corazón: "Cerca están los días del duelo por mi padre; después mataré a Jacob, mi hermano." Supo Rebeca lo que había dicho Esaú, su hijo mayor, y mandó a llamar a Jacob, su hijo menor, y le dijo: "He aquí que tu hermano Esaú quiere matarte. Anda pues, obedéceme, hijo mio, y huye a Jarrán, a Labán, mi hermano y estáte algún tiempo con él, hasta que la cólera de tu hermano se aparte de ti, se aplaque su ira y se haya olvidado de lo que le has hecho: yo mandaré allí a buscarte. ¿Habrá de verme privada de vosotros dos en un solo día?"»

(Gén. 27. 41-46.)

**«Mas mi amado se había ido, había
ya pasado:
Y tras su hablar salió mi alma:
Busquélo y no lo hallé;
Llamélo y no me respondió.»**

(Cnt. 5, 6)

CONGRESO DE ENAMORADOS

Continuamente leo en la prensa que en todas partes se celebran congresos con objetivos diversos. Se suceden sin cesar a lo largo del año, asisten congresistas de una infinidad de países, presentan sus ponencias, discuten sus puntos de vista y, por último, tras la consabida cena de fin de congreso, comunican al mundo sus conclusiones y sus estadísticas correspondientes, y se van. Si estas conclusiones tienen después alguna utilidad, si se llevan a la práctica o si sirven para algo, por poco que sea, es lo que suele ignorarse completamente, al menos por los lectores de la prensa diaria, que no suelen asistir a dichos congresos. Pero puesto que siguen celebrándose año tras año (e incluso Barcelona ya se llama «Ciudad de Ferias y Congresos»), es de suponer que sí, que algo práctico se saca de ello. Al menos, digo yo, conocerse unos a otros y enseñarse mutuamente las fotos de sus hijos.

Nos hemos enterado de que ha habido congresos científicos, comerciales, económicos, sindicales, textiles, florales ... Y ahora me pregunto: ¿cómo es que no se ha celebrado nunca un Congreso de Enamorados?

Cosa sumamente importante ésta del Amor y de los que lo ejercen, o sea, los enamorados en activo o en pasivo. Tema amplio, universal y sugestivo si los hay. Tan antiguo como el mundo y, sin embargo, siempre nuevo, evolucionando con los tiempos, sin cesar, y

cada vez con más diversas ramificaciones y consecuencias. Tema digno de profundos estudios, dada su compleja composición y su nunca completa definición; tema propicio a la controversia, al contraste de pareceres y al universal intercambio de sentimientos y experiencias. Tema «in» y «out», vulgar y metafísico, personal e intransferible, pero al alcance de todos. ¿Por qué, sin embargo, no ha merecido todavía los honores de ser tratado en un congreso universal?

Asistirían enamorados locales, nacionales y extranjeros, que en todas partes florece tal explosión. Poetas, cantantes y cualquier persona interesada en el mismo, con o sin título universitario por Berkeley, California. Presentarían sus ponencias sobre nuevos métodos y experiencias y sobre posible revisión de lo que se vaya quedando anticuado; se intercambiarían puntos de vista, planes de desarrollo y difusión, se discutirían nuevas técnicas y su posibilidad de aplicación inmediata; tácticas tradicionales y su repercusión en la humanidad; sistemas de video-correspondencia para enamorados separados geográficamente; teléfono-visión para los que se encuentran en momentánea situación de distancias relativas; se firmarían tratados de enamoramiento mutuo; se filosofaría sobre el flechazo y su posterior efervescencia; actitudes ante la sociedad de consumo y la otra; el amor y la tecnocracia; posibilidades de intercambio de enamorados entre las naciones; fórmulas para una posible unión mundial de enamorados; modos de llevar a cabo una total unificación de pareceres en cuanto a definición, encasillamiento y enunciado mundial de este indescriptible estado de ánimo, etc., etc.

Incluso podría llegarse a algún acuerdo sobre derechos de enamorado y de traducción de frases amorosas a idiomas foráneos; seguros de amor (y contra); se-

guros contra todo riesgo y de daño a tercero; créditos tipo Mercado Común para lunas de miel y creación de lugares universales de enamoramientos, o, en su caso, de parques nacionales con el mismo fin; y en resumen, todas las innovaciones sobre teoría y práctica del amor.

En fin, yo creo que sería un congreso interesante, original y, por lo menos, con buenas intenciones, al que se asistiría con alegría, sin temores ni suspicacias de ningún tipo, ni más estallidos que los normales muá-muá-requetemuá de los saludos. Eso sí, cada congresista debiera llevar en la mano una margarita, por lo que pudiera suceder. Y, también por lo mismo, sus papeles bajo el brazo, que nunca se sabe...

«Marcial Morón Romero, de 32 años, de Méjico, ha pedido a la policía que detenga a su esposa porque le suele propinar tremendas palizas periódicamente. La señora Morón respondió que sólo golpea a su marido «de vez en cuando».

Alguien que necesita urgentemente una bola de cristal. La cuestión está, para este marido, en adivinar «cuándo»...

«TYPICAL SPANISH»

«El vecino de Ollería, Valencia, S. D., ha dado muerte a su mujer y a un vecino, a puñaladas, al encontrarlos juntos cuando regresó a su casa. Más tarde falleció a consecuencia de un ataque cardíaco, producido, al parecer, por la impresión recibida.»

Se portó como quien era: como un celtibero legítimo. Una vez más, se resuelve a puñaladas una de las más tristes situaciones en las que puede verse uno en esta complicada vida.

La gente de todo el mundo critica acerbamente la facilidad que tiene cualquier norteamericano para comprar armas de fuego y, sin embargo, nunca se nos ha ocurrido criticar la facilidad que tiene cualquier español para comprar una navaja de Albacete —más fácil aún viviendo en Valencia, que está cerca— sin la correspondiente licencia de armas.

Para remate, este desgraciado S. D., sin proponérselo quizás, acabó de solucionar las indudables complicaciones judiciales inherentes a su propio «triángulo amoroso», muriéndose de un ataque cardíaco. Por una vez, falló aquello de «El que a hierro mata».

A mitad de la escalera.

A veces viene alguien con cierto aire misterioso y furtivo y la habitual «cara de circunstancias», a traerme un pliego de firmas para que yo firme también. Objeto: preparar un homenaje, pedir algo, incordiar... «A incordiar, que pa' eso estamos», ¿no? Incordiarse mutuamente, claro. Un verbo en la actualidad permanente y perpetuamente conjugado en todos sus tiempos, números y personas. En voz activa y en voz pasiva. Pero, ¿resultados...? No creo que se saque nada con tanta firma, al menos que en alguno de los lados en juego alguien sea aficionado a la grafología, cosa que no creo probable.

A mí me gustaría también reunir firmas que apoyaran una vieja teoría que tengo en la cabeza, aparte de la de Jacob, claro está. Tendrían que ser por lo menos firmas de académicos o historiadores para esta otra idea. (Por cierto, tengo entendido que eso de tener alguna idea en la cabeza procede —o es consecuencia— de tener también células grises, ¿verdad? Considerando esto, llego a la conclusión de que yo no debo tener sino dos puras y simples células grises: una concentrada en Jacob y otra en Colón.)

T E S I S

El conferenciante subió al estrado y, en lugar de beber agua del vaso preparado sobre la mesa, sacó un frasquito aplastado del bolsillo posterior de su pantalón, apuró un buen trago, lanzó el vaho sobrante con un sonido gutural característico: «aaaaaaaagggggg» y comenzó su disertación.

«Señoras y señores: Yo soy de Santander. Juan de la Cosa era también de Santander. Que no quede ninguna duda a este respecto, ¿entendido? Y ahora, pasemos al tema de mi anunciada conferencia.

El estudio de Colón y el descubrimiento de América ha sido el móvil de mi existencia. He llegado a olvidar hasta los años que tengo, pero en cambio, lo que yo no sepa sobre Colón y sus hechos, creo que no vale la pena de saberse. Sin embargo, me siento en el deber ineludible de comunicar a la Humanidad un hecho gravísimo, trascendental, respecto al genial navegante, para deshacer un tremendo error y que se haga la luz sobre algo hasta ahora oculto: su sexo. Por qué me destinó el Señor para tan alta empresa, no lo sé. Pero voy a descargar en ustedes mi conciencia cuanto antes.

Trasladémonos a la época del descubrimiento. ¿Qué papel ocupaba la mujer entonces? Exceptuando a la Reina Isabel —y si acaso a doña Beatriz Galindo—, todas tenían «la pata quebrada y en casa». La renqueante grey femenina apenas recibía ilustración. Cómo

se salvó «La Latina» de quebrarse la pata, no lo sé ni me interesa. Pero a cualquier otra congénere que hubiera dado señales de querer aprender, no ya latín, sino simplemente a leer, se la hubiera enviado inmediatamente a un convento de clausura, bien bañada en las lágrimas de una madre que lloraba inconsolable su deshonra. (Es bien sabido que los baños de otra clase no existían entonces. Eran aberraciones paganas que sólo practicaban los moros en la Alhambra, a lo largo de aquellos ocho siglos de dominación de nuestro suelo, en que se pegaron una vidorra de campeonato.)

Pero, volvamos a lo que íbamos: la situación de la mujer en aquella época de oro masculino. Supongamos que nace una fémina de privilegiada inteligencia, que se da cuenta de la posición de cerrada inferioridad femenina respecto a la sabiduría masculinamente acaparada. ¿Qué hacer? Disimular y apañárselas de alguna forma para alimentar su hambre de conocimientos.

En la privilegiada mente de esta extraordinaria mujer empezó a madurar una idea. Asimilaba febrilmente, por las noches, en los libros de su padre (señor muy letrado, pero intransigente y severísimo respecto al menor alivio en la quebradura de patas femeninas), todas las ramas del saber que por entonces florecían. La Geografía, misteriosa y atrayente entonces, pronto constituyó su pasión. Las Cartas de marear la hacían perder el tino. Siguió madurando su idea, una idea tan inmensa, genial y atrevida, que bien pudiera llamarse diabólica o, simplemente, femenina. De la idea pasó al plan. (Al mismo tiempo, dicho sea de paso, compartía las duras vigiliass entre el estudio de este plan y otro menos difícil, un chico de Génova, por más señas, sumamente ágil en trepar por escalas y balcones). Del plan, ya casi maduro, pasó a la gestación del proyecto

más genial de todos los siglos, y de una criatura que nació doblemente prematura: antes de que el plan culminase y antes de que el otro plan volviera de Italia, con los papeles para la boda.

El resultado de esta anticipación, señoras y señores míos, pudo ser catastrófico. La Humanidad estuvo en un tris de que América no hubiera sido descubierta. ¿Qué sería de nosotros sin el Nuevo Mundo, sin tabaco, sin azúcar, patatas ni goma de mascar? Me estremezco sólo de pensarlo. Menos mal que no ocurrió, así que vamos a dejarlo.

La reacción del intransigente aunque letrado padre no se hizo esperar: alzó el brazo, alargando el índice en dirección a la puerta. Significado: madre y siete-mesino, a la *rue*. (Y lo que son las leyes de la herencia: ese mismo gesto de padre ofendido lo repite Colón en la estatua que le levantaron en Barcelona. Curioso, ¿verdad?)

Poco después, empieza a rumorearse que un navegante visionario quiere emprender viaje al Mare Tenebrosum y busca alguien que le financie el disparate. Es una figurilla pobremente vestida, que lleva de la mano una criaturita esmirriada. A fuerza de forzar la voz, para que parezca masculina, de lobo de mar (como no había descubierto América no podía enronquecerse fumando), la gente cae en decir que es genovés, o gallego, en fin, que no habla claro. No se sabe cómo logró tener acceso a la corte, pero hasta allí llegó, qué duda cabe, a pesar de aquella pinta. Y no sé dónde dejaría luego la niña.

Ahora, examinemos la situación de la pareja real. El Rey Don Fernando, celtíbero cien por cien, flirteaba excesivamente, para el austero criterio de su castellana esposa. Esta trataba de diversas maneras de poner fin a tales devaneos, desde el cambio diario de ca-

misa hasta el cierre, con mano firme, del acceso al presupuesto doméstico. Pero, todo inútil: el Rey, dale que dale.

En los momentos de llegar a la Corte el así llamado Navegante Genovés, andaba el Rey lo que se dice coladito por una Doña Beatriz que era una monada. La Reina estaba tramando casarla con un tal Don Hernán y regalarles el viaje de novios a una isla de Canarias llamada Gomera, cuando he aquí que estuvo en un tris de írsele al real cuerno su tan bien elaborado proyecto. ¿Por qué? Porque Don Hernán se enamora fulminantemente del navegante misterioso. No, por favor, nada de risitas ni comentarios: don Hernán era varón íntegro, sin dejar lugar a dudas, aunque no fuera de Santander, pero tuvo ocasión de ver al Navegante cierta noche, cambiando sus ropas de marear por las de dormir, y prendóse perdidamente de «él», del misterio y del plan correspondiente.

Total, que la Reina, viendo que el Rey —aragonés al fin— no se bajaba del burro, recurrió al supremo: al supremo recurso de vender sus joyas —que ya para nada le servían, puesto que Don Fernando ya ni le decía negritos tienes los ojos— y financiar la expedición, matando así dos pájaros de un tiro. Se quita a Colón de en medio, mandándolo al Otro Mundo; don Hernán, sin su plan, accede a la boda con doña Beatriz, que tampoco estaba nada mal, emprendiendo viaje a la Gomera como hoy lo emprenderían a Mallorca, y Don Fernando, por pillín, se queda con tres palmos de narices, cosa que puede apreciarse perfectamente en cualquier billete de mil pesetas que consigamos mirar despacio.

Razones en que baso mi teoría:

Colón, en sus primeras apariciones públicas, iba siempre con una criatura de la mano. De haber sido hom-

bre, la hubiera dejado en casa, con la mujer de la pata quebrada.

¿Por qué se vistió de hombre? De haber intentado, con sus ropas femeninas, poner en marcha su fabulosa idea, imagínense el escándalo, la mofa, la befa y el pedazo de convento que la hubieran esperado. Ya dije antes que esta mujer era sumamente inteligente y desde luego, de llegar a la Corte en traje de dama, ni hablar. ¿Buena estaba la Reina para meter en casa a otra chatilla!

Colón, como último recuerdo a su romántica aventura con don Hernán, pasa por Gomera en su viaje a América. No tenía que repostar viento, ya que en el *Mare Tenebrosum* soplaban de lo lindo. Tierno detalle femenino, simplemente.

El Diario de Colón, censurado ferozmente por Bartolomé de Las Casas. ¿Qué otro motivo podía tener Las Casas para tal hecho, si no fue por el susto que se llevó al leer ciertas páginas escritas por Colón en sus largas noches de navegación, sin pensar que su Diario iba a caer en otras manos, vertiendo en él intimidades personales que, aunque hoy en día se leen hasta en cualquier novela rosa, en aquel tiempo eran asunto más bien para caer en la jurisdicción de la Inquisición? Téngase en cuenta que Freud, entonces, tampoco había sido descubierto...

¿Que cómo llegué a tan peregrina conclusión? Verán ustedes: dicen las crónicas que cuando las carabelas tocaban tierra, los hombres saltaban como leones, en busca de alguna morenilla simpática con quien cambiar impresiones, y provistos, naturalmente, de la correspondiente «licencia para poblar». Sólo quedaban a bordo Colón y Juan de la Cosa. Juan de la Cosa es de Santander y, por tanto, libre de toda sospecha. ¿Qué alternativa queda? Colón era una mujer. He dicho.»

Un joven muy joven que conozco mucho, llegó a su casa a la hora de almorzar y al sentarse a la mesa, con cierto maduro aire pensativo, dijo:

-- He encontrado a Dios.

¿No sería éste un buen principio, de efectos con «garra» para empezar una novela sobre Jacob? Sí, pero después, a ver cómo siga. Porque lo que siguió a la declaración tan seria de este joven tan joven, no tiene nada que ver con Jacob ni sus jacobadas...

(Empezando porque entonces el seminario empezó a estar también muy desorientado, como si fuera joven, y Jacob nunca tuvo ni siquiera la juvenil preocupación de sentirse desorientado nunca: le bastaba con dejarse llevar y proteger por la fémica eterna. Tuvo que ser muy mono, muy «guapito», muy Sacha Distel o Alain Delon este Jacob, ¿verdad?)

La novela, antes, dicen que tenía que reflejar la realidad para que resultara auténtica. En otro momento, no sé si anterior a posterior, la novela tenía que reflejar el ensueño para lo mismo. Ahora, dice ese librito que la novela ha de ser producto de la fantasía para que sea real y onírica, ya que si vamos a ver, la fantasía de cada cual es lo más real, lo más íntimamente real. Para cada uno, al menos. Y la que se apartara de todo ello, ¿ciencia-ficción? Una novela mía, ¿no caería fatalmente en «cocina-ficción»?

Entonces, ¿qué hago con Jacob?

¿Culpable? ¿Inocente?

Culpable, culpable, culpable. Condenado desde más de dos mil años de culpabilidad. Juzgado por mí, a través de veinticinco años o más, por alevosía freudiano-inconsciente, premeditación bíblica, y muchos otros cargos cuya definición tendré que buscar en un buen tratado condenatorio. ¿Quizá en Calvino?

Yo no veo en Jacob ninguna señal que me lo presente como portador especial de valores divinos, ni de origen especialmente divino contra toda ley humana. Toda su vida estuvo condicionada por un marcado favoritismo. Fue el precursor de todo tipo de nepotismo, su usufructuario exclusivo, además. Le veo como un ser humano de carne y hueso, y no precisamente de la mejor calidad carnal. Así que de ponerlo como protagonista (o artista invitado) de esa presunta novela que me gustaría escribir, o poder escribir, ¿tendría que ajustarme a la realidad bíblica, o a mi fantasía real? ¿O hacer una traducción acertada de biblia-ficción?

Como en una familia... La familia de los Isaacs, ¿por qué no?

«Hace muchísimos años, uno de los Isaacs, el menor, salió al campo, se echó bajo un árbol que le pareció aceptable y se puso a pensar en sus cosas. Cuando se cansó de tener los brazos cruzados bajo la nuca, y de mirar al cielo, cuyo resplandor le hería mucho más adentro de lo que él mismo imaginaba, tomó una gran piedra, la envolvió con su chaqueta (cuidado de no emplear el moderno término «rebeca», como su madre) y volvió a recostarse, porque indudablemente estaba disfrutando con sus pensamientos, sean cuales fueren. Pensamientos que volvieron a él, como a lo largo de una escala musical. Sus pensamientos, pues, fueron de dos tiempos: los que vinieron a él antes de

tomar una piedra como almohada y los que siguieron después. Luego, se quedó dormido.

»Así, precisamente, fue también su vida. Una larga ensoñación voluntaria-involuntaria dividida en dos partes, una justa, otra injusta. O ambas... Y un largo sueño para terminar.

»Vivió en unos tiempos —o empezó viviendo en esos tiempos— en que las mujeres acostumbraban a guardar largos silencios ante los maridos, ante los hombres todos. Los ojos bajos, también para ocultar mejor lo que pensaban, que a lo mejor no solía ir de acuerdo con su obediencia al esposo. O al hombre.

»Este Jacob antiguo se nutrió, de niño, de los grandes silencios de su madre, pegado a sus faldas. Su hermano gemelo, sin embargo, aprendió pronto el estilo paterno y fue el favorito del padre, tanto, que llegó un día en que su madre también se mantuvo silenciosa junto a él.

»Únicamente a solas con el pequeño —que no era el más pequeño, en realidad, sino el gemelo que nació después, cogido a los talones del otro, pensando ya en fastidiarle y estropearle su paso firme en la vida— daba forma hablada a sus pensamientos, a sus recuerdos, a vagas cosas rencorosas que pudieran llamarse opiniones propias. Jacob niño aprendió más que nada su silencio. Fue ella hilando en él, al compás de sus tejidos, su espíritu femenino.

»Su madre solía hablarle de la ciudad, donde ella estuvo hasta que su padre fue a buscarla para el matrimonio. En la ciudad habitaba muchísima gente, más gente de la que él —en el campo solitario, con los grupos trabajadores viviendo también en silencio, esparcidos como sus pensamientos —pudiera imaginarse. Aunque una mano inmensa encerrara en su puño todos los campos y sus gentes, todos los rebaños y las cose-

chas, no tendría una idea de cuantas personas podían habitar en la ciudad. Más, muchas más... Y unas junto a otras, las casas unidas, hileras de casas. Y calles, así hasta casi no tener fin...

»Pero para el Jacob pequeño, el pensativo, el silencioso, la ciudad no levantaba en su mente imagen alguna, como una palabra vacía, como un despertar sin recuerdo del sueño. Como una mancha blanca, sin relieve. Solamente cierta noche, pensándola, le pareció que de su cerebro brotaba una bola roja como el sol. Y decidió ir entonces, algún día. Sintió que un día tendría que ir a la ciudad inevitablemente. En el futuro. Y se dio cuenta de que no había pensado jamás en esa palabra —futuro— porque hasta entonces no se le había ocurrido que él tenía uno. Pero no dijo nada de esto a nadie, ni siquiera a las mujeres de su casa. Siempre anteponiendo el silencio a la acción.»

»Y oyó Jacob que había Sichem mancillado a Dina, su hija; y estando sus hijos con su ganado en el campo, calló Jacob hasta que ellos viniesen...»

(Gén. 34,5.)

Por si las moscas, ¿no?

(PARA UN POSIBLE CAPÍTULO DE JACOB EN LA CIUDAD.
DIÁLOGO CON SU TÍO.)

—Aquí tenemos un Rey que manda sobre todos nosotros, dijo el tío.

—¿Podré verle algún día, en sus paseos, o en el balcón de su palacio?

—No es posible. El Rey no sale jamás. Su extrema vanidad —dicen algunos —le impide mostrarse en público, porque su vejez ya no le permite arrogancias. Otros creen que es porque desea suscitar el misterio para que la gente piense que su larga permanencia en la vida es algo que entra ya en lo divino. A veces nos muestra a su hijo. Pero el rostro de este hijo no es grato a todos y a veces produce malestar su pompa, de la que no deja de rodearse jamás. Ahora, el parlamento estudia otra forma de hacerlo más soportable al pueblo, pensando en la descendencia.

—¿Y no podría sustituirse por algún otro?

—¡Schist!—el tío bajó la voz. En la ciudad todavía no pueden pronunciarse esas palabras. Las paredes oyen. No olvides nunca esto: en la ciudad todo es como un gran oído.

Jacob empezó a sentirse incómodo, turbado. Ya la ciudad no parecía femenina... Tampoco hallaba una imagen nueva para sí mismo, pensando en la posibili-

dad de tomar partido por el Rey viejo o el nuevo o por algún otro. Ya no le agradaba la idea de verse simplemente como Jacob-en-la-ciudad. O como Jacob-en-brazos-de-la-ciudad. (En realidad, la última realidad: también como Jacob-protegido-por-la-ciudad). Esto le hizo sentirse invadido de una gran angustia y desesperanza. Se sintió desamparado. Deseó el campo, masculino tan femenino...

—El viejo Rey —prosiguió el tío— sí es amado todavía por casi todos, incluso por los que sólo guardan de él un vago recuerdo. Por ejemplo, en la infancia, una gran parada militar, con el Rey mostrándose en todo su esplendor, es algo inolvidable por lo que uno, más tarde, se sentiría dispuesto a morir. En su defensa...

—¿Y una Reina?—sugirió Jacob, esperanzado.

—Imposible. Las tradicionales y milenarias leyes de la ciudad no permitirían jamás el acceso de una mujer al poder. Iria contra toda cordura. Precisamente el padre de este viejo Rey abdicó pronto en éste, para amar mejor a su Reina. De todos modos, se decía que era demasiado artista para ser un buen soberano.

Jacob abandonó las palabras del tío en ese momento, porque pasaba una de las mozas del servicio, mirándole. Parecía acariciarle ya con los ojos, llamarle hacia sí, lamerle la belleza de la cara con un arrobamiento que produjo en Jacob una sensación esponjosa, gratamente familiar (como el remoto recuerdo sensorial de sus baños de bebé en agua tibia), a la que estaba muy acostumbrado.

También el tío de la Ciudad había parecido complacido de su belleza lampiña, sin discutirla. Como si la aceptara como cosa natural.

Pues mucho me temo que, como siga con este anacrónico estilo de novela, no voy a alcanzar la menor evolución estilística. A pesar de mi afición a las evoluciones, de mis pantalones y mis collares pop.

Jacob parecía positivamente «de derechas», ¿verdad? aunque no tomara más partido que el de las mujeres. Ofrece características muy definidas a este respecto. Pero yo no quiero hacer novela de derechas ni de izquierdas, ni siquiera de biblia-ficción. Tampoco quiero acercarme —aunque supiera— a esa nueva directriz que parece estar siguiendo la narrativa última, eso que sus acogidos quieren que se llame «generación subnormal». Y no porque me sintiera disminuida con el calificativo, sino precisamente por todo lo contrario: no lo merezco. (Ellos tampoco, esos nuevos novelistas.)

Los nuevos aspirantes a «subnormales» de la novelística no tienen tanta categoría humana. Mientras no se encuentre otra palabra para designar en la sociedad a los verdaderos subnormales mentales —que es como se les llama de momento—, una denominación más exacta y justa, aquellos otros no pueden llamarse así porque les falta algo importantísimo, primordial, inexcusable para merecer ese título: les falta inocencia.

El subnormal mental, pese a las —para mí— execrables aunque inteligentes páginas 49 a 52 del «Manifiesto Subnormal» de M. Vázquez Montalbán, es ino-

cencia auténtica. Intuición. Alegría sencilla y pura. (Incluso los que babea, lo hacen limpiamente, ingenuamente. Sin ofender.)

«Si los malos van al infierno, la cloaca de la Historia, los subnormales, que, sorprendentemente, escapan al derecho y deber de la sación moral, van al Limbo» (op. cit. pág. 50). Los jóvenes intelectualoides que centran sus más altas aspiraciones en llegar a ser designados «subnormales» literarios, ni siquiera están en el Limbo. Su juventud y mi natural optimismo me hacen esperar su recuperación por el trabajo. O por una limpieza a fondo de los cristales de sus ventanas de mira o de sus gafas.

¿Quién podría señalarme un pseudo-subnormal intelectual de este «ahora novelístico» que tenga una sola de aquellas cualidades? Ya el simple hecho —miserable, pobre snobismo— de querer que se les denomine así, presupone la absoluta falta de inocencia, por lo menos.

Tengo otros libros de M.V.M. Me ocurre con él como a aquella madre que explicaba por qué quería más a cada uno de sus hijos. «A éste le quiero más porque es el más inteligente». «A éste le quiero más porque es el más cariñoso». Llegó hasta el último: «A éste le quiero más porque es al que quiero menos». M.V.M. es este hijo mío.

Bueno, creo que debo seguir con el estilo normal y corriente de novela. No puedo ponerme en vanguardias de ningún tipo porque resultaría quizás chocante. Debo tener en cuenta que cualquier día de éstos pudiera ser abuela. A pesar de mis pantalones y mis collares pop...

LA EVOLUCION DE LA ABUELA

¿Se acuerdan ustedes de aquella abuelita de antes, de moño blanco, cara surcada de arrugas, con una suave voz cascada y, a veces, hasta con su bastoncito y sus zapatos bajos?

Era la abuela prototipo, como la de la Caperucita Roja, y constituía la imagen tradicional del abuelismo femenino de nuestra infancia. Era una abuela que, generalmente, vivía en casa de sus nietos y poblaba sus primeros años de cuentos de hadas y brujas y de otros «cuentos» sobre su juventud, su belleza y sus fantasías, reales o no. Todo lo que nos contaba la abuela nos lo «tragábamos» con la misma avidez. No sé si es que entonces teníamos menos juguetes (sin pilas, de todas formas), más vacaciones o más horas libres. Pero lo cierto es que no había día sin relato abuelístico.

¿Qué edad tendríamos entonces los nietos de aquellas abuelas típicas? Supongamos entre cuatro y diez años, más o menos. Cualquiera que fuera su edad, cada nieto fue debidamente mimado y echado a perder por su abuela correspondiente, que siempre le defendía —injustamente en la mayoría de los casos— contra cualquier merecido castigo. Quizás la misma abuela, mientras fue sólo madre, educó a sus hijos con un criterio recto e inflexible, sin mimos ni debilidades arbitrarias; pero en cuanto ascendió a abuela, ¿cómo cam-

bió su concepto de la educación infantil! Afortunadamente para los nietos, claro.

Echemos un vistazo ahora a los actuales niños en edad de abuela, o sea, entre cuatro y diez años también. Estos niños nos resultan bastante similares a los de entonces, con la única diferencia, si acaso, de que emplean al hablar unos términos entonces desconocidos, como «velocidades supersónicas», «transistor», «la tele», «cápsula espacial», «diez duros a la semana»... Aparte de estas cosas, producto de la época, veo los mismos dedos hurgando narices chatas, las mismas rodillas perpetuamente tiznadas (a pesar de la discutible protección del pantalón vaquero) y la misma resistencia a irse a la cama cuando se les manda. Y el mismo interés profundo, vivo, pestañeante, por escuchar historias. Por eso, los niños de ahora, que no suelen tener abuela en casa porque los pisos son muy chicos —o por muchas y muy variadas razones más— han sustituido la abuela por la televisión. La tele es la abuela de los niños de este tiempo.

Pero, ¿cómo es la abuela de ahora, dejando aparte la tele? ¿Qué ha sido de aquella dulce cabeza cana, de aquella carita arrugada, de aquella voz cascadita y tierna? ¡Cielos, qué evolución! La abuela de los actuales niños entre cuatro y diez años, es una chica rubia, pelirroja o lo que se use en colorantes, con altos tacones cuadrados, ágil, sin arrugas, con un «apretado programa» de actividades de todo tipo y una gran afición a leer historias (de Frank Yerby o Corín Tellido, principalmente), pero no a contarlas; con un sincero cariño por sus nietos pero con cierta tendencia olvidadiza a considerarlos más bien sobrinos...

¿Hemos ganado o perdido con el cambio? Chi lo sa?

LA GERIATRIA ASCIENDE

«La señora María Mato, bisabuela de 84 años, ha escalado los 2.851 metros del Pico de Monviso, en Cuneo (Italia).»

¡Bien por la hazaña de esta bisabuela, que confirma mis teorías sobre los magníficos resultados del invento de la palabra Geriatria!

«Hazme saber, oh tú, a quién ama mi alma, dónde repastas, dónde haces tener majada al mediodía: Porque, ¿por qué había yo de estar como vaguando tras los rebaños de tus compañeros?»

(Cnt. 1, 7.)

«Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente.

Porque he aquí que ha pasado el invierno, hase mudado, la lluvia se fue; hanse mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción es venido.»

(Cnt. 2, 10-12.)

Parece como si yo viviera a destiempo, como Bécquer, o a contrapelo. Soy una pura subversión temporal. Me siento primaveral o navideña en épocas que no encajan debidamente con la fecha que señala el calendario. ¡Y la de veces que soy una pura otoñal en bañador o en abril...! Mondando patatas, en la realidad, pero llevando registros increíbles a través de esas pestañas vibrátiles que de pronto le salen a una por todas las partes del cuerpo...

¿Iré a convertirme en computadora, yo que apenas tengo cerebro y una angustiosa escasez de células grises?

¿Qué habría que hacer para ir acorde con cada estación meteorológica y vivirla adecuadamente? ¿Hablar con San Isidro?

Pero me gusta la primavera y el otoño. (Y lo peor del caso es que me gusta el invierno y el verano, exceptuando agosto, que éste sí que no: a agosto le profeso una antipatía feroz, casi lo considero un Jacob hecho mes, por razones personales que no tengo que decir.)

Si vamos a ver, todo esto viene ya en aquella cancioncilla, medio sentimental, medio anticuada, medio americanada: «I love Paris in September, I love Paris in July... I love Paris every time...» Exactamente. Sólo que yo sustituyo París por la Vida.

Ahora estamos, según el almanaque, en el equinoccio de primavera, pero yo registro impresiones de otra estación vivida intensamente hace tiempo, lo que no deja de tener características de estación espacial, nada menos. Pero la primavera que debiera estar ahora en el aire, oficialmente, no se está portando bien este año. Yo creo que lo que le pasa a la primavera es que está un poco engreída...

LA PRIMAVERA.—¿Engreída yo, a mis años?

—Sí, tú. Como te han hecho famosa, por ejemplo, Botticelli, a brochazo limpio; Rabindranath Tagore, floreciéndote de poemas lírico-hindúes; Strauss y Stravinsky, cada uno a su aire, el primero suspirándote a la vienesa y el segundo consagrándote como justificación de sus innovadores ruidos musicales (aparte de Vivaldi, que es el que te ha tratado con más respeto, dicho sea de paso); como te han hecho famosa, repito, como si fueras un futbolista de primera, te has vuelto imposible, impuntual e imprevisible. Y eso no vale. Una estación que se precie debe, por encima de todo, mantener la cortesía de los reyes. ¿Y te has olvidado que eres la reina de las estaciones, di?

LA PRIMAVERA.—Yo no soy reina, soy anarquista.

—Entonces, ¿qué hacemos contigo tus viejos y fieles admiradores? ¿Cómo castigarte o negarte, «si vienes preñada de esperanza»?

LA PRIMAVERA.—¿Preñada yo, a mis años?

—Mujer, es una licencia poética, nada más...

LA PRIMAVERA.—Pues, cuidado con lo que dices.

—Alborotadora primavera... derrochadora de ti misma... risa derramada... cometa... «Primavera, ¿no eres más que una imagen?»

LA PRIMAVERA.—Quizás

—Anda, hija, ámate y quédate con nosotros... Te tenemos preparado todo el «atrezzo» necesario: viento

racheado, nubes tormentosas, inesperados rayos de sol, que tanto te rejuvenecen, telas estampadas en los escaparates... Pero desde ahora te digo que como nos falles este año, no volveremos a dirigirte ni la palabra ni el soneto, cuanto menos la pincelada o el arpegio. Ya está bien que alteres la sangre, como está mandado, pero no la meteorología, caramba.

LA PRIMAVERA.—Hija, tampoco es para ponerse así...

—Es inevitable caer en el lirismo, aunque sea prestado, en cuanto se trata de ti. Escucha estas palabras que nacieron en la India: «Mi corazón, de improviso, se ha vestido de hojas verdes... Te espero entre los temblores del mayo no nacido».

LA PRIMAVERA.—El rubor me invade...

—De todas formas, no sé qué raro encanto tienes, qué viejo hechizo de mariposa nueva y sabia, de flor por abrir, de música por sonar, que aquí nos tienes otra vez este año, fieles a la cita, esperando que te instales definitivamente entre nosotros...

LA PRIMAVERA.—Pues, gracias, Lola. Veré si no tengo otro compromiso en otro lado.

**«Que no despertéis ni hagáis velar
al amor, hasta que quiera.»**

(Cnt. 2, 7.)

«21 DE MARZO: DIA NACIONAL DEL DESPISTE POETICO»

Cuando, algún día de 1924, el poeta Antonio Machado escribió sus versos «La primavera ha venido. Nadie sabe cómo ha sido», estoy segura de que no pudo sospechar que, además, estaba «promocionando» el *slogan* primaveral más repetido del mundo.

Porque cada año, con una puntualidad casi impropia de españoles —y a mucha honra: me fastidian las exactitudes foráneas— raro es el escritor, llámese periodista o literato, que puede resistir a la tentación de incluir entre sus frases más o menos originales, llámense articulito, comentario o crónica, el famoso dístico. Se ha hecho ya una cita tan endémica, que incluso muchos ignoran quién fue el autor. (Pasa como con la gripe, que aunque últimamente se le achaca a Mao —que puede ser culpable de muchos poemas pero no lo considero tan vanidoso como para dar vida y nombre a un virus propagandístico para el resto del mundo— la gente la considera como una cosa natural propia de cada año, y nadie se pregunta quién sería el autor de esa dolencia que nos produce, entre otras molestias, el placer innegable de faltar a la oficina durante unos días.)

Cada año, pues, precisamente el 21 de marzo, los españoles que escriben —que son casi todos— encuentran, sin saber cómo, en sus labios, en sus mentes y en sus bolígrafos, como si estuvieran estrenándolos,

estos dos versos: «La primavera ha venido. Nadie sabe cómo ha sido». Y los españoles que leen —que no son casi todos— vuelven a leerlos, una vez más, en diarios y revistas, y también les saben a estreno.

Por ello, ya que contamos de antemano con el *slogan* acertado y siguiendo la gran racha de Días Nacionales de que disfrutamos, yo creo que ya es hora de que demos un nombre propio al 21 de marzo, aparte del que le corresponda por derecho de semana. Propongo, si ustedes no disponen otra cosa, el de «Día Nacional del Despiste Poético», basándome en eso de que ninguno sabemos cómo ha sido, de que nos coge desprevenidos.

Pero es verdad que la primavera ha venido por fin, al menos por estas latitudes. Ahí mismo está, en el brote tierno y vivaracho de los árboles ferozmente podados hace poco; en la ligereza con que anda esta chica minifaldera que parece haber descubierto hoy la elasticidad que le negaba el invierno; en la risa hecha como de cosquillas de cualquier persona que ríe por la calle, inexplicablemente más alegre que de costumbre; en el retozo sin razón aparente del perrillo desconocido que trotaba antes más bien desconfiado... y, también, en esta nueva fuerza, liviana, penetrante —así debe correr la savia por los árboles— que nos produce unas increíbles ganas de empezar a hacer algo. Como si de verdad empezara hoy el año y no en ese día inocuo que ha fijado no sé quién en el calendario.

Y no digo nada de los enamorados porque, aparte de que ellos ya tienen su Día Nacional —el de San Valentín— los enamorados están siempre en primavera.

¿QUE HA SIDO DE AQUELLOS NOVIOS-BUFANDA?

La noticia tuvo bastante resonancia en la prensa nacional, y creo que hasta en televisión. El señor Alcalde de cierta villa extremeña publicó hace tiempo un bando que, de haber sido pieza literaria y no municipal como fue, hubiera podido titularse «El Arte de No-Amar en Público».

Transcribo fragmentos del bando en cuestión:

«Se prohíbe toda demostración pública de amor en calles, vías públicas y locales públicos que, además de no interesar a los vecinos en general, son un atentado al decoro público, mal ejemplo para menores y una tara moral para la propia persona que los ejecute.

»Se prohíbe a las parejitas pasear desde el anochecer en adelante por lugares solitarios, considerándose como tales todos los que se encuentren fuera del casco urbano.

»Dentro de las normas anteriores se consideran incluidas las caricias públicas de las parejitas de novios que produzcan cualquier acto o extralimitaciones, tales como los vulgarmente conocidos por "novios-bufanda", etc.

»Las infracciones a las anteriores normas, además de ser sancionadas con arreglo a lo preceptuado en... llevarán aparejadas la exposición pública, durante ocho días, de los nombres de los infractores en pizarras instaladas en los lugares de costumbre.»

Como se ve, en esa villa no tienen ya nada que hacer los novios que, inundados por la natural euforia

expresiva que produce Cupido en sus víctimas (al menos en sus primeros momentos), la manifiesten en público. Ha sido tal la difusión del ejemplo visual que van dando las parejas cinematográficas, las madrileñas y las de otras capitales —que tampoco son pocas— que las de los lugares menores, sin duda como plena y entusiasta adhesión a todos los planes (los de Desarrollo y los otros), habrán querido seguir la pauta capitalina. Pero, lo que es en esta villa extremeña, con el ayuntamiento hemos topado, amigo Sancho. El Pleno en pleno acordó poner tope al menos a este tipo de manifestaciones callejeras, y por ello publicaron su bando prohibiendo, en resumen, los así llamados «novios-bufanda». Espero que la prohibición no alcance a la inversión de términos, y dadas las bajas temperaturas invernales que reinan por aquellas latitudes, sigan permitiéndose las «bufandas para novios», que siempre fue un delicado detalle que han tejido las novias para Reyes.

Dice también el bando que los que persistieran en demostrar sus sentimientos tan a lo vivo (tan palpablemente, podríamos decir con más propiedad), verán sus nombres escritos durante ocho días, ocho, en una pizarra colocada en los sitios de costumbre. Y como dicha villa ostenta, con el natural orgullo, un coeficiente muy bajo de analfabetos, me imagino que no quedará vaca ni gallina que no se entere de la infracción; sin contar, además, ese fabuloso, insuperable medio de difusión llamado «comadre de pueblo».

Por el bando han pasado ya muchos meses, muchos. Y me pregunto: ¿cuántos nombres habrán sido inscritos en la pizarra amoroso-infractora? ¿Habrán hecho falta más pizarras?

La prensa, como de costumbre, no ha vuelto a decir nada más sobre tan interesante e hispánica noticia.

CARTAS DE AMOR

Desde que Venus-Afrodita puso en el mundo a su hijo Eros-Cupido, al que en un imperdonable descuido dejó jugar, peligrosamente, con un arco y sus flechas correspondientes, han ocurrido muchas cosas, entre ellas la invención del enamorado.

Los enamorados, en todo tiempo, han dado mucho que hacer a los escritores, historiadores y biógrafos y, últimamente, hasta a los bolígrafos. Incluso los que no sienten gran afición a la pluma, en cuanto se enamoran, sufren el irreprimible impulso de pasar al papel buena parte de sus sentimientos, emociones, reproches y todo lo que les pasa por la cabeza, con escala en el corazón. El doctor Barnard no ha sacado nada de trasplantarlos: los enamorados siguen situándolo en el mismo sitio.

La carta de amor siempre estuvo salpicada de exclamaciones y suspiros escritos. Pero ya no ha de incluir necesariamente frases amorosas, porque todo cambia. Sé de un enamorado que, en pleno delirio amoroso acrecentado por la distancia, escribió al objeto de su amor: «Estoy fumando mucho. Acabo de leer "Cien Años de Soledad", no te la pierdas. Hasta el jueves no me dan las notas...» ¿Hay nada más bello, en su simplicidad? Sobran las otras expresiones, las tradicionales. Se da por descontado que «ella» ocupa toda su mente, hasta el punto de que, en la distancia, resul-

ta más importante enterarla de lo que hace, aparte de pensar sólo en ella.

También muchas cartas de amor vienen en endecasílabos. Ventura Doreste, uno de nuestros mejores poetas, define así su sentimiento:

*«Amor, me has dado nuevo nacimiento
y un rumoroso mar para mis venas.
En cada uno de mis puntos sueñas,
dando a mi sangre musical concierto.»*

Escritores, guerreros, políticos, médicos... todos, alguna vez, invadidos por el reflujo de emociones que produce el inevitable flechazo, han recurrido a la carta para mejor verter sus expresiones. Entre las más bellas cartas de amor que, indiscretamente, han pasado a la posteridad, figuran las escritas por unos hombres a los que no suele uno imaginarse dedicados a tan sentimentales menesteres: Carlos Marx, Napoleón Bonaparte, el doctor Freud... Aparte de sus otras actividades, por las que han pasado a la historia del mundo, también pudieron dedicarse al amor y a escribir las cartas correspondientes. Este detalle parece igualarles a nosotros, los seres vulgares que no pasaremos a la historia, pero que también hemos escrito nuestras cartitas en determinados momentos.

Carlos Marx, quién iría a decirlo, fue un volcánico enamorado. Aquel que lanzó su famoso grito «Proletarios de todas las naciones, uníos», se unió, además, a una señorita de la más alta aristocracia, Jenny, hija del Barón von Westphalen. El amor llega a poner en su boca y en su pluma las expresiones menos apropiadas para un revolucionario que es de suponer no sería monárquico. Llama a Jenny «Reina del Baile», «Princesa de las Amazonas», «Infanta Elegida»... «¿Sabes

lo que es la felicidad, Jenny? «La lucha, mi amor, la lucha». (Así que presumo que Marx fue feliz toda su vida.) Se casaron por la Iglesia y cuando Jenny muere, Carlos Marx escribe su última frase de amor: «Yo también he muerto ese día». Le sobrevivió 16 meses.

Napoleón Bonaparte portaba en su corazón unos ardores amorosos realmente desproporcionados con su pequeña estatura. Cuando se enamoró fulminantemente de Josefina, para la que no fue sino un pequeño capricho, la cubrió primero de cartas y más tarde de improperios. Sus numerosísimas cartas son fabulosas. (De los improperios, no me atrevo a opinar.) Este ardiente meridional, nada más levantarse a las siete de la mañana, coge la pluma y escribe a Josefina: «Te veré dentro de tres horas. Mientras tanto, *mio dolce amor*, recibe un millón de besos. Pero no me los devuelvas porque me queman la sangre». Y siempre así... Desde Italia: «No pasó un día sin amarte». «Adiós, mujer, tormento, felicidad, esperanza y alma de mi vida, inspiradora de tiernos sentimientos e impetuosos movimientos tan volcánicos como el rayo». (De Geografía física no debió andar muy fuerte el también «volcánico como el rayo» milite). «Tú, sólo tú, tormento y placer de mi vida»... ¿No es fabuloso?

El doctor Segismundo Freud, padre del psicoanálisis, fue también el padre nada menos que de novecientas cartas de amor, dirigidas todas a la misma persona, lo que no deja de ser un mérito. Este Freud tan permanentemente enamorado, no dejaba, sin embargo, de ser original en sus expresiones. Nada de ensalzar a la amada como la más bella de todas, según uso y costumbre del enamorado habitual. Quizás fue tan innata en él la tendencia al psicoanálisis, que hasta sus cartas reflejan la lógica razón del pensador: «Sé muy bien que no eres bella... No olvido que la belleza es pasa-

jera». Dedicó a Marta Bernays muchas ternezas, pero al mismo tiempo, amargo y sarcástico, parece hacer todo lo posible para que no se haga ilusiones: «Llevo una horrible chaqueta gris, deformada, y pantalones claros, e iré a comprarme un sombrero como el de tu hermano, pero más barato. En cuanto a mi abrigo, tú misma lo has santificado ya al tocarlo...» (Vaya, menos mal.)

Resulta conmovedor imaginar al inquietante Freud convertido en este romántico enamorado anegado por una auténtica adoración hacia esa criatura silenciosa, borrosa, alma de su vida. El Gran Analista de las infidelidades, fue el más fiel de los enamorados. Cuando murió pudo repetir lo que había escrito cincuenta años antes: «Si el último día de mi vida me preguntaran si he sido feliz, podré decir que sí: nunca he dejado de esperar que algún día fueras mía, sólo mía, porque estoy seguro de tu amor». Y tenía razón: Marta, la tierna y silenciosa Marta que fue su esposa, murió a los noventa y un años. Cada día de su borrosa existencia leía una de las novecientas cartas de amor que él la había escrito.

El amor es una cosa estupenda («a many-splendoured thing»); pero el Cuerpo de Correos, que yo sepa, no ha dedicado ningún homenaje a Freud por su contumacia postal: novecientos sellos nada menos.

**«Have I told you lately that I love
you?»**

(Canción de Bob Dylan.)

¿TE ACUERDAS DEL «CORAZON» DE AMICIS?

Este «Corazón» no tiene nada que ver con el Doctor Barnard ni recoge en sus páginas ningún electrocardiograma. Fue un libro de lectura que se usaba en mis tiempos infantiles. Se utilizaba a conciencia para deshidratar las mentes de los «teenagers» de entonces y sembrar la debida dosis de sentimentalismo.

Yo lloraba como una loca leyéndolo y siempre volvía a leerlo, para desahogarme a mis anchas con tanta tierna desventura y tanto ejemplo cívico-patriótico-escolar. Qué niños más espantosamente ejemplares desfilan por sus páginas... Qué padres más increíblemente conscientes de sus deberes doméstico-pedagógicos... Qué viudas más viudas y qué huérfanos más huérfanos...

Ahora ha vuelto a caer en mis manos, en edición moderna y extractada —el niño actual no resistiría, ni creería, tanta ejemplaridad— y he vuelto a caer en la tentación de ver si me producía los mismos efectos acuosos. Casi, casi lo consigo, pero reconozco que ya no sirve de nada a esta infancia que comienza en los años sesenta. Supongo que esto es el efecto negativo de la literatura llorona, que ya no hay quien la resista. En cuanto nos ponemos a recordar viejas novelas, folletos gordos y por entregas —porque de una vez no podía comprarse entera— nos damos cuenta de cómo exageraron la nota hidratante, caramba.

Qué cantidad de viudas había antes... Apenas se cogía una buena novela de entonces, nos tropezábamos con ellas a cada paso: viudas marquesas, viudas menestrales, viudas viudas, porque sí. Ahora tengo la impresión de que hubo jovencitas que, nacidas en ambientes económicos poco propicios al boato y la prosapia, decidían estudiar para viudas de novela por entregas, y con ello (tras inúmeros sufrimientos, claro está), lograron hacerse un porvenir honesto y decoroso. Para esta carrera no se necesitaba Preu ni Selectivo, bastaba con ser huérfana, a ser posible de nacimiento. La hermosa joven que lograra reunir en sí estos ingredientes, y sabiendo, además, cómo desvanecerse a cada paso (bien entre los brazos del distinguido Lord o bien entre los del honrado menestral de origen misterioso, pero con ciertos detalles que hacían presuponer la nobleza de su cuna), tenía el futuro asegurado. Sólo faltaba tener el sistema cardiovascular en buen funcionamiento, para resistir las duras pruebas a que la sometía el autor del engendro.

Pero siento mucha pena al pensar que mis hijos no saben disfrutar de aquellas deliciosas llantinas leídas, ni encuentran nada de particular —excepto cursilería— en aquellas hermosas frases que se encuentran a cada paso en el «Corazón» de Amicis, tales como: «Descúbrete, mal nacido, cuando pasa un herido del trabajo»...

Los niños de ahora no lloran leyendo. Necesitan emociones fuertes pero con pocas palabras y muchos grabados. Necesitan primeros planos de puñetazos, de rostros crispados, de botas con espuelas o ametralladoras mortíferas. Pero de ternura, nada. No sé dónde iremos a parar... Y precisamente ahora, caramba, después de ese invento tan bueno para no tener que lavar pañuelos: los Kleenex.

«El legionario J. J., de 22 años, y la joven M. Z., de 24, resultaron muertos en el acto al ser aplastados por una apisonadora perteneciente a las obras que se están realizando en la autopista. Se supone que debido a la oscuridad reinante en aquellos lugares, los jóvenes no pudieron advertir el peligro que les amenazaba. Al parecer, la apisonadora no tenía los frenos asegurados debidamente y fue deslizándose por un terraplén hasta caer verticalmente sobre los jóvenes.»

Cuando las noticias ocurren aquí, siempre se saben muchas cosas más sobre ellas. Conozco al redactor de sucesos, que se está volviendo particularmente morbo-so, y me lo ha contado todo.

Un legionario con permiso y una pequeña prostituta de Las Tenerías. Los aplastó la apisonadora. Quedaron tan definitivamente juntos que tuvieron que sepultarlos así, fundidos uno en otro. La madre del legionario vino desde su pueblo peninsular para el entierro. Las viudas de esos viejos pueblos castellanos son más viudas, y más madres, que ninguna otra. Y si viven en casona de la Plaza Mayor, no digamos. Se dice que el chico —hijo único— se había apuntado en la Legión porque estaba harto de rezar el rosario todas las tardes, además del trisagio todos los jueves. Y de ser «el señorito» del pueblo. La madre vino con el

rosario en la mano, porque la noticia le cogió muy de sopetón y necesitaba ese sostén para apoyarse en él durante el largo viaje. (Además, fue la primera vez que había subido a un avión, y ya se sabe que muchas personas en estos casos llevan siempre un rosario en la mano; o en el bolsillo, las menos demostrativas.)

La madre quería que casaran a la pareja, ya que iban a quedarse juntos definitivamente, para que no vivieran en pecado en la tumba. Pero no pudo arreglarse porque, al parecer, había que contar con el asentimiento de los contrayentes y ya éstos no podían decir absolutamente nada.

Hay que ver... Un acto tan normal y casi justificado en legionario con permiso y prostituta con cliente, los ha enviado a la historia convertidos en amantes más amantes, más fundidos uno en otro, que los de Teruel, Romeo y Julieta, Paolo y Francesca... O Calixto y Melibea...

Es terrible pensar en algunas ironías. La pareja no se conocía, ni siquiera sabían sus nombres. Un legionario casi anónimo elige para un asunto que se presumía rápido e inconsecuente, a una chica casi anónima. Se fueron a unos desmontes en oscuridad total sin presentir que daban el primer paso hacia la historia. Un acto vital se convierte en acto mortal. Tuvieron la muerte que a lo mejor hubieran deseado otros amantes famosos, cuyos nombres danzan juntos para siempre en el baile de la historia, pero cuyos cuerpos —cuyas cenizas— están separados, eternamente separados.

—La situación de las cárceles venezolanas ha llegado a extremos increíbles. Sé de un caso que...

—Verás que es muy fácil, la cosa está en que cuando cojas los dos puntos al derecho, des un tironcito a la hebra...

—Está haciendo una extraordinaria labor de apostolado. Un apostolado moderno, humano, incluso hasta diría humorístico.

—Todavía no he presentado la instancia.

—¿Leíste la reseña del partido? Qué faroles...

(El muerto, ni pestañeaba.)

—Dejó la ropa y todo, fijate tú. Dijo que salía por que le tocaba esa hora en el Seguro, y hasta la fecha.

—El segundo gol fue de antología.

—Es que ni siquiera saben por qué están allí, se lo aseguro. Es insostenible, pero nadie hace nada.

(Las hijas del muerto hacen café.)

En un ambiente kafkiano-familiar, sentados en diversidad de asientos porque el tresillo del salón no daba abasto a sostenerlos a todos, desconocidos en general pero conocidos de dos en dos, momentáneamente, enhebrados en sus charlas, ajenas por completo al muerto, con el remeneo esporádico por la llegada de algún nuevo visitante que se insertaba en el círculo —se traía, al final, hasta la silla de la cocina— la «visita de luto»

proseguía su marcha, tal y como está mandado en los cánones sociales.

El muerto, que hubiera merecido los honores de protagonista indiscutible, o de anfitrión, ya que por su causa se estaba celebrando tan extraño cónclave deshilachado (como un Gran Día de Retales de Conversaciones), no merecía la menor atención, simple y mudo «guest star». Al principio, mientras la gente se fue enterando e iban llegando poco a poco, sobre todo mujeres, se le dedicaron rosarios, suspiros y explicaciones detalladas sobre lo que había motivado que ahora se encontraran todos allí. Algunas amigas de las hijas se ofrecieron para salir a comprarles medias, algún «conjunto» negro de St. Michael («niña, esto siempre te sirve después, ya sabes que lo negro siempre se lleva») y esas menudencias con que siempre hay que vestir los lutos a los ojos del público, según manda nuestra madrastra la sociedad.

—No te irás a poner velo, ¿verdad? No se usa nada, nada... Gracias a Dios, ya los lutos no son como los de antes...

LA EVOLUCION DEL LUTO

Los lutos de antes iban más allá del luto, eran el negro absoluto llevado a extremos asombrosos. Porque se enlutaba todo: la vida, la respiración, la cocina, la casa... hasta las uñas. Se tomaba café torrefacto y bien cargado, judías negras, se prescindía de los tomates, de las guindas... Se cerraban puertas y ventanas como si el frío de la muerte hubiera inundado la ciudad o el pueblo. Por eso la gente simpatizaba más con los que morían en invierno: en agosto, un duelo revestía características de martirio supersudado. (De haber existido entonces la televisión, lo más que se hubieran permitido era ver algunas secuencias de «El Virginiano», en atención a que también va siempre de luto riguroso.) La risa abandonaba las bocas de los familiares mientras no entraran en período de «alivio de luto», que se notaba porque en determinada fecha se introducía un cuellecito blanco en el vestuario, hasta por fin acabar del todo con el negro. Las mujeres de ojos claros se sentían menos enlutadas que las de ojos negros y ojerosos. Y las morenas cumplían mejor su deber que las rubias, porque las rubias, de negro, siempre dan idea de frivolidad, de «viuda alegre», aunque sean solteras.

Los lutos de antes se medían por lustros, generalmente, e incluían en su trasmallo hasta los más alejados pa-

rientes, aunque vivieran en pueblos lejanos. Cuando veíamos alguna niña con calcetines negros y algún lazo negro sujetando la trenza, sabíamos que había habido alguna baja en la familia, pero de todas formas siempre preguntábamos: «¿Por quién llevas luto?» «Por una tía de la abuela del marido de mi hermana la casada»... Y seguía saltando a la sogá, tan campante.

Luego, todo cambió, y el luto se ha quedado arrinconado, próximo a extinguirse, en algunos pueblos, principalmente en los que todavía están sin carretera ni luz eléctrica. En cuanto se haga la luz, aunque sea pagándola mensualmente, también se irán desterrando tan oscuras costumbres ancestrales.

En las ciudades se ha simplificado el luto hasta extremos increíbles. En los primeros tiempos de la sintetización del luto, recuerdo haber cometido un error imperdonable, un «planchazo» que no se me olvidará nunca. Encontré por la calle a un chico conocido, vestido de gris claro, con mocasines blanco y marrón, «polo» blanco y un botoncito negro en el ojal. Con mi desconocimiento de las nuevas disposiciones vigentes respecto a lutos ciudadanos, le pregunté: «¿Esa insignia que llevas en la solapa es de algún nuevo club de fútbol?» Pero me contestó con voz lúgubre, impropia de su veraniego atuendo: «Es que llevo luto por mi padre». Estuve mucho tiempo sin poder relacionar la contestación con el dichoso botoncito (incluso había llegado a pensar en un «Drácula, F. C.») hasta que me enteré de que era la moda masculina para lutos recientes.

Y la mujer, ¿cómo ha resuelto el problema de la síntesis ciudadana del luto? Unas veces con un turbantito de gasa en la cabeza; otras, con un «niki» negro, de crochet, semi-transparente, o con los pantalones que

llevan todas aunque no tengan luto, van escapando a la tradición de oscurecer la silueta a la fuerza. Pero, por supuesto, cuando se forran de negro de arriba a abajo es cuando no tienen luto, sino porque es una obligación que impone la moda. Entonces, hasta «los pollos» van todos que se parecen a «Fantomas».

«Llamó, pues, Isaac a Jacob, y le bendijo, y le mandó: "No tomes mujer de entre las hijas de Canaán. Anda y vete a Padán Aram, a casa de Batuel, el padre de tu madre, y toma allí mujer de entre las hijas de Labán, hermano de tu madre; el Dios omnipotente te bendecirá, te hará crecer y te multiplicará, y te hará muchedumbre de pueblos, y te dará la bendición de Abraham a ti y a tu descendencia contigo, para que poseas la tierra en que como extranjero habitas, que dio Dios a Abraham.»

(Gén. 28, 1-4.)

«LOS INVASORES»

Los periódicos traen la noticia, a veces hasta con fotografías, pero sin prestarle excesiva importancia, sólo como simple noticia local o como curiosidad anecdótica. Y nosotros, el público, que tampoco nos asustamos ya de nada, los contemplamos con ojos pasivos, o con la peculiar sonrisita con que suele aceptarse todo lo que viene de fuera, y seguimos nuestro camino.

Pero se trata de auténticos invasores, aunque no revistan la gravedad de aquellas cosas que pasaban antes en la serie televisada de los otros «Invasores». No, los componentes de éstas a que me refiero no se convierten en radiografías cuando alguien los manda al otro mundo, ni suelen llevar el meñique torcido, a menos que hayan sufrido algún accidente casual.

«Todo empezó» con una oleada rubia: la primera invasión de nórdicos, más conocidos, de un modo general, por los suecos. Las playas, el puerto, las calles todas empezaron a burbujear de pelos casi blancos y pieles rosadas que, poco a poco pero no muy despacio, porque las vacaciones siempre duran poco, se iban poniendo tostaditas o acangrejadas en la mayoría de los casos. Los comercios siempre avisados como lince, empezaron a darse cuenta en seguida de las extrañas predilecciones adquisitivas de estos clientes que les llovían del Norte, y en un santiamén convir-

tieron su negocio en permanente escaparate de sombreros mejicanos, cacharros de barro o cerámica y bañadores atrevidos. Y coñac español, claro. Los bares empezaron a poner sus cositas en sueco y los camareros a aprender también sus cuatro palabritas... Todo iba bien.

Cuando ya, de acostumbrados que estábamos, creíamos que todo el monte era sueco, he aquí que nos llega otra invasión igualmente pacífica, pero igualmente original y amiga del comercio sobre todo: los japoneses. Al principio nos creímos que eran siempre los mismos, todos iguales, pero ya hemos llegado incluso a distinguir entre japoneses feos y japoneses guapos. Poco después, ¿cómo no?, empezaron a aparecer en los cristales de los escaparates pequeños anuncios en japonés, y los kioscos del Parque de Santa Catalina —que ya empezó a conocerse por Catalina Park— siempre cuentan con algún indígena políglota que les saca del compromiso con facilidad. Si Napoleón fue «el rayo de la guerra» para toda Europa, el comerciante canario es sin duda alguna «el rayo del comercio» para todo el mundo. El comercio local empezó a reflejar en seguida las predilecciones de los nuevos invasores. ¿Qué compran los japoneses: transistores, linternas, máquinas fotográficas «made in Japan»? No, nada de eso. El japonés demuestra auténtica debilidad por los relojes suizos, los mecheros Ronson, las plumas Parker y los perfumes franceses. Y el coñac español, claro.

Cuando ya íbamos habituándonos a estos nuevos invasores, hasta el punto de contar con algunas amistades entre ellos y cierta confianza que nos permitió incluso preguntarles qué producto usaban para tener tan poblada mata de pelo, resulta que la invasión se vio a su vez invadida por otra nueva: los rusos.

Esta sí que nos produjo cierto impacto, la verdad, y nos hizo parpadear nuestra característica pachorra con cierto interés. Pero es que contaban con un «background» poco familiar para nosotros. En este caso particular, el comercio, en vez de tener que poner al día sus existencias, se puso más bien al año, al año 1950 por lo menos. Porque resultó que el cliente ruso prefería las ropas que usábamos aquí en esos años, más o menos: pantalones anohos, chaquetas con hombreras rellenisimas, aquellas muñecas tiesas y antipáticas que ya ni la más triste de las huerfanitas miraría con ojos tiernos; y las blusas con figuritas bordadas y talla ultragrande; y zapatos puntiagudos con tacones de aguja, que sólo de mirarlos da dentera... Los rusos, amistosamente y pagando por ello, contribuyeron con asombrosa rapidez a dejar el hueco libre en los almacenes, para mercancías destinadas a invasiones de gente más progresista, al menos respecto a modas. Se llevaron, pues, las existencias que ni en «Restos de los Restos de los Saldos» tuvieron jamás salida; pero nada de frivolidades, eso no: todo lo más algún timple, que llevó uno por curiosidad, quizás para compararlo con la balalaika. Y coñac español, claro.

Paralelamente, y dentro de estas invasiones esporádicas, contamos con la pequeña invasión individual del que viene de la Península. Se distingue principalmente porque no compra coñac español, claro, porque allá está mucho más barato. El peninsular se lanza con auténtica voracidad a la compra de aparatos japoneses, como si fuera requisito imprescindible para su regreso a la Península, cuando en realidad parece más bien lo contrario: hay que ver cuántas pegas ponen luego en la aduana. Pero, ¿quién concibe un viaje a Canarias sin regresar a casa por lo menos con un transistor japonés y unas cuantas telas de «El Kilo»?

Ahora, no sé lo que nos espera. ¿Marcianos, quizás? Por si acaso, yo creo que los comerciantes del Puerto debieran ir ya preparando sus cartelitos, instruidos por el profesor Sesma, que me parece que es el único español que se escribe con ellos desde hace tiempo. Eso, al menos, declaró en televisión.

LA EVOLUCION DEL INGLES

Cuando yo era chica, llegué a creer que para ser inglés había que ser viejo e impertinente, porque aquí no se conocía ninguna otra variación sobre el tema. Recuerdo el antiguo Metropole, el Santa Brígida antes de quemarse, el Hotel Towers de la playa... No se veían más que vejestorios británicos quejándose de todo, pero sin la menor intención de volverse en seguida a Inglaterra, donde, al parecer, todo era perfecto y el agua para el té ni siquiera hervía a cien grados, como en el resto de Europa, sino a 212 Fahrenheit. Qué extraño patriotismo de lejanías el de aquellas rubias momias con sombrero permanente y zapatos blancos...

Desde el contemplativo asombro de mi infancia, los huéspedes de aquellos hoteles me hacían pensar que Las Palmas era la Sede permanente de algún Congreso Mundial de Vejestorios de la Commonwealth. (La palabra Geriatria no había aparecido en mis lecturas, y la de Commonwealth la añado ahora por mi cuenta.)

Había dos clases de ingleses: los transitorios (aunque no se hubiera inventado el transistor), que no dejaban sino muchos disgustos y pocas propinas, y los que arraigaban. (Estos, por lo menos, dejaron algunos frutos aceptables.) De todas formas, tanto unos como otros nunca vinieron jóvenes. Yo no sé si es que entonces la Gran Bretaña no dejaba dormir fuera de casa

a sus hijos jóvenes, o si es que éstos estaban tan contentos remando por Oxford o por Cambridge, que no querían salir. O si sería que el Ministerio correspondiente no daba el visado hasta que la partida de nacimiento no empezara a amarillear. Lo cierto es que la primera vez que vi una inglesa de dieciocho años, sin sombrero estrambótico ni zapatos blancos, y encima, guapa, me quedé con la boca abierta, como si hubiera hecho de pronto el descubrimiento de algo asombroso e increíble. Pero sólo fue una impresión fugaz, ya que el encanto de su presencia se borraba en seguida con un aire tan impertinente como si de todos modos fuera vieja y muy entrenada en ese menester.

Luego, de repente, todo cambió. Empezamos primero a enterarnos de que existía en Londres una calle Carnaby que no sólo funcionaba en Carnavales, sino el resto del año. Leímos que los ingleses habían mandado al «horn» a la Reina Victoria, su corsé y sus costumbres, y que habían hecho de sus inhibiciones típicamente británicas un puré de guistantes con extraños ropajes. Para remachar el clavo, una inglesa inventó la minifalda y esto acabó con lo poco que quedaba oculto, pero empezó con el reuma, inevitable en un clima tan frío y nebuloso.

Yo entonces creía que las inglesas usaban las ropas que nos mostraban aquí porque en inglés no existe la palabra «cursi» y por eso no podían criticarse ni reírse de sus respectivas fachas. A las damas más relevantes de ciertas familias encumbradas, las calificaban de «lovely» cuando en España no hubiéramos vacilado en llamarlas «más cursis que un pianillo». Pero he aquí por donde resultó que aquellas indumentarias victorianas les han venido de perilla ahora para pasear por Carnaby Street, sólo que de cada traje han sacado lo menos diez, y de cada cortinilla de crochet con que

adornaban el salón de tomar el té a las cinco, han sacado varios trajes de novia, que ya no necesita ropa interior, para que se aprecie bien la labor.

Ahora, apenas vemos viejos estirados y viejas con sus inefables sombreros y su ridículo orgullo. En cambio, encontramos oleadas de inglesas jóvenes, desprovistas de todo (lo antiguo), pero con gran sentido turístico, y creo que un elevado porcentaje de la opinión pública canaria (por lo menos, la masculina) considera que hemos ganado con el cambio, como si se tratara de divisas revalorizadas o devaluadas, que todavía no me sé bien eso nuevo de los cambios. En fin, yo creo que lo que ha pasado es que los ingleses se han puesto pilas nuevas, tanto los transitorios como los que se quedan más tiempo.

Cada vez que recibo una invitación de boda, siempre en esos sobres inconfundibles, sea cual sea la originalidad de los novios, pienso en las mujeres de Tanzania, aunque todavía no sé bien por dónde caerá este nuevo país. Yo sigo fiel a la Geografía Antigua, la que aprendí en mi colegio, porque es mucho más fácil y trala menos nombres que la de ahora. Antes, casi todos eran Reinos y, con un poco de suerte, una nunca se equivocaba, porque gracias a la Torre Eiffel una nunca se olvidaba de la República Francesa. Ahora entre Países Libres, Repúblicas, territorios nuevos, ocupados o divididos, etc., nunca se sabe a qué nación quedarse.

Pero, bueno, esté donde esté Tanzania es lo de menos. Leo en la prensa que las mujeres de ese país han pedido que se legalice la poliandria (derecho a tener varios esposos), a raíz de que el Gobierno anunciara su propósito de legalizar la poligamia (derecho a tener varias esposas, como muy bien saben todos los maridos, sean o no de Tanzania).

Me parece muy bien, aunque si los problemas casamenteros de Tanzania son parecidos a los nuestros, dado lo difícil que resulta aquí encontrar un solo marido, ¿cómo se las van a arreglar las tanzanesas para acogerse a tal Ley y cumplirla debidamente? Si África desea ponerse a nivel europeo, debe darse a las mu-

eres igualdad de derechos que a los hombres, y si no, no vale. Esos propósitos gubernamentales de intentar meter líos en los hogares de Tanzania permitiendo a los maridos tener muchas esposas y, por consiguiente, más quebraderos de cabeza, no los considero nada «in».

Seguramente, los miembros del Gobierno llevarán muchos años casados con la misma mujer y en vista de que los trámites de divorcio suelen ir seguidos de una gran cantidad de papeleo, demoras, abogados, gastos, etcétera, habrán decidido que sería mucho más rápido autorizar la poligamia, así de un plumazo legal, y ya está. Pero no contaron con la Organización de Mujeres Tanzanasas. ¡Buena les espera cuando vuelvan a casa, al salir del Consejo de Ministros!

No sé en qué irán a quedar estas cuestiones de poligamia, poliandria y polilíos, pero de lo que sí estoy segura es de que a partir de ahora aumentarán considerablemente las ventas del tradicional rodillo de cocina.

Otro lío matrimonial es éste originado en Roma a causa de la huelga de los empleados del Registro. Seis mil parejas de novios han tenido que aplazar la ceremonia por carecer de los certificados necesarios. No deja de tener su gracia eso de mantener nada menos que a seis mil parejas «paradas», sin poder contraer matrimonio. Nunca, creo, se había dado este tipo de conflicto pre-matrimonial. (Después de realizado el matrimonio, sí... claro que sí.)

Pensar en doce mil corazones juveniles latiendo, indecisos, en espera del gran día... Seis mil sacerdotes, epístola en ristre, a la espera del personal o clientela... Seis mil restaurantes enfriándoseles el consomé del banquete nupcial... Seis mil tartas de boda, con el meren-

que quizás ya cortado, sin acabar de coronarse con la tradicional parejita de muñecos...

A pesar de la gracia que pueda tener desde lejos —desde mi cocina— la cosa no deja de ser grave: ¿Y si alguno de los contrayentes, mientras tanto, lo piensa mejor y se arrepiente?

«LA PERFECTA CASADA»

«Casi todas las novias españolas reciben, entre los regalos nupciales, un librito admirable, "La Perfecta Casada" del maestro Fray Luis de León», escribió el Dr. Marañón.

Sí, lo reconozco: yo misma he incurrido en el error, para comprobar, algo más tarde, que la beneficiaria del regalo no había mirado el tal librito «ni por el foro». Algunas lo abrieron, con la esperanza de comprobar que se trataba de uno de esos «Libros-truco» que vienen vacíos en su interior y sirven luego para guardar guantes, medias o copitas de coñac. Otras, honradamente, lo repasaron unos segundos, para terminar exclamando: «*Horreur!* ¡Si está escrito en antiguo!» Y ahí acabó su carrera.

Por tanto, sin ser pesimista ni derrotista y tras haber hecho a lo largo de los años varios intentos de leer todo el libro —por fin lo terminé estas vacaciones de Semana Santa— la experiencia me hace reconocer que ese oficio de «perfecta casada» cada vez tiene menos partidarias, menos «fans», para emplear el lenguaje «in» que es donde estamos de momento.

¿Qué marido actual y corriente podría hoy enfrentarse con una perfecta casada —aunque esté casado con ella— sin sentir la anacrónica tentación de hacerle una reverencia de rigodón y tratarla, por lo menos, de «vos»? (Excluyo a los maridos argentinos, por supues-

to, ya que entre ellos el «vos» parece ser cosa corriente. Y tres-cuatro-ocho, además). ¿Qué otra cosa podría hacer un marido de hoy, por mucho que admire la literatura clásica y admire también teóricamente las virtudes de una casada perfecta? Si hasta los prototipos de aviones construidos no hace diez años se están quedando completamente anticuados, ¿cómo no va estarlo este prototipo de mujer, preconizada y puesta en libro en el siglo XVI? Quizás sea una lástima, seguramente, pero hay que reconocerlo: la perfecta casada ya no se usa.

¿Y por qué no? Los motivos son muchos, sutiles, diversos, psicológicos y hasta sociales. Pero aseguraría que una de las principales razones que puedan tener las casadas actuales para no alistarse en el partido de las «perfectas» —aunque se autorice este asociacionismo— es lo que Fray Luis llamaba «sus excesos decorativos, sus afeites y acicalamiento». Si la perfección empieza por no pintarse, ¿quién sale hoy día a la calle «en crudo», con la cantidad de maquillajes tan estupendos y favorecedores que ofrecen las tiendas, y la dura competencia que nos trae el turismo en su sección juvenil? No hay que olvidar tampoco que «la mujer compuesta quita el marido de otra puerta». Esto hay que tenerlo muy en cuenta, hermano.

Fray Luis no parece sentir gran simpatía por el sexo femenino, aunque es de suponer que su natural religioso le impulsara a amar al prójimo sin discriminación de sexos. Con algo que llamaré ironía dice de la mujer que «es de su natural flaca y deleznable más que ningún otro animal, y de su costumbre e ingenio es una cosa quebradiza y melindrosa». Y continúa: «y cosa de tan poco ver como es esto que llamamos mujer, nunca ni emprende ni alcanza cosa de valor ni de ser».

El librito de Fray Luis de León, por supuesto, no es dogma de fe: es compendio de consejos que quiso dar a una sobrina suya que iba a casarse, «*empeñada en tan arriesgada travesía*» y dada su inexperiencia y falta de cordura, «*para que alumbre y enderece sus pasos por todos los malos pasos de este camino*». Pero, ¿pueden aplicarse las afirmaciones del párrafo anterior, por ejemplo, a Santa Teresa de Jesús, que emprendió empresas espirituales de envergadura sobrehumana? ¿O a la Reina Isabel de Castilla, de tan definitiva y recia intervención en aquella loca empresa de descubrir nuevos mundos o crear la unidad nacional? O, poniéndonos muy frívolos y en el momento actual, a Sofía Loren, que, por el contrario, es «*cosa de mucho ver*»...

Menos mal que, posteriormente, Fray Luis, que cantó la vida del que huye del mundanal ruido, reconoce que en la mujer puede darse «*un amontonamiento de riquísimos bienes*». Lo que no deja de ser cosa de mucho agradecer.

EL SOL DE LA CASA

Con el sol ya sabemos que se hacen muchas cosas: es uno de los medios más utilizados, sin comerlo ni beberlo. Con él puede conseguirse —aparte de la vida en nuestro planeta— un bronceado precioso y natural, sin recurrir al frasco, tras el que vienen incesantes oleadas de nórdicos a los que, por lo visto, no les basta con el suyo, y esto que cuentan con más soles que las demás naciones, ya que de todos es conocido el famoso «Sol de Medianoche», que en postales resulta la mar de espectacular.

También con el sol se consiguen magníficas insolaciones, a poco que nos descuidemos en el Sur, y no menos deliciosas quemaduras en los hombros, que nos hacen enseñar los dientes, como hienas, en cuanto algún amigo cariñoso nos demuestra su alegría al vernos dándonos unos golpecitos en la espalda, saludo que tanto gustaba a Hemingway. La nariz, por lo que he podido comprobar en algunas tiendas del Puerto, cuenta ya con defensa propia sin haber aprendido judo ni karate: ya se venden cubre-narices de plástico para evitar el convertimos en antiestéticos Pinochos del efecto playero.

En Andalucía, por lo que he podido enterarme leyendo hermosos textos publicitarios, han conseguido, además, embotellar su sol poniéndote, encima, nombre de pariente cercano. Por tanto, hoy en día podemos to-

mar el sol en bikini y en copa, aunque para esto último no sea imprescindible ponerse un clavel en la oreja. Ni para lo primero tampoco.

Pero, según un antiguo proverbio oriental, quedan más soles por utilizar, sin tener que ir al Perú, donde llaman así a su moneda nacional. Se trata de un sol para andar por casa, o sea, la señora. Dicen los orientales: «Mujer, sé sol de tu casa y luna del mundo». Y se han quedado tan campantes. ¿Qué maquiavélica sugerencia se ocultará tras estas sabias palabras nacidas en estos antiquísimos países donde la sabiduría se cuenta por milenios, y la ignorancia de la mujer también? ¿Qué pretendería su autor al dejar constancia por escrito de tan sutil recomendación? ¿Sería casado, sería soltero, sería pluricasado, con harén propio?

No me fio nada. Y, por si acaso, ya que soy partidaria del *aggiornamento* en todos sus buenos aspectos, prefiero interpretarlas a mi modo, como si fueran acabadas de salir del horno de la sabiduría.

¿Qué se requiere actualmente para ser «sol de la casa»? Por lo menos, nada de bronceador artificial: ha de ser espontáneo, sin toldo de nubes que disimule la situación. O sea, un sol-señora que actúe por su propio impulso, que sea creativa, original y ligeramente caprichosa, como el propio sol, que a veces sonríe, a veces no... Así, bajo su influencia siempre imprevisible, la casa no funcionará en régimen cuartelero, por muy eficaz que sea este sistema en otras instalaciones, sino que irradiará alegría.

También ha dejado dicho la sabiduría esa que «donde entra el sol no entra el doctor». Moraleja a aplicar: un sol-señora que entienda algo de medicina, por si acaso, y se encargue de abrir las ventanas en cuanto consiga que se levanten los hijos de vacaciones.

Pero, ¿qué vestuario será el más apropiados para estas funciones solares de la señora? Ropas frescas, alegres, de colores vivos y cálidos. En otras palabras, cualquier retalito mono.

La única pega que le veo a eso de ser sol de la casa, es que si hay que madrugar tanto como el señor Febo Apolo, casi, casi, sería preferible ser Luna de la casa y Sol del mundo... Y así estaríamos todo el día «reco-giditas en la calle», cosa que apetece tanto a diario.

SENTIDO COMUN A LA ITALIANA

«La cadena perpetua (que es auténticamente perpetua en Italia), va a ser abolida próximamente, ha decidido la Comisión de Justicia del Senado italiano.»

Consecuencia natural, supongo, de la nueva Ley de Divorcio.

CUANDO EL MARIDO NO HA SALIDO AFICIONADO A COCINAR

Si tu marido es de los que ni siquiera saben dónde queda la cocina, no te preocupes: ya se enterará. Para ello hace falta promocionar la campaña adecuada, y, luego, disponer de una jaqueca ligera, que te atacará precisamente en domingo o fiesta de guardar.

Para la previa campaña publicitaria no contaremos con la prensa, radio ni televisión, porque son organismos generalmente regidos por hombres y no les va a hacer ninguna gracia. Así que, solas ante el peligro, hay que empezar con ánimos. (Si es que te gustaría ver qué tal queda tu cocina con un hombre dentro.) Para esta breve pero intensa campaña de promoción tienes que recurrir a revistas de peluquería y a inventar una frase, un *slogan* que haga impacto. De las revistas recortarás las fotos de los famosos del mundo cinematográfico y televisivo, principalmente, en posición y atuendo de cocinar. He visto cientos de ellos, hasta Joaquín Prats salió no hace mucho.

Estas fotos las enseñarás con frecuencia en casa, y las comentarás con tus hijas, diciendo cosas así de sibilinas: «Qué guapo resulta Fulanito delante del horno, ¿verdad? Hasta parece más joven». «Qué feliz será la mujer del famoso Menganito sabiendo que los domingos, ay, cocina su marido...» «Estoy segura de que en todo hombre se oculta un cocinero fabulo-

so, aunque se dedique a otras actividades el resto de la semana», etc., etc.

Y luego, la frase-impacto. Por ejemplo: «Cuando el marido hace el guiso, la casa es un paraíso». «La comedia marital, siempre resulta genial», y cosas así.

Una vez preparado el terreno, con muchísimo tacto, por supuesto, hay que facilitar las cosas un horror, para las primeras tentativas. Por tanto, compra desde el sábado todo lo necesario para el primer plato, incluso, a ser posible, cosas ya hechas, y coloca todo lo del segundo plato —el plato fuerte para el futuro cocinero— bien a la mano en la despensa y en la nevera. No olvides ni un segundo que la gran coartada masculina es que nunca saben donde ponemos las cosas. Pero si las tienen delante de los ojos, no habrá escapatoria posible. Y como quien no quiere la cosa, deja sobre la nevera, artísticamente colocado, el libro de cocina, abierto por la página donde está la receta que hayas elegido. Que sea fácil, ¿eh?

Te advierto de antemano que el hombre, hasta el menos dotado para cocinar, lo hace siempre mejor que la mujer, esto no tiene vuelta de hoja. (Lo mismo pasa con los pianistas, reconócelo.) Repasa la lista de grandes «chefs» y no encontrarás faldas entre ellos. Podrás replicar que la Marquesa de Parabere no es ninguna tontería, pero si vamos a ver, la Marquesa es, aparte del Enemigo Público Número Uno de la esbeltez, una magnífica repostera, nada más. Te lo digo con tiempo para que luego no te dejes dominar por la envidia cuando pruebes los resultados.

Otra advertencia honrada: piensa también en la gran cantidad de cacharros que utilizará el marido cocinando. Es algo inevitable, así que si no quieres hacer el intento, todavía estás a tiempo. Si eres tú la que tiene que fregar después, piénsalo bien, no sea que esta se-

gunda y deprimente parte te amargue la triunfal sensación de éxito.

Pero si consigues esa jaqueca dominical tan oportuna, seguida de la entrada marital en la cocina, obtendrás una compensación fabulosa: probar un plato exquisito que no has hecho tú y sentir esa atmósfera eufórica, inenarrable, de verdadero «día de fiesta» que irradia el marido que ha cocinado algo bueno de verdad. Así que no le escatimes el incienso, la loa... ni el bicarbonato.

«Todavía estaba Jacob hablando con ellos, cuando llegó Raquel con el rebaño de su padre, pues ella era pastora. Y cuando vio Jacob a Raquel, hija de Labán, hermano de su madre, y el rebaño de Labán, hermano de su madre, se acercó, removió la piedra de sobre la boca del pozo y abrevó el rebaño de Labán, hermano de su madre. Besó Jacob a Raquel y alzó la voz llorando. Dio a saber a Raquel que era hermano de su padre e hijo de Rebeca, y ella corrió a contárselo a su padre. En cuanto oyó Labán lo que de Jacob, hijo de su hermana, le decía, corrió a su encuentro, le besó y le llevó a su casa. Contó Jacob a Labán lo que ocurría y éste le dijo: "Si, eres hueso mio y carne mia". Y moró Jacob con Labán un mes entero.»

(Gén. 29, 9-14.)

* * *

«Tenía Labán dos hijas: una, la mayor, de nombre Lia; otra, la menor, de nombre Raquel. Lia era tierna de ojos, pero Raquel era muy esbelta y hermosa. Amaba Jacob a Raquel y dijo a Labán: "Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor". Y contestó Labán: "Mejor es que te la dé a ti

que dársela a un extraño. Quédate conmigo". Y sirvió Jacob por Raquel siete años, que le parecieron sólo unos días, por el amor que le tenía. Jacob dijo a Labán: "Dame mi mujer, pues se ha cumplido el tiempo y entraré a ella". Reunió Labán a todos los hombres del lugar y dio un convite; y por la noche, tomando a Lia, su hija, se la llevó a Jacob, que entró a ella. Dio Labán a Lia, su hija, su sierva Zelfa, para que fuera sierva de ella. Llegada la mañana, vio Jacob que era Lia, y dijo a Labán: "¿Por qué me has hecho esto? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué me has engañado?" Labán le respondió: "No es en nuestro lugar costumbre dar la menor antes que la mayor. Acabada esta semana, te daré después también la otra por el servicio que me prestes durante otros siete años". Hizolo así Jacob, y cumplida la semana, dióle Labán a Raquel, su hija, por mujer, y con ella a Bala, su sierva, para sierva de ella. Entró también a Raquel Jacob, y la amó más que a Lia, y sirvió por ella otros siete años. •

(Gén. 29, 16-30.)

«En la Maternidad Provincial de Zaragoza, ha nacido un niño que tiene ya todos sus dientes. Su madre, de 22 años, se quedó asombrada al descubrir este fenómeno.»

He aquí un niño indiscutiblemente del siglo XXI: ya trae los dientes puestos, preparado para luchar por la vida futura a mordiscos, si hiciera falta. Y menos mal que no vino con guitarra, molenas y amplificadores. Buena señal...

EL GOLF

El golf es, además de un deporte sano, caro y lejoso, un distinguido y cuidadísimo pedazo de campo, con cierto número de agujeritos, donde algunos señores que, de pronto, parecen sentirse niños (o encontrarse gordos) suelen ir, particularmente los sábados por la tarde, a entretenerse con unos palos muy raros y una pelotita. (Si sus hijos hicieran eso mismo en el jardín o en el patio, alcanzarían una severa reprimenda. Por eso no han puesto cristales en el campo de golf. Los cristales están más lejos, en ese sitio tan bueno y tan cómodo donde se suelen oír palabras inglesas y curiosos relatos de acierto en el tiro, y de hazañas personales que pocos han presenciado.)

Para lanzarse a jugar al golf hay que disponer de algunas nociones de inglés, de un magnífico estuche de cuero de tamaño apropiado y de cierta flexibilidad en las muñecas. Luego, pasadas las primeras lecciones, hay que disponer también de una gran dosis de paciencia deportiva para sufrir con la debida dignidad las agujetas en los riñones.

En otros tiempos se creía que para jugar al golf había que ser «niño bien» o que el padre de uno le hubiera mandado a Londres «a recibir educación», y ese uno hubiera aprovechado el tiempo y la libra recibiendo, además, lecciones de ese «britanismo de exportación» que consiste, sobre todo, en ir muy estira-

do por el continente, jugar juegos ingleses, fumar en pipa sin mover un músculo, y no hablar con nadie que no le haya sido previa y debidamente presentado por el cónsul. Hubo muchos isleños que regresaron bastante barnizados de ese britanismo, pero como no hay barniz que resista al alcohol (según un proverbio también inglés), en cuanto se tomaban dos copas de más, estaban perdidos: se les caía la pipa, jugaban al tute y tuteaban a todo el mundo.

Luego, con el paso de los años y su inevitable erosión social, el mito del auténtico *gentleman* evolucionó mucho, y el golf también, claro. Ya hay ingleses que no cumplen su palabra, inglesas que viajan sin sombrero (lo que no deja de ser una pena, pues para los que disfrutamos de escasas diversiones, constituía un espectáculo inenarrable), y campeones de golf que no son británicos. Así, hoy en día, aunque no sea uno hijo de ningún personaje forrado de billetes o de pergaminos, puede ser un as en el golf y darle una paliza (en sentido figurado, se entiende) al primer lord que se le estire por delante.

Tanto se está democratizando este deporte del palo y la caminata, que queriéndolo poner al alcance de la plebe dominguera, se ha llegado a la invención del «golf miniatura» o mini-golf, que es un golf completamente ciudadano. Y así, cuando no se dispone de coche para desplazarse a los salutíferos y bien cuidados dominios del campo de golf, se queda uno en la ciudad y, hala, a golfear en miniatura. Esto, además, tiene la ventaja de que no se necesitan expresiones inglesas para demostrar la alegría que le invade a uno cuando atina con el agujero correspondiente. Conque se diga: «¡Mi madre, qué puntería!», va y se queda tan contento.

•Viendo Yahvé que Lia era desamada, abrió su matriz, mientras que Raquel era estéril. Concibió Lia, y parió un hijo, al que llamó Rubén, diciendo: "Yahvé ha mirado mi aflicción y ahora mi marido me amará". Concibió de nuevo y parió un hijo, diciendo: "Yahvé ha oído que yo era desamada, y me ha dado éste más", y le llamó Simeón. Concibió otra vez, y parió un hijo, diciendo: "Ahora mi marido se apegará a mí, pues le he parido tres hijos", y por eso le llamó Levi. Concibió nuevamente, y parió un hijo, diciendo: "Ahora sí he de alabar a Yahvé", y por eso le llamó Judá. Y cesó de tener hijos.•

(Gén. 29, 31-35.)

¡TERRIBLE DUDA!

Todavía se suele hablar alguna vez de Oginos y su método en los círculos femeninos interesados directamente de una forma u otra. Unas saben de lo que se trata y otras tienen una vaga idea (la pildora no necesita explicaciones), y mucho me temo que por no haber ampliado conocimientos a su debido tiempo, muchas se han enterado cuando ya no había remedio.

Oginos es un doctor japonés que, como todos los japoneses, tiene cara de chino. Yo, francamente, no sé si, en realidad, es un gran sabio o un bromista de primera. Pero lo cierto es que, a la vista de los resultados —vivos e indiscutibles— de la puesta en práctica de su famoso método, tengo la impresión de que quizás lo que pasa es que no se tradujeron bien sus obras, seguramente debido a alguna «falta de garabatos» —ignoro si en japonés existe la ortografía— en los divertidos y complicados caracteres de la escritura nipona. Claro, no se le puede criticar a nadie el que no logre aprender definitivamente el japonés. Esta es una de las cosas que requieren, por lo menos, Carta de Vejez, además de Nacionalidad, en aquel maravilloso país. Como todos sabrán, para aprender bien el japonés se requiere una paciencia de chino y una bien cimentada afición a complicarse la vida.

Pero, desde luego, los presuntos traductores de una teoría que puede traer consecuencias inesperadas, car-

gadas de sospechas contra la ciencia, debieran pensarlo bien, primero, antes de lanzarse alegremente a comunicar al mundo unas cosas que no son «cosa de juego». Esta clase de traductores —si es que son ellos los responsables de las infinitas equivocaciones que en su tiempo produjo el método Oginos— debieran mejor dedicar sus ratos libres y sus conocimientos del idioma nipón —llamado aglutinante por los gramáticos, y monosilábico, por añadidura— a traducir obras japonesas sobre flores y jardines, por ejemplo, que al fin y al cabo no producen cambios perceptibles en el padrón municipal, en vez de cargar sobre sus hombros tanta responsabilidad, metiéndose en asuntos de tan viva trascendencia.

Por otra parte, suele estar uno tan acostumbrado a aceptar sin discusión ni sospechas cualquier teoría científica moderna (sobre todo, qué duda cabe, si parece reunir las condiciones mínimas por las que se suspira ardientemente), que cuando se conocieron las famosas teorías oginísticas, a la gente sólo se le ocurrió decir: «Lo dijo Oginos y punto en boca». (Se vendieron entonces más calendarios que nunca.) A nadie, ingenuamente, se le ocurrió husmear un poco en el panorama social de aquellos países, a nadie se le ocurrió pensar en que son los países más poblados del mundo... ¿Y no era éste un dato altamente sospechoso? Ahora, la gran cantidad de familias numerosas que siguen comentando, con infinita desconfianza pero ya sin remedio, el método Oginos, se preguntan: ¿No será que se ha traducido mal la obra del doctor japonés, como pasa, sin ir más lejos, con las ediciones sudamericanas de otros autores? ¿No estarían sus teorías encaminadas exclusivamente al aumento de población a ritmo acelerado? Pero, ¡tarde piaron!

Reparando en la superabundancia de trabajo que tiene el Negociado de Familias Numerosas en el organismo correspondiente, es cuando se me ocurrió empezar a dudar en nombre de los afectados. Ni siquiera la duda cartesiana ha levantado tanta desconfianza en mí (porque, de más está decirlo, la conozco sólo de oídas) como la que siento respecto a Oginos o a sus traductores. Quién es el autor de la «broma» no lo puedo asegurar. Lo que sí puedo asegurar es que si alguien, hoy en día, aspira a ser familia numerosa («Hay gente pa tó», dijo un famoso torero), con seguir a Oginos, basta. He ahí una «pildora» que ya nadie se tragará. Respecto a la otra, no soy nadie para opinar. Veremos...

•Raquel, viendo que no daba hijos a Jacob, estaba celosa de su hermana, y dijo a Jacob: "Dame hijos o me muero". Airóse Jacob contra Raquel y le dijo: "¿Por ventura soy yo Dios, que te he hecho estéril?". Ella le dijo: "Ahi tienes a mi sierva Bala; entra a ella, que para sobre mis rodillas y tenga yo prole por ella. Dióle, pues, su sierva por mujer, y Jacob entró a ella. Concibió Bala y parió a Jacob, un hijo, y dijo Raquel: "Dios me ha hecho justicia, me ha oído y me ha dado un hijo"; por eso le llamó Dan. Concibió otra vez Bala, sierva de Raquel, y parió un segundo hijo a Jacob, diciendo Raquel: "Luchas de Dios he luchado con mi hermana, y la he vencido"; por eso le llamó Neftali. Viendo Lia que habia dejado de tener hijos, tomó a Zelfa, su esclava, y se la dio por mujer a Jacob. Zelfa, esclava de Lia, parió a Jacob un hijo y Lia dijo: "¿Qué buena fortuna!", y le llamó Gad. Parió Zelfa, esclava de Lia, un segundo hijo a Jacob, y dijo Lia: "Por dicha mia, pues las hijas me han hecho feliz", y le llamó Aser. •

(Gén. 30, 1-13.)

LA EVOLUCION DEL SINVERGÜENZA

Antes, el llamado sinvergüenza («protervus vulgaris»), comportaba características definidas: era una especie de edificio humano que tuviera, como si dijéramos, una fachada peculiar, fachada que parecía advertir de sus actividades distintivas, lo mismo que hoy en día lleva cualquier comercio su anuncio de neón. Se le conocía en seguida. Incluso podía señalársele con el dedo —aunque fuera de mala educación— y comentar, a su paso:

—¡Qué cara de sinvergüenza!, ¿te fijaste?

Esta «cara de sinvergüenza» consistía en:

a) una profunda palidez, de un blanco tirando a gris, producida, sin duda, por la dureza del cemento con que se le suponía fabricada;

b) una mirada del tipo «atravesado», que salía de unos ojos sin brillo y de expresión opaca, como de be-sugo en hielo;

c) unas ojeras que ya las hubiera querido para sí Margarita Gautier en sus peores momentos;

d) patillas, o bigotito, e incluso ambos aditamentos capilares en los mejor dotados; y

e) un andar entre furtivo y cansino, que se veía venir ya su epitafio, porque no dejaba dudas de que, andando tan mal, acabaría peor.

Las modosas y honestas señoritas contemporáneas del sinvergüenza «sui generis», solían ser tan simplonas,

por no decir miopes, que a pesar de la evidente catadura del prototipo, había que tenerlas pero que muy advertidas y alertas respecto a los grandes peligros que suponía no ya un trato más a fondo, sino hasta la proximidad de cualquier individuo así disfrazado por la naturaleza y confirmado por su fama. Una sola mirada callejera de tales ojos pecadores bastaba para sumir a la incauta señorita en el más tembloroso, ruboroso y turbador de los estremecimientos que podían permitirse por entonces las señoritas honestas y modosas.

Actualmente, todo aquel edificio tan bien diseñado se ha echado abajo, como las casas viejas en zonas de ensanche, y, también como ellas, han surgido unos edificios lo que se dice estupendos. El sinvergüenza moderno debe haber hecho algún curso de Formación Profesional Accelerada, tanto, que los hay realmente técnicos, peritos y doctores. Habrá hecho también deporte, sin duda (a fuerza de tanto oír eso de «contamos contigo») porque ofrece una facha deportiva y un sano color tostado que le presta gran atractivo visual para cualquier señorita moderna que se lo encuentre por la calle. Bueno, quizás no ha hecho todavía ese tipo de deportes, sino que debe su color a las largas horas de «trabajar por ojo» a la orilla de la playa, en espera y al acecho de actividades posteriores.

Sus andares también han mejorado notablemente, como si se hubiera pasado largas horas, igual que las maniqués de alta costura, andando con un diccionario gordo encima de la cabeza, ya que no creo que tenga tiempo ni ganas de intentar meterlo dentro de la misma, por medio de ese otro ejercicio, impropio de un sinvergüenza que se precia, que se llama leer.

No tengo conocimientos de sociología, ni Dios lo permita, y, por tanto, no puedo decir si la sociedad ha mejorado con esta especie de «revoco de la fachada»

del tradicional sinvergüenza, aunque no haya salido ningún bando municipal obligando a tales quehaceres, como suelen salir respecto a las viviendas. Lo que sí puedo afirmar es que, al menos estéticamente, hemos ganado algo. La palabra definitiva a este respecto la tienen las actuales señoritas, que como ya no son miopes y tienen ideas y opiniones propias, ellas sabrán lo que se hacen.

«Salió Rubén al tiempo de la siega del trigo, y halló en el campo unas mandrágoras, y se las trajo a Lia, su madre, y dijo Raquel a Lia: "Dame, por favor, de las mandrágoras de tu hijo". Lia le contestó: "¿Te parece todavía poco haberme quitado el marido, que quieres quitarme también las mandrágoras de mi hijo?" Y le dijo Raquel: "Pues que duerma esta noche contigo a cambio de las mandrágoras de tu hijo". Vino Jacob del campo por la tarde, y saliéndole Lia al encuentro, le dijo: "Entra a mi, pues te he comprado por unas mandrágoras de mi hijo".»

(Gén. 30, 14-16.)

UNA PALMERA ORIGINAL

«En Alcantarilla, Murcia, se ha registrado un caso singular: en el tronco de una palmera ha nacido una rama de higuera que da higos dulces.»

De ahora en adelante, yo creo que ya podremos también ir pensando en pedir peras al olmo...

REMEDIO ESTETICO-CASTRENSE

«Los soldados del ejército de la República Federal de Alemania que quieran llevar el pelo largo, tendrán que usar redecillas, ha anunciado el general del ejército, Ulrich Maisiere.»

Nuevas cuerdas del Gran Capitán: «Por redecillas perfumadas para las melenas de los soldados... cien millones».

«Volvía al árbol con frecuencia. Fue el mismo árbol bajo el cual una vez durmió —solo—, soñó, despertó, volvió a soñar. Un árbol inmenso, indescifrable, como algo bíblico, y acogedor, crujiente o mudo según los vientos... Lo que se necesita, exactamente.

»Bajo el árbol acababa de tumbarse con la moza. Estaba asustado, oscuramente consciente de que su acción era reprobable porque nadie se la había dado por mujer. Jadeaba entre su instinto y su cobardía cuando apareció su hermano, con la cabeza ardiendo del sol y los ojos como brasas, sus ojos de siempre, ardiendo de algo desconocido. Miró a los dos bajo el árbol.

—Déjame la moza—casi rugió.

—¿Qué me darás por ella?

—Déjamela—urgió—. Luego te daré lo que me pidas.

»El hermano menor saltó rápido sobre sus pies, y aunque no había llegado a cometer ningún acto, reprobable o no, se alejó del árbol, semiescondido entre los otros árboles, cada ancho tronco protegiéndoles de su huida y de su avance, mirando hacia atrás furtivamente, mirando hacia adelante con temor, huyendo del testigo, testigo que no había, del testigo que sólo estaba en sí mismo, del que no podía huir.

»Se refugió en su madre, hundió la frente caliente entre las manos hacendosas.

—Así me gusta, hijo. Siempre llegas temprano del campo... Tú nunca me das esas preocupaciones que me da tu hermano.

»Los infinitos ojos del campo le miraban todavía. Las raíces, las savias, los terrores del mundo del hombre navegaban por su sangre hasta asfixiarle el corazón en un solo impulso. Sus pies, junto a la madre, tenían ya raíces de hombre.»

«Dijo el tío de la ciudad, en voz baja:

—¿No sabes que también se dice que el viejo Rey murió hace ya mucho tiempo? Y que el hijo está asustado de sus nuevos poderes, no sabe bien todavía cómo actuar, cómo mostrarse a solas en todo el esplendor sin el respaldo de su padre, ni qué hacer con tan terrible herencia. Por eso dicen que está escudándose, resguardándose todavía en la figura del padre como si estuviera vivo. Para que no se pierda el temor, o el respeto a lo establecido.

»Calló unos momentos, pensativo, como en un sueño:

—Pero quizás esto pertenezca más bien a otra vida. Nunca se sabe en la ciudad si esto es Ahora o Mañana. De los que entienden y hablan de las cosas del Gobierno, muchos siguen soñando los mismos sueños que han soñado otros. Muchos los revisten de nuevos argumentos que parecen en el fondo frases subrayadas durante la lectura de algún viejo libro.

—¿Y no hay otros más, otros distintos, otros nuevos?

—¡Schist!—dijo el tío, en voz baja.»

EL EQUILIBRIO

Qué difícil se nos hace el equilibrio, ¿verdad? En todo. Lo mismo si se trata de mantenernos sobre el dedo gordo del pie o en el término medio de un buen humor discreto. Generalmente, un platillo de esta balanza está muy alto y el otro muy bajo.

A los niños, o les damos un grito que los dejamos con taquicardia, o les damos un beso que los dejamos con un cardenal. Unos días nos arreglamos como una mona y otros nos olvidamos hasta de peinarnos. Al marido, o le ponemos un clavel en el ojal y le hacemos postre extra, o lo recibimos «con tres piedras en la mano». Las amigas —afirmamos con lágrimas en los ojos— son «liiiiintimas» o aseguramos con voz de malvada madrastra que son unas frescas, criticonas abusadoras ... La vida, o es un asco horrible, infumable, o es algo fabuloso.

Y así todo. ¿Por qué? Por el dichoso equilibrio, nada más. Nos hace falta casi de continuo una buena dosis de equilibrio emocional, ético, social, doméstico y de todas las marcas. Estamos siempre columpiándonos vertiginosamente entre los dos extremos y, en consecuencia, mareamos a los que nos rodean, como si estuvieran contemplando una trapecista en el circo o una partida de ping-pong. ¿De dónde nos sale este desequilibrio casi habitual? No lo sé. Puede provenir de los nervios, del cansancio, de los altibajos de la presión, de

insuficiencia glandular, de falta de educación psicológica —o de la otra, que tampoco es manca—, de oscuras raíces de frustración... quién sabe.

Necesitamos equilibrio. Pero, ¿dónde se compra esta mercancía? ¿Cómo podría remediarse su falta? ¡Qué más quisiera yo que saberlo! De todas formas, podríamos intentar alguna cosita, a ver si nos da resultado. Por ejemplo, una especie de examen de conciencia objetivo, sin dejar intervenir la querida y habitual auto-compasión, a la que tan propensas nos sentimos en seguida. O a un análisis detallado de nuestro comportamiento diario, nuestra vida familiar, social, afectiva, poniendo en ello tan minucioso interés como lo ponemos en desmenuzar la vida o los trajes de Fulanita, la famosa estrella de cine, o de nuestra más admirada-envidiada «amiga».

Y a ver qué pasa. Aunque a lo mejor nos encontramos con tantas sorpresas inesperadas, que nos volvemos a desequilibrar más todavía. Pero, por más que no consigamos resultado satisfactorio, al menos nos hemos entretenido practicando un ejercicio mental, como un repaso de todas las asignaturas de esta reválida personal, y eso siempre viene bien. Así que, ¿lo iniciamos?

Mejor hoy que mañana. Mañana quizás tengamos que ir a la peluquería.

SAFARI URBANO

La Gran Selva hierve de ruidos. Los peligros acechan sin cesar, y, como diría el clásico, «por doquier». El miedo a lo invisible y a lo imprevisible se acentúa al atravesar estrechas zonas sin protección, donde no se respeta ni a las cobras. La tensión se hace más aguda a medida que se va avanzando.

Vamos en busca del «cazadero» que creemos más apropiado. Nos apostamos sigilosamente tras una palmera que oculta nuestra persona y la visión de los demás cazadores. Hay cazaderos propicios y cazaderos inútiles, como pozos secos. Pero no se encuentra jamás un cazadero que no haya sido hollado ya por otros cazadores. La lucha es continua y diaria, sin tregua.

Divisamos una posible víctima. Pero su velocidad nos hace inútil la puntería, el grito. Mala suerte: fallamos el tiro.

Se suceden otras fieras que no nos interesan porque vamos a la caza y captura de una especie determinada, ejemplares que escasean cada día más y que constituyen nuestro objetivo en este safari.

Pasan enormes moles lentas, tranquilas, elefantes urbanos que tampoco nos interesan porque no nos llevarían por nuestra ruta.

Seguimos al acecho. Seguimos aguantando la tensión, pero no cedemos un ápice en nuestro propósito. Quizás divisemos a no mucha distancia, fugazmente, a

otro cazador apostado en su cazadero particular, con la misma tensa espera que nosotros. No importa, confiamos en nuestra suerte y en la ley de probabilidades.

Volvemos a divisar en lontananza una posible víctima, de la especie que buscamos. Pero inesperadamente desvía su camino antes de acercarse a nuestro cazadero. La barahúnda de ruidos nos envuelve hasta enloquecer, pero no desistimos en nuestro intento. Necesitamos angustiosamente cobrar esa pieza y persistiremos en el empeño.

El sudor va perlado nuestra frente, la angustia va metiendo en un puño nuestro corazón, el reloj va señalando el inexorable paso del tiempo. Estamos el borde de ceder, de flaquear. ¿Qué ocurrirá? ¿Abandonaremos el cazadero para lanzarnos a ciegas en una marcha jadeante y peligrosa por entre los senderos de la Gran Selva? Nos concedemos un nuevo plazo. Es realmente imprescindible que alcancemos ese trofeo vital.

Por fin... ¿será posible? El otro cazador desfila ante nuestros ojos ostentando con orgullosa sonrisa de documental su buena suerte: ¡ha cobrado una pieza como la que buscábamos tan ansiosamente!

La desesperación invade nuestro ánimo. La sed reseca nuestra garganta. Pero la misma rabia nos afianza en nuestro puesto. La vista se agudiza y alcanza horizontes lejanísimos, rayanos en el espejismo.

Llega un instante en que apenas creemos lo que vemos. Pero... ¡sí, es cierto! ¡Se acerca un ejemplar de la tan buscada especie! Salimos corriendo de nuestro cazadero, agitamos los brazos, gritamos como locos, con voz enronquecida y ojos enfebrecidos por la espera:

—¡¡Taxiiiiiiiiiii!!!

A veces, realmente, lo conseguimos. Pero otras veces, ay, según la hora, una voz nos responde:

—Voy a almorzar...

¿DONDE TENEMOS LA CABEZA?

La tenemos sobre los hombros, excepto algunas personas que la tienen sobre el suelo, por razones de su dedicación al yoga, o en una cesta, por aquello de la guillotina. Pero, en sentido figurado, ¿dónde la tenemos? Suelen indicarse tres regiones, preferentemente, para tener la cabeza en estas circunstancias: «en Las Quimbambas», sin límites geográficos determinados; «en Belén con los pastores», aunque no estemos en época navideña; y en la peluquería. En las dos primeras no cuesta dinero la estancia (si acaso, algún disgusto), pero en la última, ya la cosa cambia.

Una mujer que entra en territorio peluqueril puede decir, con la cabeza muy alta (y muy desarreglada de momento) que entra en el Mercado Común Europeo. Lo mismo las indígenas que las de importación, las cabezas femeninas no pueden pasarse sin esos «viajecitos», y todas pagan los mismos derechos aduaneros, igual se trate de que le hagan el organizado y bien calculado desorden de una cabellera suelta, como del breve y perfilado corte masculino «a la navaja», para las que tiran más bien a lo cómodo que a otra cosa.

Yo no sé con exactitud anatómica cómo son las cabezas por dentro, pero me las imagino llenas de recovecos, llenos a su vez de cosas útiles —que se utilizan o no, según— como aquellos ordenados costureros de la mujer de antes. (La mujer de ahora ni siquiera sé si tendrá costurero, o tiempo para orde-

narlo, en su caso.) Pero, por fuera, resulta fantástico comprobar qué grados de perfeccionamiento técnico hemos alcanzado, sin necesidad de ningún Von Braun que venga de lejos a darnos lecciones.

Por eso, cuando alguna congénere me dice, medio quejosa: «¡Ay, hija, ya no sé ni dónde tengo la cabeza!», siempre me dan ganas de decirle: «Debajo del peinado, mujer». Peinado que, a su vez, está debajo de champú, masaje, crema, marcado, plix, cardado, postizo, mecha, toga...

Pero cuando la cabeza vuelve automáticamente a su sitio sobre los hombros, es por la noche, al enfrentarnos con la triste realidad: ¡hay que acostarse! Y como no podemos en modo alguno dejar la cabeza en la mesita de noche, comienza el *strip-tease* de postizos, horquillas «invisibles», lazos, trenza, moño... Hasta la mañana siguiente, en que nos levantamos dispuestas a solicitar de nuevo el visado para entrar alegremente en cualquiera de esas regiones de la geografía del despiste.

Yo, aunque tengo la cabeza puesta donde siempre —bueno, así lo espero—, también la tengo hoy llena de América y de americanadas femeninas. Absurdas noticias las que acabo de oír por la radio... Al mirarme al espejo —para comprobar si la cabeza seguía en su sitio— me pareció que mi frente estaba tomando la forma del Canadá.

No volveré a leer nunca jamás, nada sobre la libertad femenina en Estados Unidos. Me da la impresión de que no buscan esa igualdad de sexos que proclaman, sino algo mucho peor: la superioridad del sexo femenino. Lo que a su vez, a la larga, acarrearía el descontento masculino, la lucha, y vuelta a empezar...

No me interesa el Frente de Liberación Femenino. Total, ¿para qué? Ya no está una para esos trotes.

LAS AMERICANAS INVENTAN UNA NUEVA LIGA

Desde siempre, de América del Norte nos ha llegado todo lo que signifique goma: desde las ruedas de un coche a la goma de mascar. Desde el peliengomado galán de los años treinta, con una caída de ojos que ya la quisiera para sí una pájara echada, al tejido elástico que tantas cosas sujeta y sugiere. Por tanto, no es de extrañar que ahora anuncien desde allá la creación de una nueva liga: una liga también femenina, que se propone tener tal alcance, que la tradicional «tiradera» se queda chica a su lado. Una liga de tan diabólica y complicada trama, que yo no sé qué irá a pasar si cumplen sus propósitos.

Porque esta nueva liga pretende estirarse de tal forma, que presenta todo el aspecto de una revolución feminoide. Ahora, lo que no puede preverse es si los hombres se irán a defender fundando, a su vez, una nueva Orden de la Jarretière Defensiva, enarbolando de nuevo la medieval divisa «Honni soit qui mal y pense», como parece ser que dijo el rey Enrique VIII, el multicasado, con ocasión de cierta liga que se le cayó a cierta dama de su corte y confección.

La promotora de esta nueva liga ha sido la escritora Betty Friedan, sumamente leída por sus congéneres y, sin andarse con pegotes, aconseja a las mujeres que la adopten en seguida, ya que tendrá tal envergadura, que el problema negro se va a quedar sin color

a su lado. Betty Friedan se ha lanzado al ataque anti-varón con tales ímpetus, que las anticuadas sufragistas inglesas, que en su momento resultaron temibles (no sé si por su aspecto o por sus intenciones), nos van a resultar ahora como un coro de niñas cantando «Frère Jacques» en cualquier jardín de infancia.

¿Y qué se propone, en resumen, esta liga? Que las americanas (¡quién iría a decirlo, desde esta distancia femenina europea!) están hasta la coronilla de ser consideradas en inferioridad de condiciones con el omnímodo varón, y quieren todavía más. Ya no les basta, por lo visto, que el sumiso maridito (el marido mejor domesticado del mundo) lave los platos, adquiera infartos tratando de ganar más dólares, etc., etc. No: hay que ir más lejos. Se quejan de que no cuentan sino con diez mujeres en el Congreso, con una sola en el Senado... y eso no vale. Tampoco les satisface saber que los maridos americanos se mueren antes que las esposas (América es el paraíso de las viudas) para dejarles la póliza de vida, y a vivir de rentas.

Para empezar a hacerse notar, han invadido con fines poco pacíficos y nada elegantes un famoso bar neoyorquino, el del Plaza Hotel, donde estaba prohibida la entrada a señoras que no fueran acompañadas del correspondiente caballero (o al menos, de lo más parecido a uno de ellos). En esto me parece que han «metido la pata», con o sin liga, porque, económicamente hablando, siempre sale mejor cuenta que el acompañante pague la coca-cola, ¿no?

Lo malo está en que las ligas empiezan a multiplicarse. La primera se llamó NOW, la más pacífica; pero han salido otras mucho menos elásticas, por ejemplo, la WITCH, cuyas iniciales inglesas pudieran traducirse nada menos que por «Conjuración Terrorista Internacional de Mujeres para Salir del Infierno», que tiene

la particularidad, además, de que «witch» significa «bruja»... Y la SCUM (Sociedad para la Aminorcación del Hombre); y nada menos que un Frente de Liberación de la Mujer...

Para irse poniendo en forma, las extremistas de estas ligas quieren aprender karate. Y en la siempre original Universidad de Berkeley, California, las estudiantes han reclamado que las clases de karate, hasta ahora reservadas sólo a los hombres, se den también a las mujeres. Y por si no las tomaban en serio, invadieron los vestuarios masculinos en el momento clave de la ducha. Ante este tipo de ataque, que no figura en ningún manual de karate, los varones no pudieron recurrir a otra defensa que a la toalla, púdica y velozmente.

Por último, entre los derechos que reclaman las futuras campeonas de liga —en realidad, una auténtica Brigada Anti-Don Juan— figuran los siguientes: derecho a silbar a los hombres por la calle sin que éstos tomen represalias; derecho a pellizcar la región glútea varonil en las habituales aglomeraciones humanas; derecho a sacar a los jóvenes fuera de la ciudad, en el coche, y abandonarlos sin piedad a varios kilómetros de distancia... En fin, más o menos, lo mismo que gustan de hacer los varones con las señoritas.

Ahora, lo que no acaban de especificar es si, de ahora en adelante, van a permitir a los varones, en algunos casos, que hagan auto-stop...

¡ATENCIÓN: MUJERES AL ATAQUE!

«Un grupo de mujeres uruguayas ha creado el "Ejército Femenino Oriental" con objeto de emprender la lucha contra las organizaciones terroristas. Han dicho: "Ante la pasividad de los hombres, que sean las mujeres las llamadas a salvar la Patria, con las armas en la mano".»

Los terroristas deben estar aterrados: las mujeres uruguayas han creado un ejército femenino para salvar a la Patria, y lanzando su dardo contra la pasividad masculina, afirman su propósito de luchar con las armas en la mano.

Ignoro qué armas serán éstas. Pienso en el tradicional rodillo de amasar, utilizado con tan satisfactorios resultados en la lucha contra maridos trasnochadores. O en las más sutiles armas de la seducción del «eterno femenino»...

Como quiera que sea, la cosa empieza a ponerse interesante.

MUA, MUA y REQUETEMUA

«El profesor de italiano de la Universidad de Berkeley (California), Nicolás J. Perella, ha escrito un «Estudio sobre el beso» en 356 páginas, ya que, en su opinión, hay algo más en un beso que un mero signo de afecto. Es un análisis académico de su simbolismo y su historia, relacionándolo con la tradición, la alimentación, sustituto del sexo, transferencia del alma, la muerte, etc. Abarca desde los comienzos del Cristianismo hasta finales del Renacimiento.»

Este catedrático (y no sólo de italiano, por lo que parece) de la original universidad californiana de Berkeley, se embarca, dice, en un análisis concienzudo de un hecho bien conocido. Pero su libro no trae ilustraciones, lo que seguramente restará lectores a su obra, ya que el lector de ahora, y particularmente el norteamericano, es más aficionado a la foto-lectura que al análisis... a menos que sean «ensayos» sobre el terreno.

El libro, que sólo llega hasta el Renacimiento, no trae, por tanto, referencias a las manifestaciones oscu-
lares en nuestro tiempo. Sin duda, el autor considera completamente innecesaria ninguna aclaración al respecto. Quizás por demasiado visto.

LEY CONTRA UNA MARAVILLOSA LIBERTAD

«En Washington, 40 personas han sido multadas por echar a volar cometas. Una ley de 1892, todavía vigente, lo prohibió para no perjudicar el vuelo de los globos.»

Me resulta increíble enterarme por la radio de que en el país llamado tópicamente «el de la Estatua de la Libertad», se prohíbe echar a volar cometas. El más hermoso juguete que pueda tener un niño, donde se encarnan y condensan las más altas aspiraciones, la imaginación, los ensueños, la misma libertad, no está permitido en su capital... Una arcaica Ley de 1892 lo consideraba perjudicial para los globos, que supongo serían globos cautivos y, por tanto, sumamente molestos ante la espléndida libertad de una cometa girando en el aire.

Sin embargo, me consuela pensar que al menos para cuarenta personas, entre niños y adultos, fue más fuerte la tentación de echar a volar la cometa que la idea de la correspondiente multa. Y a lo mejor la próxima primavera vendrán a España, donde disfrutamos de absoluta libertad para echar a volar todas las cometas que nos dé la gana.

RAPIDEZ «MADE IN U.S.A.»

«La Cámara de Representantes norteamericana aprobó la derogación de una Ley de 1892 que prohibía el vuelo de cometas en Washington. Durante la revisión de viejas leyes coloniales, la Cámara decidió asimismo que continuaran vigentes otras leyes, tales como las que prohibían atar caballos a los árboles, tirar piedras, azuzar perros contra la gente, etc.»

Me satisface muchísimo imaginar que mis protestas llegan a Estados Unidos. (Si eso fuera cierto... ¡mi madre!) De todas formas, no deja de ser curioso que apenas unos días después de criticar yo la absurda prohibición del vuelo de las cometas en Washington, se haya reunido inmediatamente la Cámara de Representantes para derogar la susodicha Ley. Como si, galantemente, mis deseos fueran órdenes para Washington. (¿Irás a resultar, a la larga, que mis cacareados «poderes psíquicos» son de mando a distancia?)

Ahora, respecto a esas otras arcaicas leyes que siguen en vigor desde los tiempos de «Lo que el viento se llevó», por mí, que sigan: nunca está bien eso de tirar piedras, azuzar perros contra la gente, etc.

Thank you very much, Uncle Sam, en nombre de las cometas.

LA MAQUINA DE COSER VUELVE A ESTAR DE MODA

Los sociólogos de todo el mundo, que están muy preocupados y absorbidos con tantas novedades femeninas como están ocurriendo, hasta el punto de tener que dedicar horas extras al estudio de la fémina y sus originalidades, acaban de descubrir —vayan ustedes a saber con qué oculta intención— que la máquina de coser es ahora, otra vez, una necesidad ineludible en el hogar. Y no para lo que parecía ser su finalidad intrínseca, coser —como su nombre indica—, sino para el relax, o sea, el descanso bien administrado.

¡Quién iría a decirlo! Resulta, pues, que la mujer moderna necesita descansar a máquina, mientras que la antigua se cansaba con ella que era una bendición. (¿Quién no recuerda aquellas conmovedoras escenas de obreritas de la costura, con la espalda prematuramente encorvada de pasarse el día dobladas sobre la costura incesante de un taller? Si hubieran vivido en estos tiempos, qué sorpresa se iban a llevar... Hoy en día uno se cansa por otros motivos más descansados, al parecer.)

Los sociólogos basan su peregrina idea (que a mí no me hace ninguna gracia) en que actualmente todo lo que se relacione con el difundido *slogan* de «Hágalo usted mismo» contribuye a dar confianza en sí mismo al ser humano, y a apartarle de problemas e inquietudes mentales que destrozan o, al menos, perturban su

vida de relación. Consecuentemente y con el debido entusiasmo, el comercio hizo suya la sugerencia y ya se ofrecen en todas partes montones de cosas, a trocitos, como un rompecabezas, para que cada cual se entretenga los domingos y fiestas de guardar haciéndose un armarito, una cafetera o cualquier otro chisme que no sirve para nada, pero que ha quedado muy gracioso. Y, por lo mismo, las tiendas de ropa confeccionada han acogido muy gustosamente la idea de que las mujeres descansen, aunque sea extraoficialmente, junto a la máquina de coser, ya que así, si se compran un modelito de talla superior porque ya no quedaba de la suya, ellas mismas se lo puedan arreglar a su medida, y todos tan contentos. Y mientras están ocupadas con su maquinita y sus pespuntos, olvidan problemas, inquietudes, tensiones, etc. Y hasta la televisión, quizás.

Como no podía ser menos, Estados Unidos ha acogido también la idea con fabuloso entusiasmo, casi con entusiasmo-scope, multiplicándola en seguida por la unidad seguida de ceros. Ya sabemos que allá todo es mucho mayor que acá. Y, asimismo, que todo acaba, de una forma u otra, relacionado con la política. Por tanto, la extraña y comercial política americana —que también tiene nombre de mujer, a máquina o no— se ha sentado a la ídem, simbólicamente, y ya cuenta con un nuevo *slogan* dedicado a la mujer «made in USA»: «Si quieres hacerte tu propio mundo, empieza haciéndote tus propios vestidos». O.K. Resultado práctico, que es a lo que se iba: aumento de un 20 por 100 en la venta de máquinas de coser...

Y como ya sabemos que las americanas adoran cumplir fielmente con todos los *slogans* al uso, es de esperar que, de ahora en adelante, desaparecerá la americana cansada a secas (con todas sus complicaciones psico-neuróticas) para convertirse en la americana glo-

riosamente cansada de descansar a máquina. Y, consecuentemente, la casa se le irá llenando de cojincitos, delantalitos y cortinitas «hágalo usted misma», al igual que en tiempos de nuestras abuelas, se nos llenaba la casa de pañitos, pantallitas y colchitas de crochet con lo que descansaban nuestras antecesoras femeninas.

Porque la realidad es que no hay cansancio nuevo bajo el sol.

«Era cuando las reses vigorosas entraban en calor cuando ponía Jacob las varas a su vista en los abrevaderos, para que se apareasen ante las varas; pero ante las débiles no las ponía, y así las crías débiles eran las de Labán, y las fuertes las de Jacob. Vino a ser Jacob rico en extremo, dueño de numerosos rebaños, de siervos y de siervas, de camellos y asnos.»

(Gén. 30, 41-43.)

(Qué carácter más astuto este Jacob, enriqueciéndose con trucos de su invención a base de una «materia prima» que no era suya...)

UN CARGUERO CONTESTATARIO

«En Rotterdam, Holanda, ha tenido lugar el bautizo del carguero "Abel Tasman". Pese a haber roto en su quilla la tradicional botella de champán y cortado las amarras, el carguero no se movió un milímetro. Se recurrió a accionar una bomba hidráulica, para solucionar la situación, pero una de sus piezas saltó por los aires, hiriendo a la madrina de la ceremonia.»

He aquí un barco joven, con ideas propias sobre la libertad y plenamente anti-convencional: por mucho champaña que le echen, sigue en sus trece. Más auténticamente holandés no se puede ser. Seguramente es que no le apetecía salir de viaje ahora, en esta época tan sobresaturada de turismo como es el verano, cosa que me explico perfectamente.

Ahora, veremos si para su próximo intento de botadura se podrá encontrar una madrina dispuesta al riesgo, o si, en vez de champaña, habrá que lanzarle un «coctel Molotof».

**«Huye, amado mío,
y sé semejante al gamo o al cervatillo,
sobre las montañas de los
aromas.»**

(Cnt. 8, 14.)

VERANO

En otros sitios, verano es sinónimo de vacaciones, bikini y divisas; pero por estas latitudes, la verdad es que el verano apenas es noticia. Tenemos la playa casi todo el año, tenemos bikinis principalmente en invierno, y la tortilla de patatas se toma con frecuencia, con lo cual se ha conseguido que deje de ser un símbolo de la excursión veraniego-dominical. ¿Por qué, entonces, ponerme a escribir sobre esta estación? Pues, porque como los geógrafos están de acuerdo para anunciar que el Sol entra hoy en el signo zodiacal de Cáncer y que comienza el «día más largo» (después del de la invasión de Normandía, y el del nacimiento del primer hijo), hay que decirlo, para seguir estando siempre en todo.

El verano se toca ahora con guitarras eléctricas y se canta con voces de diversos matices, pero ya Vivaldi había puesto música al zumbido de los insectos y a la somnolencia de la siesta estival, y nadie le ha superado, aunque entonces se ignorara cuánto partido puede sacársele a un enchufe, sobre todo cuando va unido a una guitarra de forma extraña y ésta, a su vez, a un individuo de formas más extrañas todavía.

En realidad, eso de tener vacaciones en verano para tumbarse a la bartola a la orilla de cualquier agua, tiene un origen muy remoto. El Rey Rodrigo fue el

precursor de los primeros veraneantes, según consta en aquel romance de Fray Luis, que dice:

*«Folgaba el Rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera
del Tajo, sin testigos...»*

Donde la cosa falló fue en este último verso: ahora, todo con testigos; y los testigos, a su vez, con transis-tores.

El verano, aquí, suele encerrarse en tres exclama-ciones: ¡Qué calor hace!, ¡Jesús, fuerte calor! y ¡Vaya calorcito, hermano! El que nos quedemos sin agua antes de lo previsto se ve compensado por la poca ropa que hay que lavar, y por la satisfacción del estudiante al comprobar que todavía falta mucho para octubre. ¡Qué ingenuo! Ignora el joven que el tiempo se eva-pora mucho más rápidamente en verano... y que den-tro de nada no sólo estaremos otra vez en octubre, sino hasta en el verano próximo.

«SOUVENIRS»

Ahora que le empieza a la gente la comezón viajera (urticaria propia del calor), creo que es el momento adecuado para hablar de «souvenirs». «Souvenir», como todos sabemos y pagamos, es el inevitable recuerdito carísimo, que traemos del no menos inevitable y carísimo viaje de turismo. Por qué se le ha puesto «souvenir» en francés a un botijo que se compra en carretera y que lleva grabado «Badajoz» y que además no se paga en divisas, es cosa que ignoro. Pero para que quede constancia de mi protesta lingüística, le pongo comillas, como si estuviera entre rejas, detenido momentáneamente por las autoridades del idioma.

Yo creo que la precursora de los «souvenirs» fue la casa Kodak. Y por eso, antes, al «souvenir» de viaje se le llamaba, simplemente, foto. Ya lo decía el viejo *slogan*: «Vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas». La gente se hacía sus fotos y luego venía de visita con una carterita llena de ellas. «Mira ésta soy yo en Las Cañadas», «Este es el Pepe en el tablao flamenco», «Mira qué graciosos estamos aquí... ese trozo de pared tan rara es la Giralda». Y así. Pero, oh desgracia, la cosa evolucionó, como todo, y luego se cayó en la foto-película, como más tarde se ha caído en la foto-novela, y empeoró, claro. Porque ya no había forma de ir a cenar con los Pérez sin que tras la cena tuviéramos que contemplar, por enésima vez, la pelí-

cula —bastante mal filmada, generalmente— de su viaje al Monasterio de Piedra o a Saint-Tropez. Pero no crean que fue sólo desgracia nacional. También si iba uno, en América, a cenar con los Joneses, le colocaban la dichosa película de cuando John y Mary estuvieron en Honolulu o en Palm Beach.

Tanto ha crecido el afán de recordar viajes que, tras la creación internacional del «souvenir», hasta los astronautas se traen trocitos de Luna para regalar a las naciones amigas. Además, por supuesto, de la correspondiente película, que todos tuvimos que ver por televisión (aunque sin invitación a cenar) porque en este caso se trataba de una «première» mundial.

Uno de mis «souvenirs» más inolvidables me lo traje de Frómista. (Para el lector poco aficionado al románico, diré que fui allá por el imán de dos iglesias fabulosas de los tiempos del Camino de Santiago.) En Frómista no sé qué harían los peregrinos jacobeos, aunque supongo que el ser peregrino encierra ya la imagen de movimiento. Pero los de la Frómista actual, aquel domingo dorado que yo pasé por allí, parecían dormir una siesta interminable: tuve que despertar, sucesivamente, a cada persona encargada de enseñar cada monumento.

Y como no sólo de románico vive la turista, se me ocurrió merendar antes de seguir viaje. Había un café —ni románico ni romántico, sino más bien de formica y plástico— y, tras despertar al camarero (debe ser muy buena gente toda la de ese lugar, ya que nadie ponía mala cara al ser despertado), me senté a tomar un café. Pedí unas mantecadas y, por desgracia, me las trajo. Nunca he sido excesivamente escrupulosa para los alimentos tomados fuera de casa, pero es que aquellas mantecadas debían proceder por lo menos de la boda de San Isidro. Y si no las tomé fue porque me asaltó

cierto escrúpulo al pensar si no requeriría alguna bula especial comerse una reliquia, aunque fuera domingo. Como de todas formas iba a pagarlas, me llevé una, de «souvenir». La envolví en una servilleta de papel y la metí en el bolso. En Palencia, fui a sacar el monedero y me cayó en el pie algo que pensé sería un buen pedrusco románico. ¡Aaaaaaay! Era la mantecada. Y digo que es uno de mis inolvidables «souvenirs» porque el dedo meñique de mi pie izquierdo no ha vuelto a ser el mismo desde entonces.

ESTADISTICA PSICOLOGICA APLICADA A LA TARJETA POSTAL

No soy amiga de estadísticas ni de esas cosas que requieren, entre otras molestias, trabajar, hacer números y dejar la impresión de que, al final, no valen de nada. Pero la experiencia siempre sirve para algo, por lo menos para ir encasillando, casi sin darnos cuenta, los diversos ejemplares humanos que nos ha tocado en suerte en el sorteo de las amistades. Al menos de las amistades que salen de viaje casi todos los veranos y nos mandan postales en cuanto las perdemos de vista o de teléfono.

Hago constar de antemano que yo también soy de las que, en cuanto cojo rumbo para fuera, mantengo a rigurosa dieta tarjetera a todos mis familiares, amistades y personas piadosas.

Me gusta conservar las postales, no sólo por su contenido sentimental y mnemotécnico, sino también por su aspecto práctico: cuando hay un niño enfermo, no encuentro mejor forma de distraerlo que darle la caja de zapatos donde las guardo. El niño se dedica a viajar con la vista y yo, mientras tanto, puedo dedicarme a otras cosas que no sea ir y venir por el pasillo para atender a sus incesantes llamadas de aburrido a la fuerza.

Y por todo ello he conseguido hacerme con unas cuantas nociones de estadística psicológica aplicada a la postal, que trataré de comunicarles. Los amigos

algo pillines nos mandan siempre tarjetas de «night-clubs» exóticos, de señoritas esculturales luciendo gran cantidad de encantos naturales, o de juergas flamenecas en cuevas sacromontesas tan plagadas de cacharros de cobre, que no sé cómo tienen sitio para levantar los brazos. Las amistades algo románticas nos eligen piedras cargadas de siglos y tradición, catedrales góticas, hermosos paisajes llenos de calma y flores y, las amistades extranjeras, algún ejemplar de perro de buena marca. Los amigos prácticos se limitan al envío de postal del hotel o parador donde se hospedan, abreviando así increíblemente la tramitación del asunto. (Quizás sería conveniente que la actual burocracia que nos agobia tomara nota de esta delicada sugerencia.) Los que dedican parte de su viaje a la cultural visita de museos, nos obsequian postalmente con la reproducción de un cuadro famoso. Así, he llegado a reunir nueve Meninas, seis Entierros del Conde de Orgaz, tres Picassos de diferentes épocas y no sé cuántos Paul Klee, entre otras de diversos temas, desde el románico hasta el rabioso abstracto modernizado. Pero las tías monjas siempre mandan una Virgen.

Por tanto, yo creo que la difusión de la tarjeta postal merece cultivarse, aunque sin caer en aquella casi supersticiosa manía de «la cadena», que era una lata, porque precisamente cuando no estamos de viaje no nos acordamos de tanta gente.

Ahora, sólo nos falta que se invente el envío de postales dedicadas por televisión, lo que animaría mucho más el turismo, tanto como animan los discos dedicados las emisoras locales.

ALEGRE REQUIEM POR AGOSTO

No todas las despedidas son tristes.

Por fin te fuiste, mes antipático entre los antipáticos. Mes lleno de niños sin tener nada que hacer y de vacaciones de los demás. De tarjetas postales, toallas pegajosas de agua de mar y de termómetros hilvanando grados a grandes puntadas.

Mes de Sur. Mes de Norte. Mes de este verano como todos los veranos, al fin y al cabo. Mes en que antes, puntualmente escocés, llegaba a los periódicos «el monstruo del Lago Ness», pero este año, sin saberse por qué, ha sido sustituido por los accidentes automovilísticos, como si no fueran también tema de los demás meses.

Mes de pre-entrenamientos futbolísticos, de botes de vela canario-latina. Mes de hippies en general cargados de todo, como una forma del vivir actual. Y de extranjeros golpeados y robados en el Puerto, que el golpear y robar extranjeros puede constituir también otra forma del vivir actual.

Mes de crema Nivea y bronceadores ultra-rápidos para anticiparse al sol; de gorros de playa y gazpacho en abundancia. Mes de Semanas de Cine Cómicó y de semanas sin cine para muchos. Mes de anuncios de grandes cruceros turísticos, a los que no nos sumamos por división de opiniones o resta de disponibilidades monetarias. Mes de aumento del tráfico aéreo

y de disminución del tráfico ciudadano. Mes de escalada de precios y de esperanzas en los Puertos Francos. Mes de más «Cartas al Director» que nunca. Mes de festejos en los pueblos y de cultas semanas de conferencias culturales.

Mes de disturbios en Irlanda y en casi cada punto del globo. Mes de negros acalorados en Estados Unidos, de blancos acalorados en Estados Unidos y en Estados Suelos, y de amarillos que no se sabe si acalorados o frios. Mes de acalorados en general, lo mismo en grados centígrados que en Fahrenheit.

Mes de «Rodríguez» que nos parecen lastimosamente ridículos y de largas colas de vehículos en la frontera franco-española. Mes de rebajas sensacionales, por lo poco rebajadas que están; de rebajas en la llegada de turistas a Canarias y de incremento en la llegada de turistas a la Península. Mes de bulos políticos y de incesantes listas de ministrables. Mes de espumosos y de aguas de colores.

Mes-puente. Mes-nada. Mes-igual, en realidad, a los anteriores. Pero, ¿por qué me caerá tan antipático?
¡Mes-Jacob!

ARREPENTIMIENTO EVIDENTE

«En Budapest existe el "Club de Suicidas (Arrepentidos)", fundado por la bella señorita Anna Fueri, especialista en Psicología del Suicidio. La noticia no indica el número de socios.»

He aquí un paréntesis que sobra: tengo la impresión de que los suicidas (sin paréntesis) no suelen tener ocasión de asociarse a ningún club, por muy bella y especialista que sea la fundadora.

A mí, en realidad, lo que me gustaría es ser una mujer de hoja perenne.

EL OTOÑO

Este clima isleño tan especial, tan empeñado en alargarlo todo hasta el máximo, le estropea a uno todos los tópicos tradicionales. ¿Cómo recurrir a la caída de la hoja, o a su sinfonía de dorados, que hace tan bonito, si los árboles son de hoja perenne; ni a «los largos sollozos de los violines del otoño», si aquí cuando el viento toca el violín que se las pela es en marzo o abril? Pero, por mi parte, que no quede: si está mandado que el otoño empiece el 22 de septiembre, ¿por qué llevar la contraria al equinoccio? Hagámonos los suecos meteorológicos y cantemos, pues, a la hoja seca arrastrada por el viento, a la dulce melancolía otoñal que invade los campos y los ánimos, y a todas esas cosas que en otras latitudes más clásicas hacen pensar en bufandas, castañas asadas y antigripales a todo pasto.

El otoño parece ser algo muy antiguo. Aunque el Génesis no dice nada concreto respecto a la fecha en que Adán y Eva fueron legalmente exhortados a abandonar el Paraíso (primer desahucio que se conoce y que tantos seguidores entusiastas ha tenido luego), me inclino a creer que fue en otoño, no sólo porque abundan más las manzanas, sino porque, pasada la furia de las drásticas rebajas de verano, que es cuando los árboles ofrecen una infinita variedad de retales de hojas donde elegir, se encontró Eva con que no tenía nada

que ponerse: momento psicológico y diabólicamente sutil que aprovechó la Serpiente para iniciar su campaña publicitaria.

El otoño también debe ser muy viejo porque, cuando una señora alcanza el medio siglo de taconear por esos mundos, nunca se la llama estival ni invernal, sino otoñal. De esto entienden los franceses más que nadie. El francés parece especialista en otoños y otoñales. Es tal su afición a esta dorada estación del año, en todas sus manifestaciones (vendimia de *champagne* incluida), que se diría que hasta que una persona no deja de cumplir los cuarenta, no llega a convertirse en ídolo nacional francés. Véase, si no, la adoración por Mistinguette, Colette, Chevalier... (Dentro de poco, cuando B. B. llegue a la meta, va a ser «la caraba».) Estoy segura de que Charles Trenet no alcanzó tanta fama con sus canciones como con sus plateadas sienes de otoñal bien maquillado. Por tanto, no es de extrañar que brotaran en Francia los más bellos versos sobre el otoño: los escribió Paul Verlaine.

Pero no sólo Francia puede presumir de otoñales. Nosotros tenemos una estupenda pandilla de ellos, a escala nacional, que todos conocemos, aunque haya desaparecido su carnet de identidad. Y, sin ir más lejos, aquí pueden contar conmigo, con una de las estatuas que jugaban a las cuatro esquinas en el viejo Puente sobre el Guiniguada y con algunas personas más, que no cito porque su modestia se podría ruborizar de veras. O de indignación por mi indiscreción.

En fin, que estoy muy contento con el otoño, lo mismo con el puesto que con el del almanaque.

VUELTA AL COLEGIO

Ya están las huestes escolares apurando los últimos días de libertad vigilada, para entrar luego en régimen de libertad condicional, mientras que las huestes maternas están contando los días que faltan para cambiar las preocupaciones veraniegas por las inherentes a cada curso.

Empieza el recuento del armamento apropiado para la campaña. Con el calor del estío parece haberse evaporado lo que sobró del curso anterior. ¿Dónde están los lápices, los afiladores, los bolígrafos? Antes se citaba el «caramelo a la puerta de un colegio» como el símbolo de la fugacidad. Ahora, yo creo que el bolígrafo es el que ocupa el *podium*. ¿Hay algo que se pierda más pronto, o se termine con más rapidez, o manche más que un bolígrafo? Nada. Cuando ya se había conseguido un producto que hacía desaparecer las manchas de tinta, resulta que ya no hay manchas de tinta que hacer desaparecer, porque las estilográficas han dejado de formar parte de las listas de material de guerra escolar. Seguramente, cuando se logre el «borra-bolígrafos» adecuado, este instrumento habrá pasado a la historia y las madres en activo, a su vez, estarán renegando del inventor del chisme que haya venido a sustituirlo. Así es la vida. La vida escolar, al menos.

Una vez más, la «Operación Estudios» está en puertas. En cuanto caiga del almanaque la hoja que dice

Septiembre, será el Día D y la Hora H para la invasión del mundo escolar. (¿Por qué la paga extra no será en septiembre, para subvenir a los gastos de puesta en marcha de esta costosísima «Operación»?) Ir al colegio no supone solamente desplazarse todos los días, a hora fija, de la casa al centro docente. ¡Ojalá se redujera sólo a eso! Supone también, como todos saben, zapatos, ropa, cuadernos, libros, menudencias, bocadillos, gripes... una cadena perpetua de compras, de preocupaciones, de malas notas...

Los niños, vagamente, sienten la comezón de la curiosidad relativa de volver al colegio. No tienen muchas ganas, pero ya han agotado todas las posibilidades del verano, y su incesante actividad requiere cambio de terreno y de horizontes. Las madres, eternas estudiantes hasta que sus hijos se casen, también sienten, por contagio, la misma comezón, pero referida a más amplio ámbito, lo que pudiéramos llamar «comezón-scope». Al fin y al cabo, tienen que sumar, no sólo los deberes de los niños, sino los problemas más serios, que caen fuera del texto: los económicos, pedagógicos, alimenticios... Que si Pepito es demasiado distraído, que si Juanito es demasiado repipi...

Pero, de todas formas, la vuelta al colegio siempre resulta grata. Aunque haga calor, trae un sello otoñal, un aire de reestreno, un clima pre-navideño que la hace sumamente agradable. Sea como sea, resulta siempre tan atrayente salir de compras, aunque uno ponga cara de «ir a cumplir un penoso deber»... Y las librerías, a su vez, nos siguen pareciendo siempre tan atractivas...

GRAVE PROBLEMA NO ESCOLAR

«La policía de Bedford, Inglaterra, se encuentra ante un grave problema: no saben cómo clasificar el robo de la barba y el bigote realizado en la persona de un jeque hindú. Mientras tanto, han consultado a un abogado.»

Qué gracia... El robo de barba y bigote a un jeque hindú, delito vulgarísimo, resulta que no viene incluido en ningún apartado del «Manual de Delitos» en Inglaterra. Los reglamentados policías, por tanto, no saben a qué atenerse y se mesan sus cabellos con preocupación: no pueden entrar en acción mientras la burocracia no ponga en marcha su engranaje.

Si es verdad eso de que las cosas de palacio van despacio, quizás para cuando encuentren la solución ya le habrán vuelto a crecer al neo-afeitado jeque su barba y su bigote, y todo se habrá resuelto satisfactoriamente, por vía natural.

LEER DEPORTIVAMENTE

Ahora que hasta las pastas de dientes traen su correspondiente papelito con instrucciones para usarla, resulta que los periódicos, en su sección deportiva, no las traen. ¿Cómo leer, pues, las noticias y entenderlas, nosotros, los no iniciados en tan difícil ciencia? Desde que se ha sugerido la conveniencia de vivir deportivamente, yo creo que no sólo hay que rellenar quinielas, sino empezar también a leer deportivamente, a ver qué se saca en limpio.

Hasta la fecha, soy un mar de dudas deportivas, y, sobre todo los martes, cuando la prensa inunda a España con su oleada de deportes, floto en el mar muerto de la confusión. Cuenten conmigo para cualquier Curso de Formación de Lectores Profanos de Secciones Deportivas.

He aquí algunas cosas que he leído y que no comprendo en absoluto:

«España barrió a Finlandia» — ¿Es posible que la magnanimidad hispánica llegue hasta el extremo de ir a solucionar el problema doméstico de las finlandesas?

«La furia hispánica renació a la sombra del Peñón». — ¡Qué susto me llevé! Sólo pensé que por fin íbamos a «darles p'al pelo».

«En el primer tiempo no funcionó el marcador» — ¿Es que los marcadores son como los ascensores? ¿Otro

«apagón» oportuno o inoportuno, según desde qué equipo se mire?

«Equipo merengue» — ¿Formado por empleados de dulcerías?

«Consiguió hacerse con el cuero para conjurar un peligro» — Esto es cosa de brujerías, estoy segura. Desde que Pauwels lanzó su famoso libro «El Retorno de los Brujos» —que seguramente han leído todos los futbolistas— hasta en los estadios ocurren cosas así de raras... ¿Es que ya no valen las antiguas patas de conejo?

«Campeón de España del minimosca aficionado» — En cambio, yo llevo años en pie de guerra contra la maximosca profesional que intenta penetrar en mi cocina, y nunca he conseguido un campeonato.

«Última hora de la Unión Deportiva: Ayer llovió en Vigo, pero con poca intensidad» — Los eternos duendes de la imprenta... Mira que mezclar el parte meteorológico con la sección deportiva...

«Un titular en el dique seco» — ¿También los duendes de la errata llegarán a la sección portuaria? De seguir así, cualquier día nos informará la Unión Deportiva, desde Madrid, que están a bordo del «Queen Mary».

«Germán es pieza indispensable» — Espero que, al menos, sea una buena pieza...

«Salvajismo en el fútbol inglés: gravísimo al ser pateado por aficionados rivales» — De aficionados, nada. Auténticos profesionales de la animalidad, verdaderos maestros de la brutalidad.

«El aficionado adquiere el trofeo en propiedad» — Vaya, por los menos ya hay alguien que se libra de los plazos.

«El Bilbao Atlético se dejó un punto en Burgos» — Claro, como sigan con esa manía de usar calcetines de punto, no van a ganar para medias.

«Los granadinos estrellaron tres balones en los palos» — ¡Y lo fuertes que están!

«Los hombres-punta estuvieron en Balaídos en total desamparo» — ¡Por qué no llevan la próxima vez hombres-rana a esos sitios lluviosos, a ver qué pasa?

Por el contrario, he aquí algunas otras que también he leído y que comprendo pero que no me explico:

«Un jugador airado mata a puñetazos al árbitro» (En Uruguay).

«Un fanático muere de entusiasmo» (En Brasil, por supuesto).

«Ciclista tiroteado por un policía ebrio» (En Méjico, cómo no. Pero seguramente era para indicar a alguien cuál era el ciclista: «Pum, pum. Aquél que se arruga, manito...»)

AZAFATAS

La profesión de azafata se puso de moda cuando yo era jovencita, lo cual quiere decir, entre otras cosas y sin tener que recurrir a las estadísticas, que ha llovido mucho desde entonces.

Las primeras noticias que tuvimos aquí sobre esa nueva arma de combate femenina, nos dejaban con la boca abierta. Se decía que para obtener plaza en vuelo había que ser algo fabuloso: guapísima, elegantísima, educadísima, con un montón de idiomas, conocimientos de todo, y tanto «inconvenientes» más, que no sé cómo pudieron reunir entonces tantas juntas. Mucho más difícil que para «Mujer Ideal de Europa» o alguna cosa de éstas. No exigían título nobiliario porque, al parecer, la *airhostess* fue invención norteamericana y ya se sabe que los títulos son simples resabios de la vieja Europa.

A estas pioneras del azafatismo les duraba poco el empleo, y no por accidente mortal o laboral, sino matrimonial. Como entonces también el viajar en avión era cosa casi exclusiva de millonarios, siendo ellas tan super-maravillosas y «fuera de serie», los usufructuarios del dólar en abundancia caían como moscas, ya que es sabido que no les gusta privarse de nada. Incluso creo que muchos de ellos, antes de encargar su billete de avión, si estaban ya casados, arreglaban primero lo del divorcio, para facilitar así la «Operación Azafata».

no fuera que, por no tener los papeles en orden de soltería, en el vuelo de regreso otro millonario más precavido les «pisara» la maravilla. (Ya se sabe que los norteamericanos tienen por lemas «Do it now», «Do it yourself» y además, «Time is gold», lo que tampoco es manco.)

Cuando ya todas las maravillas estuvieron casadas y llevando esa vida fabulosa que yo no sé si será verdad —pero que, de serlo, debe engordar horrores— se creó un grave conflicto (pero no laboral, sino más bien de tipo estético) a las compañías aéreas del Otro Mundo. Entonces supongo que acordarían rebajar un poco las exigencias, ponerse a nivel europeo y contentarse con que las señoritas fueran monillas, educadas, vacunadas, con vocación, etc. Con esta medida salimos ganando todos, y desde entonces los casados pueden viajar con más tranquilidad (y sin tanto papeleo previo, sobre todo), pero en cambio los solteros no sé cómo se las arreglan para subir al avión con ese aire despreocupado, sin miedo a los flechazos aéreos de Cupido, que no hay que olvidar que también tiene alas. He podido observar que les preocupa más, generalmente, los cambios de ruido de los motores, y no sé por qué, cuando esto es cosa que no tiene la menor importancia para su futuro sentimental.

Antes de adoptarse en España este nombre de azafata, que al principio sonaba a cosa medieval, incompatible con tan moderna profesión, hubo en mis tiempos grandes discusiones al respecto. Que si a las guapas del aire debiera llamárseles aeromozas (que sonaba más horrible todavía), que si *airhostess* (que sonaba a extranjerismo a la legua), que si simplemente guapas... Hasta que se acordó por fin quedarse con la palabra que sólo tenía *aes*, como chata, salada, etc.

Con su uso y la costumbre, ya azafata no nos suena a nada.

Pero, lo que son las cosas: cuando yo soñaba con ser azafata, aquellos excesivos requisitos me impidieron aspirar al cargo, así que me limité a serlo solamente en sueños. Luego, cuando se redujeron en parte los requisitos, ya yo no era joven ni monilla, aunque eso sí, siempre he estado debidamente vacunada.

Ahora veo que se suceden las promociones de señoritas jóvenes, monillas, etc., en las Escuelas Especiales y me siguen produciendo una inevitable envidia nostálgica, no sé si por la carrera en sí o por su aspecto personal. Encima, se ha añadido a los alicientes de la profesión el frecuente cambio de traje a bordo del avión. Así que, ¿a quién no le apetece ser azafata? Lo malo es que ahora casi todos los millonarios tienen su avión particular, y si bien esto les evita posibles complicaciones sentimentales, en cambio resta posibilidades también sentimentales a las señoritas monillas. Y eso no vale.

INCOGNITA

«Según la revolucionaria teoría científica sobre los movimientos de los continentes, reafirmada por el Director del Observatorio Geofísico de Toledo, la Península Ibérica se acerca a Africa.»

Y yo me pregunto: ¿dónde iremos a encajar Gibraltar?

«DIA NEGRO»

Lo que yo llamo «Día Negro» es un día cualquiera, pero solapado. Incluso aprovecha a veces que el cielo esté azul para disimular mejor sus propósitos y que uno se levante confiado, sin sospechas. No tiene que ser viernes ni martes y trece. Lo mismo puede caer en un bonito quince que en un cabalístico siete. O en un tres, «suprema armonía», según Aristóteles, que no sé lo que quiso decir con esa «boutade».

Es un día orizado de sorpresas como un cactus, pero sorpresas sin importancia aparente. Sorpresas menudas, tontas, que aisladas no les daríamos valor, pero que en masa y en cadena cobran toda la potencia ululante de un ataque de indios a un fuerte yanqui. Ataca igualmente por el flanco doméstico, casero, en cosas de aspecto inofensivo y trivial, como por la parte moral, a la que va cavando, a lo largo de sus dieciséis o dieciocho horas de actuación contumaz, pequeños surquitos y agujeritos depresivo-corrosivos hasta dejar el ánimo como un gran queso Gruyère.

Es el mal día en que se dan cita todos los ruidos estridentes, los niños del vecindario super-ululantes, ultrallorones, las llamadas telefónicas cuando nos estamos duchando o revolviendo la bechamel, la coincidencia de diversos cobradores mensuales con su potente timbrazo y su no menos fulminante factura, motos que se ponen en marcha bajo nuestra ventana, el acabarse el

gas a medio asado, el fundirse los plomos al enchufar la lavadora, el terminarse el agua de Fargas, los botones que se caen, la tos persistente del niño, las notas flojas del Instituto, la muerte de un conocido, la enfermedad de un familiar, el traje que sienta mal, la pérdida de algo necesario, la cremallera que estalla, las gafas que se rompen, la niña que consulta incesante su ejercicio de latín, portazos sin fin, el autobús del colegio que se retrasa inexplicablemente, los zapatos que molestan, la vecina nueva que pide una cebolla que no tenemos (porque ese día se acaban las cebollas, que es cosa que se tiene siempre) y se va con cara de que no hemos querido dársela, el bolígrafo que no escribe... Incluso se rompe la cinta de la máquina de escribir cuando intentamos enhebrar unas notas apresuradas.

La persona atacada de «Día Negro» parece estallar de sorda y muda tensión acumulada, debida precisamente a la acumulación de tensiones insignificantes. Dan ganas de ponerse en la espalda un cartel con una calavera y un aviso: «No tocar — Alta tensión.»

Y entonces, al atardecer, cuando al cactus no le caben ya más pinchos y creemos llegado el momento de cerrar los ojos, respirando hondo junto a una bien ganada taza de algo, o una revista «desatascante», llega la visita de dos viejas señoras amigas de la familia, que nunca habían ni soñado en venir a casa desde que nos casamos, pero como pasaban por aquí... (¡Hoy, precisamente hoy!, nos grita por dentro nuestro hiriente «doble» familiar.) Y cuando se va la visita, no muy satisfecha de la cordialidad del trato que le hemos dado («¡Qué diferencia!» —pensarán— «La madre es mucho más cariñosa»), y queremos volver a caer en la tentación del descanso, sin recordar que en «Día Negro» es un sibaritismo utópico e imposible, entonces va

y llega una amiga cariñosa —que, por supuesto, no está en «Día Negro», ni en antecedentes del nuestro, sino en las antípodas, o sea, en plena euforia— y exclama con todo despiste:

—Me encanta venir a tu casa. Se siente tanta calma y tranquilidad ...

La realidad llega a las cinco.

OBJETOS PERDIDOS

Respetando, como es natural, las teorías de entendidos y de otros que dicen entender, yo opino que el surrealismo, en realidad, donde nació fue en la Sección de Objetos Perdidos de cualquier ciudad del mundo. De todas formas, no niego que la idea haya podido surgir de un pintor. Quizás un pintor, al que se le había perdido algo, tal vez al salir de su visita a un psiquiatra que le estuvo hablando de Freud, fue a «Objetos Perdidos» con esperanzas de recuperar lo suyo, y al verse allí, rodeado de tan alucinante espectáculo, brotó de su mente un rayo de luz pictóricamente nueva y original, y lanzó un ¡Eureka! de caracteres casi cósmicos que dejaría al encargado con la boca abierta por lo menos. (Lo que salió luego por esa boca, no me atrevo a pensarlo.) El pintor había hallado su inspiración —ignoro si también su objeto perdido— y la de muchísimos otros que iban a seguirle inmediatamente. En cuanto se enteraran, claro.

Aquella Sección de Objetos Perdidos de no sé qué ciudad del mundo, fue el hallazgo «padre» y la salvación de muchos que ya no sabían ni qué pintar, porque las gordas se estaban acabando con las nuevas modas tirando a tísicas, los paisajes estaban más vistos que un tebeo —o de tan relamidos ya casi no quedaba nada— y los bodegones, dada la estrechez económica tradicional en el pintor de hace algún tiempo, se ponían cada

vez más caros, puesto que el pintor no solía pintar de memoria.

¿Hay un mundo más surrealista, casi con ribetes onírico-humorísticos, que el de los objetos perdidos? No sólo la dependencia donde radican y se ordenan a la espera de sus dueños, sino la simple lista de esos objetos en cualquier diario, ya nos hace vacilar la mente y nos lanza la fantasía hacia otros mundos menos conocidos que ahora los espaciales.

He leído relaciones de objetos perdidos en periódicos locales y nacionales, y no puedo explicarme cómo puede sufrir el ciudadano despistes y distracciones tan extraordinarias. Porque perder un llavero con llaves no tiene importancia: en cuanto a uno le regalan el llavero nuevo ya sabe que lo perderá en seguida. Lo mismo ocurre con el Carnet de Identidad, que continuamente perdemos nuestra identidad y no nos damos cuenta hasta que vemos nuestro nombre en la prensa o lo escuchamos por Radio Ecca. Pero, ¿cómo puede alguien perder una dentadura postiza sin saberlo? ¡Pase que perdamos la sonrisa, máxime en estos días de acelerada subida de precios, pero es que una dentadura sirve para comer también... A menos que se trate de alguien tan definitivamente pesimista que relacionando la subida de precios con la utilización práctica de la dentadura, recurrió al supremo gesto de desprenderse de un objeto que le iba a ser innecesario.

Pero veamos otros «objetos» perdidos en calles y plazas de nuestra patria: ruedas de coche; despertadores; una calavera de plástico; una cabra negra; pasaportes; un zapato dorado (que no puede achacársele a Cenicienta porque el de ella era de cristal); una canastilla completa de recién nacido; un Almanaque Zaragozano edición de 1922; un estuche con ojos de vidrio; un boomerang «souvenir from Australia»; una grana-

da de mano, y... un anciano con bufanda gris y amnesia, que pasó inmediatamente a otra sección.

¿No es, en efecto, la descripción de un cuadro surrealista? Y, por si fuera poco, hoy acabo de leer en la prensa que un vecino de Bilbao halló en la vía pública un dedo humano.

LA INGENIOSA FEMINA ACTUAL

«Las mujeres que trabajaban en el campo de Léri-da a temperaturas muy por debajo de cero grados, se han refugiado en el frigorífico de la fábrica, que mantiene un constante cero grados.»

Es que las protestas contra el mal tiempo no pueden manifestarse metiéndose en la Iglesia. Ya se sabe que lo único contra el mal tiempo es buena cara.

• • •

Yo, en cambio, tengo que meterme en la cocina en todo tiempo.

«*Il pleure dans mon cœur comme il pleut dans la ville.*»

Creo que con la primera lluvia, es cosa de pensar en un plato nutritivo, que levante la moral semi-melancólica producida por esta lluvia que cae tan fina como la de la Fuente del Espíritu Santo. (Fuente con techo, «para que no se moje el agua...»)

No hay que pensar, claro, en imitar la vida de Verlaine.

¿Y si hiciera una receta-protesta?

ESCUDELLA I CARN D'OLLA

La cocción debiera durar unas tres horas por el reloj regional. Ignoro cuánto tiempo lleva cociendo este guiso.

La decoración de este «happening» culinario tendría gran efecto espectacular a base de ricos paños de tejido autóctono, tramado en telares de MATESA. Algunos aparecerían rasgados, lo que no sería imperdonable descuido del realizador, sino más bien detalle de sutil sagacidad.

Por razones obvias, la receta va en castellano.

Tiene lugar en una olla de gran cabida, cuya tapadera se afianzará con cuatro barras durante la cocción. «Cuece, pero seguro».

Un fondo musical a cargo de tenora y tamboril, retransmitido por una emisora local.

Luz turbia, que se aclara o enturbia más de acuerdo con la intensidad de algunas voces o de algunas situaciones.

Los ingredientes están alineados en la mesa de la cocina (digo, al fondo de la escena) a la espera de su momento. Algunos, inexplicablemente en culinaria, llevan una pluma en la mano. Ignoro a qué se debe este descuido. Se adelantarán para hablar cuando les toque su momento.

EL CARNERO es un espléndido ejemplar de buena raza, limpio, bien alimentado, claro exponente de una antigua y bien cimentada riqueza. Dice:

—«Que esta noble ira que os brilla bajo el rostro nos mortifique siempre».

HUESO DE VACA Y HUESO DE CERDO (a dúo):

—«Escucha, Sepharad».

Entonces se acerca EL GARBANZO, con gran prosopopeya castellano-administrativa, disimulada bajo la ligereza de lo que empieza a cantar:

—«Tu nombre me sabe a hier...»

LAS MOLLEJAS (interrumpiéndole):

—¿De dónde sale?

EL CARNERO:

—«Debe ser un hombre del sur».

LA MEDIA GALLINA (que luce por una parte hermosas plumas y plumas deslucidas; plumas de aire extranjero y cañones pelados. La otra parte es una descarnada exhibición de sus entrañas sangrantes siempre, como una herida nunca cicatrizada):

—«¡Oh tierra de canallas cuando los prudentes se sientan!»

EL TOCINO RANCIO Y LAS VERDURAS se inclinan ante EL GARBANZO, en silencio.

EL CARNERO:

—«¡Son tantos los que doblan la columna mucho más de lo que señala el protocolo!»

(La Luz empieza a oscilar, como si tuviera cierto miedo difuso, que se contagia a LAS VERDURAS, mientras EL TOCINO RANCIO presume de salvar la situación con sus ademanes burgueses, exclamando):

—«Amic e Amat...»

EL GARBANZO, halagado, sonríe al TOCINO RANCIO, incluso condesciende a darle unos gubernamentales

golpecitos en el hombro, deteniéndose al escuchar unos frenéticos compases de una «nova canço».

LA PILOTA, la compleja PILOTA se remueve, incomodísima, indecisa.

EL COGOLLO DE COL, blanco, fresco, ingenuo, ofrece su rostro renovador momentáneamente enfocado por la Luz, que alcanza su momento más brillante. Esperanza. Pone un rictus lloroso y desesperado en su expresión. Desesperanza. Se apaga inmediatamente la Luz, para reaparecer enfocando al GARBANZO, que tiene las manos en la espalda, tratando de disimular bajo los faldones de su ministerial levita un candado.

Una voz, con marcado acento vernáculo, enuncia la tercera Ley de Newton lenta y claramente:

—«Toda acción produce una reacción de igual magnitud y sentido opuesto.»

Todos los ingredientes, excepto EL GARBANZO, EL TOCINO RANCIO y quizás alguna insignificante VERDURA, se agrupan en un Coro apretado, armonioso, plásticamente conjuntando, que clama lastimeramente:

—Queremos ir a la Escuela. A la Escuela de Cataluña...

LA BUTIFARRA NEGRA, como un rayo juvenil y atornador, salta al centro de la escena, con ademanes extrañamente byronianos, y grita, entre tacos en catalán:

—¡Queremos! ¡Podremos! ¡Tenemos lengua!

LA OREJA DE CERDO, pasivamente:

—¿Dónde está la sal, la de la sintaxis?

LA BUTIFARRA BLANCA, plamente, con hábito de monje:

—Mare de Deu! Somos idioma, alabemos al Senyor...

LA PILOTA se le acerca, taimadamente:

—Fue una bella lengua, ciertamente, pero los niños no saben escribirla... ¿Y no es el futuro de los niños?

LA BUTIFARRA NEGRA, con más tacos catalanes:

—Los niños pueden aprenderla todavía. El hogar es también escuela. Nosotros la aprendimos ya escuchándonos a nosotros mismos. Los niños también la hablan, la juegan: está viva. ¿Es que en las escuelas sólo se les va a enseñar a cultivar garbanzos?

EL CARNERO y EL GARBANZO se miran tensamente, una mirada plasmada sobre un inmenso, fatigante interrogante ancestral, mientras vuelve a oírse la voz de acento vernáculo enunciando una sentencia de Lao-Tsé:

—«Gobernad el país con el mismo tacto con que prepararíais un pescadito... Gobernad el país con...»

LA BUTIFARRA NEGRA estalla su interrupción:

—¡Con la pluma! ¡Con la lengua! ¡Con...!

EL TOCINO RANCIO, con hipócrita expresión de refinado disgusto, se apoya en el brazo del GARBANZO, melosamente:

—Respecto al Ensanche... respecto a los créditos; respecto a la política de regionalización... respecto a...

(Va bajando la voz hasta quedarse cuchicheándole al oído.)

EL GARBANZO (que no quiere dar la espalda a nadie, ocultando el Candado):

—Todo por su cauce... El conducto reglamentario de la centralización es civilizada vía de alta burocracia... La Unidad...

(El tamboril repiquetea estridentemente las mismas notas. La luz se enturbia más aún, con pinceladas negro-rojas-negro-rojas-negro-rojas...)

EL CARNERO:

—¡Al Agua! Debe comenzar la cocción.

Entra en la Olla con gran dignidad y un aire de profunda e irritada tristeza.

La Luz comienza a aclararse entre temblores, pero apenas muestra una poca claridad difusa, vuelve a oscurecerse, siempre vibrando. La tenora y el tamboril, muy lentamente, interpretan «La Doncelleta» y una antigua sardana nostálgica.

Siguen al CARNERO, más o menos indecisos, los demás Ingredientes. Por fidelidad, quizás, o por hábito viejo, inquitante. O por no enrojecer-ennegrecer la Luz... LA BUTIFARRA NEGRA queda la última y exclama a gritos:

—«¡No hay pan! ¡Ni vergüenza!»

Voz vernácula, con cariñoso acento comprensivo, pero triste:

—Pan sí hay...

• • •

Bueno, creo que como este plato es tan fuerte, tan ricos sus componentes y al mismo tiempo tan variado en su composición, no necesita más acompañamiento que una buena bandeja de pan con tomate. Con esto cae el telón sobre la escena anterior.

Tomemos la vida con cuchara de palo.

THE HAPPY END

«Estas son las doce tribus de Israel, y esto es lo que les habló su padre, bendiciéndoles a cada una con una bendición.»

(Gén. 49, 28.)

* * *

Jacob llamó a sus hijos y dedicó a cada uno de ellos unas palabritas de despedida: lo que se dice un retrato-robot.

Rubén, herviste como el agua: no tendrás la supremacía porque subiste al lecho de tu padre.

Simeón y Leví: son hienas.

Cachorro de león, Judá.

Es Dan como serpiente en el camino, como víbora en el sendero.

Neftalí es una cierva en libertad que da bellos cer-vatillos.

Gad: salteadores le asaltan y él les pica los talones.

Aser: su pan es suculento, hará las delicias de los reyes.

Isacar es un robusto asno que descansa en sus es-tablos.

Zabulón habitará en la costa del mar.

**José es un novillo, un novillo hacia la fuente.
Benjamín es lobo rapaz.**

• • •

«Cuando acabó Jacob de dar estas órdenes a sus hijos, juntó sus pies en el lecho y expiró, yendo a reunirse con su pueblo.»

(Gén. 49, 33.)

• • •

(El hagiógrafo sólo relata las expresiones externas de sus doce herederos: prorrumpieron en llanto.)

El Eclesiastés manda llorar al difunto por respeto a la opinión pública, pero cesar el llanto una vez enterrado, pues el llanto no aprovecha al muerto y daña al vivo. Es de presumir, por tanto, que prosiguieran las... evoluciones...

CARTA A JACOB

Muy Patriarca mío:

Con los debidos respetos (porque unas barbas patriarcales siguen inspirando respeto, por mucho que hayan cambiado los tiempos respecto a barbas), me permito dirigirle esta misiva.

No sé si desde donde usted esté seguirá informado de todas las evoluciones que se van sucediendo en este mundo, ni de cuánto se han multiplicado sus tribus, conforme a las promesas que le hizo Yahvé. Pero también, conforme a su ejemplo, se han multiplicado los rebaños, las argucias, las injusticias, los nepotismos, las suplantaciones, los truquitos... Yo no sé si esto también se lo advertiría a usted Yahvé en algún momento, pero en mi ejemplar de la Biblia no consta nada. Todos aquellos tremendos hitos negativos con que fue marcando Yahvé su vida-designio, se han multiplicado dolorosamente.

Unos hermanos acechan astutamente el hambre de sus otros hermanos para, con el señuelo de un plato de lentejas o de un programa de promoción agrícola, robarles la primogenitura.

Unas madres toman partido arbitrariamente por unos hijos y les ayudan a medrar a costa de la humillación y el dolor de otros hijos menos dotados o prevenidos, sin importarles el consiguiente rencor. Han llegado incluso a disfrazarlos con pieles de animales inofensivos

para culminar satisfactoriamente la superchería de la suplantación y obtener bendiciones pasajeras que no iban destinadas a ellos.

(Todavía seguimos sin comprender por qué diría Yahvé: «Amé a Jacob y aborrecí a Esaú».)

Todavía siguen existiendo padres que, al saber que sus hijas han sido mancilladas por extranjeros, esperan a que regresen y se reúnan los otros, para arreglar el asunto sin mayor riesgo (para los padres, claro).

Todavía, unas hermanas cambian maridos por mandrágoras a sus otras hermanas.

En los rebaños, todavía siguen existiendo pastores que se ayudan de la argucia de las varas —de diferentes árboles— para que su parte crezca en número y vigor mientras la parte del dueño del rebaño que crían sigue flaca y desmedrada. Todavía siguen existiendo también rebaños y tierras que no pertenecen a los que los cuidan y dan su vida por ellos.

Sigue habiendo de todo. De todo lo que usted sembró. Su semilla ha fructificado asombrosamente.

Y también sigue habiendo gente que sueña. Unos sueñan fastuosas escalas pobladas de ángeles —o de demonios— y otros sueñan pequeñas cosas que quizás nunca se realizan.

También sigue habiendo gente que huye.

M.^a DOLORES DE LA FE

INDICE

	<u>Págs.</u>
PRESENTACION	5
HAPPENINGS PARA JACOB	13
Parte meteorológico	19
El secreto	22
Arroz a la cubana	28
La evolución de la hija	32
La evolución del hijo	36
Aquellas películas para llorar	45
Salsarama	52
La gallina bajo otro punto de vista	53
Arreglando armarios	61
Gripe	63
La evolución del médico	64
Conversación con un mosquito	68
Sueños programados	72
El suspiro	83
El zurcido	89
La evolución del pantalón	93
«Instrúyase mientras lava»	97
El día menos pensado	98
La tangente	104
El cartero	111

	<i>Págs.</i>
Congreso de enamorados	117
«Typical spanish»	121
Tesis	126
La evolución de la abuela	140
La geriatría asciende	142
«21 de marzo: Día Nacional del Despiste Poético»	151
¿Qué ha sido de aquellos novios-bufanda? ...	153
Cartas de amor	155
¿Te acuerdas del «Corazón» de Amicis? ...	161
La evolución del luto	167
«Los invasores»	171
La evolución del inglés	175
«La perfecta casada»	181
El sol de la casa	184
Sentido común a la italiana	187
Cuando el marido no ha salido aficionado a cocinar	188
El golf	194
¡Terrible duda!	197
La evolución del sinvergüenza	201
Una palmera original	205
Remedio estético-castrense	206
El equilibrio	210
Safari urbano	212
¿Dónde tenemos la cabeza?	214
Las americanas inventan una nueva Liga ...	216
¡Atención: Mujeres al ataque!	219
Mua, mua y requetemuá	220
Ley contra una maravillosa libertad	221
Rapidez «made in U. S. A.»	222
La máquina de coser vuelve a estar de moda. ...	223
Un carguero contestatario	227

	<u>Págs.</u>
Verano	231
«Souvenirs»	233
Estadística psicológica aplicada a la tarjeta postal	236
Alegre requien por agosto	238
Arrepentimiento evidente	240
El otoño	243
Vuelta al colegio	245
Grave problema no escolar	247
Leer deportivamente	248
Azafatas	251
Incógnita	254
«Día negro»	255
Objetos perdidos	261
La ingeniosa fémina actual	264
<i>Escudella y carn d'olla</i>	265
<i>The happy end</i>	273
Carta a Jacob	276

**«ESTO» SE ACABÓ DE MONOLOGAR
EL DÍA 15 DE JUNIO DE 1971,
CON LA PERPETUA AMENAZA DE:
«TENGO QUE ESCRIBIR ALGO BUENO SOBRE JACOB»**

NOVELAS y CUENTOS

Colección de libros de bolsillo

OBRAS PUBLICADAS

- *** 1-2 LA AVENTURA EQUINOCCIAL DE LOPE DE AGUIRRE — *Ramón J. Sender.*
- 3 LAZARILLO DE TORMES — *Anónimo* • LA HIJA DE CELESTINA — *Salas Barbadillo.*
- ** 4 LA RUSIA OLVIDADA — Los mejores cuentos de *Antón Chejov.*
- ** 5 AMOR Y PEDAGOGIA • TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PROLOGO — *Miguel de Unamuno.*
- 6 LOS EUROPEOS — *Henry James.*
- 7 NARRACIONES DE LA ESPAÑA ROMANTICA — Antología de *Leonardo Romero Tobar.*
- 8 EN LA ARDIENTE OSCURIDAD • IRENE O EL TESORO — *Antonio Buero Vallejo.*
- 9 LOS COMIENZOS DE LA CRISIS UNIVERSITARIA EN ESPAÑA — Antología de *Francisco Aguilar Piñal.*
- 10 LA VIDA DEL BUSCON LLAMADO DON PABLOS — *Francisco de Quevedo.*
- 11 EN TORNO A LA GRANJA — *John Updike.*
- 12 MEMORIAS INMEMORIALES — *Azorín.*
- 13 RUSIA ENCUENTRA DE NUEVO SU ESPIRITU — Antología de textos rusos en el cincuentenario de la Revolución Comunista.
- ** 14 LA LLAVE Y OTRAS NARRACIONES — *Ramón J. Sender.*
- ** 15 CACIONERO — *Petrarca.*
- ** 16 LA CELESTINA — *Fernando de Rojas.*
- *** 17 VISION DE ESPAÑA EN LA GENERACION DEL 98 — Antología de *José Luis Abellán.*
- 18 LA DAMA BOBA • LOS MELINDRES DE BELISA — *Lope de Vega.*

- 19 MARIANA PINEDA • LA ZAPATERA PRODIGIOSA • BODAS DE SANGRE — *Federico García Lorca.*
- 20 EL NADADOR — *John Cheever.*
- 21 CONFIDENCIAS INCOMUNICABLES — *Jacques de Bourbon Bussel.*
- 22 EL SOCIO DE TENNESSEE Y OTROS RELATOS DEL OESTE CALIFORNIANO — *Bret Harte*
- 23 LA UNIVERSIDAD ACTUAL EN CRISIS — Antología de *Jesús Burillo.*
- 24 EL PATRAÑUELO — *Juan Timoneda.*
- 25 LA TESIS DE NANCY — *Ramón J. Sender.*
- 26 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - I) — *Guillermo Díaz-Plaja.*
- 27 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - II) — *Guillermo Díaz-Plaja.*
- 28 LA MUSICA DE LOS ANGELES — *Marcel Arland.*
- 29 GUILLERMO TELL TIENE LOS OJOS TRISTES • MUERTE EN EL BARRIO • ASALTO NOCTURNO — *Alfonso Sastre.*
- 30 EL ROMANCERO — Antología de *Manuel Alvar.*
- 31 DISCURSOS PARA SORDOS — *Guillermo Díaz-Plaja*
- 32 COMO UN LADRON — *André Thérive.*
- 33 ANTOLOGIA POETICA — *Juan Ramón Jiménez.*
- 34 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - III) — *Guillermo Díaz-Plaja.*
- 35 EXTRAVAGANCIAS — Selección de *Groff Conklin.*
- 36 EL BEBO — *Antón Chejov.*
- 37 NARRACIONES DE LA ESPAÑA MEDIEVAL — Antología de *Félix Herrero Salgado.*
- 38 REINAS SIN CORONA — *Anny Latour.*
- 39 CORRIENTES ALTERNAS — *Frederik Pohl.*
- 40 NARRACIONES POSTGUERRA, U. S. A. — *Saul Mellow, Truman Capote, Malamud, O'Connor, Philip Roth...*
- 41 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - IV) — *Guillermo Díaz-Plaja.*
- 42 NARRACIONES DE LA ESPAÑA RENACENTISTA — Antología de *Félix Herrero Salgado.*

- *** 43 LA REINA VICTORIA EUGENIA DE CERCA — *Marino Gómez-Santos.*
- * 44 LOS MEJORES CUENTOS — Antología de premios "Hucha de Oro".
- * 45 VIDA DE MI MADRE, CONCHA ESPINA — *Josefina de la Maza.*
- * 46 ORFEO EN EL PARAISO — *Luigi Santucci.*
- ** 47 EL METAL DE LOS MUERTOS — *Concha Espina.*
- ** 48 LA GENERACION DE LA PROTESTA — *Rafael Gómez Pérez.*
- *** 49 DICCIONARIO DE LA POLITICA.
- *** 50 } FRANCO, HISTORIA Y BIOGRAFIA—*Brian Crozier.* (Los dos
- *** 51 } volúmenes van en un estuche, sin aumento de precio.)
- * 52 LOS SOÑADORES EXPERTOS — *Frederik Pohl.*
- ** 53 ENTREVISTAS CON DIRECTORES DE CINE (Volumen I) — *Andrew Sarris.*
- * 54 EL FIN DE UN MUNDO — *Wolfgang Hildesheimer.*
- * 55 EL COMPROMISO — *Mario Pomilio.*
- *** 56 TESORO BREVE DE LAS LETRAS HISPANICAS (Serie castellana - V) — *Guillermo Díaz-Plaja.*
- ** 57 EL PADRE — *Herbert Gold.*
- * 58 DOS ANTISEMITAS Y OTRAS NARRACIONES — *Sholom Aleichem.*
- *** 59 CONVERSACIONES CON RAMON J. SENDER — *Marcelino C. Peñuelas.*
- * 60 NARRACIONES ARABES DEL SIGLO XX — Antología de cuentos árabes modernos.
- *** 61 CARTAS A LOS CILTIMEROS ESPOSADOS — *Evaristo Acevedo.*
- * 62 CARTAS A UN PRINCIPE — *Emilio Romero.*
- * 63 EL COSTUMBRISMO ROMANTICO — Antología de *José Luis Varela.*
- ** 64 MARTIN EL NAUFRAGO — *William Golding.*
- ** 65 RIMAS, LEYENDAS Y CARTAS — *Gustavo Adolfo Bécquer.*
- *** 66 INFORME SOBRE LA LENGUA CATALANA — *Josep Melià.*
- * 67 EL CALENDARIO INUTIL — *Guillermo Díaz-Plaja.*
- ** 68 LA NIÑA Y OTROS RELATOS — *Carmen Laforet.*

- *** 69 TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO Y OTROS PAPELES IBERICOS — *Camilo José Cela.*
- *** 70 GALDOS VISTO POR SI MISMO — *C. Bravo-Villasante.*
- ** 71 FRAY LUIS DE LEON — *Pedro de Lorenzo.*
- *** 72 SHAKESPEARE VISTO POR SI MISMO — *Jean Paris.*
- * 73 NARRACIONES DE LA ESPAÑA DEL BARROCO — *Antología de Félix Herrero Salgado.*
- * 74 CUENTOS NICARAGÜENSES — *Adolfo Calero-Orozco.*
- ** 75 GABRIEL Y GALAN — *Antología de Luis Jiménez Martos.*
- ** 76 EL SISTEMA — *Carmen Llorca.*
- ** 77 CATALUÑA HOY — *José Carlos Clemente.*
- *** 78 PAUL CLAUDEL VISTO POR SI MISMO — *P. A. Lesori.*
- *** 79 EL DESTIERRO — *Julio Camba.*
- *** 80 EL DESPISTE NACIONAL (Primera antología) — *Evaristo Acevedo.*
- *** 81 JOSE MARIA ALBAREDA. UNA EPOCA DE LA CULTURA ESPAÑOLA — *Enrique Gutiérrez Ríos.*
- ** 82 SATIRAS POLITICAS Y LITERARIAS — *Francisco de Quevedo (Antología de José Hesse).*
- *** 83 CONVERSACIONES CON MIGUEL DELIBES — *César Alonso de los Ríos.*
- * 84 CUENTOS JUDIOS — *Antología de Juan Gutiérrez Palacios.*
- * 85 EL MUNDO ES UNA PRISION — *Guglielmo Petroni.*
- *** 86 SAINT-EXUPERY VISTO POR SI MISMO — *Luc Stang.*
- ** 87 EL CORBACHO — *Alfonso Martínez de Toledo, Arzobispo de Talavera.*
- ** 88 ENTREVISTAS CON DIRECTORES DE CINE (Volumen II) — *Andrew Sarris.*
- *** 89 EL DESPISTE NACIONAL (Segunda antología) — *Evaristo Acevedo.*
- ** 90 LA SEGUNDA PARTE DEL HOMERE — *Rosa María Echeverría.*
- ** 91 EL NUEVO PROMETEO ENCADENADO ● GUILLERMO TELI. — *Emgenio d'Ors.*
- *** 92 EL CONDE LUCANOR — *Infante Don Juan Manuel.*
- * 93 VIDA DE LA INTELIGENCIA — *José María Albareda Herrera.*

- *** 94 HISTORIA DE UNA AMISTAD — *Vicente Marrero.*
- ** 95 EL SOMBRERO DE TRES PICOS ● EL CAPITAN VENENO — *Pedro Antonio de Alarcón.*
- *** 96 }
*** 97 } EMMA — *Jane Austen.*
- *** 98 EL ESCANDALO — *Pedro Antonio de Alarcón.*
- * 99 LOS DIAS DE LINA — *Concha Castroviejo.*
- ***100 }
***101 } EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA — *Miguel de Cervantes Saavedra.*
- ***102 EL DESPISTE NACIONAL (Tercera antología) — *Evaristo Acevedo.*
- ***103 LA VIDA CONTEMPORANEA — *Emilia Pardo Bazán.*
- *104 SEXTETO DE AMOR IBERICO — *Fernando Quiñones.*
- **105 FUENTE OVEJUNA ● EL MEJOR ALCALDE, EL REY — *Lope de Vega.*
- ***106 VIDA DE PIO BAROJA — *Miguel Pérez Ferrero.*
- **107 GORRION SOLITARIO EN EL FEJADO — *Pedro Antonio Urbina.*
- ***108 LA ORACION (Selección de textos) — *Santa Teresa de Jesús.*
- ***109 CINCUENTA PERSONAJES DEL TEATRO UNIVERSAL. — *Alfredo Marquerie.*
- **110 EL HOMBRE DE LA ARENA Y OTROS CUENTOS — *E. Hoffmann.*
- **111 EL HECHIZADO Y OTROS CUENTOS — *Francisco Ayala.*
- ***112 }
***113 } INICIACION AL CINE MODERNO — *Alfonso Sánchez.*
- ***114 ANTOLOGIA DE LA LITERATURA VASCA — *Guillermo Diaz-Plaja.*
- ***115 EL NIÑO DE LA BOLA — *Pedro Antonio de Alarcón.*
- ***116 CONVERSACIONES CON GUILLERMO DIAZ-PLAJA — *Dámaso Santos.*
- ***117 LIBRO DE BUEN AMOR — *Juan Ruiz, Arcipreste de Hita.*
- ***118 MARTA — *Jorge Isaacs.*
- ***119 ENTREVISTAS CON DIRECTORES DE CINE ITALIANO — *José Angel Cortés.*
- *120 EL VIAJE A SAN MARCOS — *Vintilla Horta.*

- ***121 **SECRETUM — Antonio Prieto.**
***122 **NARRACIONES HISPANOAMERICANAS DE TRADICION ORAL.**

OBRAS EN PREPARACION

CIENTOS DEL ULTIMO DIA — Joaquín Esteban Perruca.
MEMORIAL DE HIEBAS — Luis Mateo Díez.
CULTURA AUTOCTONA HISPANA — Carlos Areán.
LA VEINTENA — Marta Portal.

P R E C I O S

- *Volumen sencillo:* 50 pesetas.
- ** *Volumen doble:* 75 pesetas.
- *** *Volumen triple:* 100 pesetas.

ULPGC. Biblioteca Universitaria



791455

BIG 860-3 FE hap



María Dolores de la Fe nació en las Palmas. Como ella dice en una semblanza autobiográfica, no es escritora de "vocación tardía", sino de publicación tardía, pues su afición a escribir se manifestó ya du-

rante sus estudios de bachillerato en su ciudad natal.

Publicó sus primeros trabajos en el diario "La Provincia", de Las Palmas. Alternaba su colaboración literaria con entrevistas a las personalidades relevantes que visitaban las islas. Actualmente es corresponsal de "La Vanguardia", de Barcelona, y sigue colaborando en la prensa local, donde mantiene secciones que le han granjeado gran popularidad.

Ha escrito "Una vaca con satélite", obra que se publicó en forma de folletín encuadernable, "pero que nadie —confiesa su autora— ha encuadernado, que yo sepa".

NOVELAS y CUENTOS

Calle de Quevedo, 1, 3 y 5, y Cervantes, 18 - Madrid-14

84-265-712